

TEMISTOCLES CARVALLO

INDIVIDUO DE NUMERO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, EX-PROFESOR DE
LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD
VENEZOLANA DE HISTORIA DE LA MEDICINA, ANTIGUO DIRECTOR DEL HOSPITAL
"JOSE GREGORIO HERNANDEZ" DE CARACAS

José Gregorio Hernández

SU OBRA CIENTIFICA
Y SOCIAL EN VENEZUELA

SEGUNDA EDICION



CARACAS — IMPRENTA NACIONAL — 1953

619-92
H557J

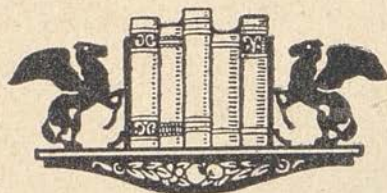
TEMISTOCLES CARVALLO

INDIVIDUO DE NUMERO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, EX-PROFESOR DE
LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD
VENEZOLANA DE HISTORIA DE LA MEDICINA, ANTIGUO DIRECTOR DEL HOSPITAL
"JOSE GREGORIO HERNANDEZ" DE CARACAS

José Gregorio Hernández

SU OBRA CIENTIFICA
Y SOCIAL EN VENEZUELA

SEGUNDA EDICION



CARACAS — IMPRENTA NACIONAL — 1953



PROLOGO

Place singularmente a mi espíritu dedicar unas cortas frases a manera de Prólogo para este libro, consagrado a rememorar la honda influencia cristiana, civilizadora y patriótica que ejerció en nuestros fastos el Doctor JOSE GREGORIO HERNANDEZ. Fuí su discípulo en los albores de mi carrera profesional en la Universidad de Caracas y considero un verdadero privilegio, haber tenido durante mis mocedades un Mentor que lo llenaba todo y el cual colmaba con creces, las aspiraciones morales y científicas de una juventud que se iniciaba con brío en las nuevas disciplinas traídas de Europa por Hernández y solicitaba ávida el camino de la Verdad. Tuve la cordura de mantenerme fiel a sus principios y consejos, y es por ello que hoy quiero ratificar mi fidelidad y devoción al insuperable Maestro.

Un Prólogo para este libro en donde se perfila maravillosamente la vigorosa individualidad de Hernández y que encierra también los conceptos de sus diversos y distinguidos panegiristas, no debe ser sino corto y sobrio. Repetir ahora lo ya señalado, se haría fastidioso y sin objeto. Me limitaré simplemente a decir que el destino vocacional del Doctor Hernández se cumplió providencialmente, orientando su esfuerzo y sus excepcionales energías hacia un sacerdocio como la Medicina, en donde logró derramar a torrentes el caudal de amor franciscano con que lo había dotado la Naturaleza. Lo vemos triunfar en todas sus actividades, porque lo estimuló ese amor intenso y sin flaquezas, a cuanto se consagraba. En la cátedra fundó escuela de Medicina Experimental, que ha continuado su labor docente y la cual vive y vivirá siempre. En su acción social lo guió también el amor, que hizo de él un Taumaturgo. Tenía la visión intuitiva del

predestinado, la abnegación, la bondad del Apóstol y un profundo sentido humano; una irradiación espiritual incontrastable, un dinamismo moral y físico de todos los instantes, y de su persona brotaba aquel fluído maravilloso que sosegaba las almas y curaba los cuerpos.

Meditando seriamente en la luminosa trayectoria de José Gregorio Hernández, me atrevo a sostener que nadie como él servirá de ejemplo a las juventudes venezolanas, en el propósito loable de imitarlo. Yo sé bien que imitar al Doctor Hernández es soberanamente difícil y se hace muy cuesta arriba aproximarse siquiera al Hombre. Pero inspirándose en su vida y en su obra se puede llegar a descubrir dónde está el Deber, en dónde reside el Honor y cómo pudo él transitar con singular maestría, por la tupida maleza de los vicios e iniquidades de su tiempo, conservando incólume y sin mancha, el armiño de una proverbial Austeridad.

Con la copia y práctica de las heróicas y sublimes virtudes que adornaron al Sabio, daremos remate feliz a la ansiada redención de Venezuela.

R. NUÑEZ ISAVA.



DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ
Fundador de la Medicina Experimental en Venezuela

UN CLINICO, UN FILANTROPO Y UN SABIO

José Gregorio Hernández no fué sólo un microbiólogo eximio de cuya formación mostrábase orgulloso el gran Mathias Duval, *creador de la Embriología* en Francia y la más alta personalidad de su época, en la Escuela Médica de París, sino que su eficiencia como hombre de laboratorio e investigador científico iba complementada por la del individuo de acción social muy amplia que deseaba contribuir con sus grandes facultades y conocimientos a la solución de los múltiples problemas de una colectividad incipiente, en situación precaria y cuya clase directora era incapaz para afrontar las cuestiones que surgían cada día en el seno agitado y turbulento de la unidad nacional. El, conocía mejor que nadie las lacras y miserias de su pueblo, con las que de años atrás venía rozándose en una diuturna e incansable labor de filantropía.

Hasta que fueron creados la primera *Comisión de Higiene Pública* y el *Consejo Superior de Higiene y Salubridad Públicas* que la reemplazó más tarde, de los cuales formó parte el doctor Hernández en su carácter de Profesor de Bacteriología y Fisiología Experimental, y que deben ser considerados como el *embrión* del actual Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, pues según Decreto Ejecutivo eran "cuerpos consultivos y técnicos encargados de estudiar y resolver científicamente las cuestiones de higiene y salubridad públicas, y legislar sobre todas aquellas materias que les fueran sometidas por el Gobierno Nacional": hasta entonces, se carecía en Venezuela de una efectiva organización sanitaria técnica o científica del país; y si las perentorias necesidades debidas a la invasión de la peste bubónica (cuyo germen en Caracas fué descubierto por Hernández en los primeros pacientes de esta enfermedad) y otros flagelos, hicieron comprender a las autoridades la urgencia de un instituto adecuado, procedieron sin embargo con simples tanteos, sin estudiar a fondo

la adaptación de reglamentos y sistemas que en otras naciones habían sufrido ya las pruebas de la experiencia consuetudinaria, a las paupérrimas condiciones del medio vernáculo.

Por otra parte: a raíz de su regreso, el año de 1891, de Europa, donde fue a solicitar en misión oficial, aquellas ramas de la Biología indispensables para la reforma más trascendental y benéfica a que hayan sido sometidos nuestros estudios médicos desde la época de Vargas, y sin la cual la *Profilaxia*, la *Higiene* y *Epidemiología* se habrían reducido entre nosotros a un balbuceo pueril de ordenanzas rudimentarias: dióse cuenta el doctor Hernández, más que otro alguno, de cómo ese progreso para ser eficaz, debía marchar al unísono con *medidas de orden social* que le insuflaran calor y vida al emaciado organismo venezolano; y, lejos de encerrarse en la paz del trabajo científico o en la tranquilidad egoísta de sus experimentos y sus libros, se lanzó a la calle para llevar, guiado por las consignas del más auténtico cristianismo y con el desinterés y el ardor de un patriota, alivio a tantos males seculares, sosiego a tantas almas en zozobra. De allí que deba considerársele cual uno de los grandes precursores de nuestra Asistencia Social moderna; verdadera providencia del obrero infeliz y su familia, abandonados en su incuria por una política enana y sin atisbos al futuro preñado de los más ingentes problemas colectivos.

Y, como para acercarse a la entraña del sufrimiento humano, la Clínica le pareció el vehículo de la acción más útil, hubo de juntar a la investigación científica pura, el gesto apostólico del médico práctico. "Trabajando asiduamente durante años —dice el experto clínico doctor Manuel Antonio Fonseca— afinó primorosamente sus sentidos y se hizo dueño absoluto de cada uno de los innumerables y delicados elementos que facilitan y aun permiten la observación, cuyo olvido o ignorancia son desastrosos a la cabecera del enfermo, y se encuadró entre los grandes lineamientos de un clínico esclarecido.

Conocedor profundo de los medios de exploración, experto en requisas de Laboratorio, buen fisionomista, de clara visión médica y dilatada experiencia, diagnosticaba con facilidad y desenvoltura y se movía gallardamente, sin trasteos, en los anchos dominios de la Medicina General.

De simpático y distinguido talante, sabía acercarse al lecho del paciente, y en apostura casi humilde, de ordinario con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchaba la historia, escudriñando con mirada viva y penetrante cuanto merecía tenerse en cuenta, antes de irse a fondo en el examen, que ejecutaba ordenado, completo, sagaz y rápido.

Le daba a la historia de la enfermedad toda la importancia que merecía; pero económico de tiempo era muy hábil para cohibir en el cliente ciertas verborreas inquietantes que, antes de aclarar el

problema, lo complican. Escribía la fórmula y hacía las indicaciones, por lo regular de pies, con aire presuroso pero sin olvidar detalles y, daba por terminada la visita.

Cultivador asiduo de la Terapéutica, de la Materia Médica y ciencias complementarias, hizo acopio de grande arsenal para responder a la indicación; de suerte que sus recursos eran inagotables sobre todo en el tratamiento de las enfermedades crónicas y en los incurables: y manejaba los medicamentos llamados heroicos con admirable *sangre fría*. . . *Fué el genuino representante de la ciencia venezolana contemporánea*". (1)

Agréguese a todo esto aquella intuición especial que le distinguía entre los demás profesionales, y por virtud de la cual, adivinaba —más que veía— la accidentada senda del diagnóstico, apreciaba con rapidez y en su conjunto las diferentes fases del problema que demandaba inmediata solución, sorteando con maestría los peligros que oscurecían el pronóstico: y tendremos en líneas fundamentales, la silueta de uno de los clínicos más eminentes que han florecido en nuestro medio.

Clínico adicionado del filántropo. De un altruismo y abnegación sin límites, en épocas de gran penuria y de convulsiones anárquicas, cuando las tendencias disgregativas del cuerpo social eran contenidas apenas por la mano ruda y despiadada de caciques montaraces.

Gran clínico, aplicaba con éxito el doctor José Gregorio Hernández, los métodos y procedimientos que había logrado asimilar y perfeccionar en los centros científicos del viejo mundo, de manera que su perspicacia en el diagnóstico y seguridad para el pronóstico le granjearon la justa celebridad de que gozaba en los vastos dominios de la Medicina interna; pues, aun cuando en su juventud se ejercitó con lucimiento en cirugía, practicando quizás por primera vez en Venezuela, la curación radical del *pie zambo*; y, si al decir de sus más antiguos discípulos, reveló poco tiempo después de su vuelta de Europa en los exámenes universitarios extensos conocimientos teóricos y prácticos de Obstetricia, fué al cultivo de la clínica médica que dedicó más tarde sus desvelos, adquiriendo en una labor incansable de patriotismo y de bien, el halo de apóstol de la caridad, con que fué condensándose día a día, alrededor de su figura ya legendaria, el respeto, el cariño y la gratitud de sus conciudadanos. En efecto: ¿quién no le conoció, ni observó sin admiración su trajinar cotidiano por las calles de la urbe, con la sonrisa en los labios y un venero inagotable de bondad dentro del pecho? ¿Qué desventurado llamó

(1) Dr. M. A. Fonseca, *Cultura Venezolana*. N° 8. Julio-Agosto, 1919.

vanamente a su puerta, o cuál herida moral se abrió a su paso, sin recibir al punto el bálsamo de una afectuosa participación? Los pobres y las víctimas silenciosas del dolor ¿no le debieron siempre el consejo, la reflexión serena y aquel fulgor de esperanza que venía de lo íntimo del sér, irradiaba en su semblante y encendía sobre la noche de tantas vidas, una promesa de aurora?

Los viejos médicos, discípulos y sucesores de Vargas, —anota su fraterno amigo, el sabio doctor Santos A. Dominici— “fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiáronle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de la más extensa clientela que haya *tenido médico alguno* entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los primeros *diagnósticos científicos* hechos en Caracas fueron los suyos. Sus aciertos, obra *exclusiva de su ciencia*, diéronle en todas las clases sociales una autoridad médica que no se discutía. Repitióse con él lo *ocurrido con Vargas* el padre y fundador de nuestros estudios médicos, que llegó a ser el ídolo de cuantos sufrían en Venezuela y fuera de Venezuela. Acudía con igual interés a la rica mansión y a la humilde choza; con todos ejercía su innata munificencia; prestaba a los ricos ciencia, asistencia asidua, cuido esmerado; regalaba, además, a los menesterosos los medicamentos, y aun los alimentos. Todo ello con una humildad, una afabilidad que prendaban los corazones. Fué a su muerte cuando la población entera vino a darse cuenta de la extensión de aquella caridad ejercida sin ruido, que los favorecidos clamaban entonces desahogando su comprimida gratitud: de allí la consternación y el dolor, el sentimiento de orfandad que produjo la súbita desaparición de aquel hombre cuya memoria por *unánime asentimiento santificada*, persiste tan viva hoy, como hace veinte y cinco años”. (2)

Evitó hábilmente el escollo donde naufragaban con frecuencia los simples laboratoristas, al pretender encerrar en fórmulas algebraicas o apotegmas técnicos, las más complejas cuestiones terapéuticas; y, hombre de acción, fué la Clínica el campo de sus aficiones, pues bien podía aplicar a la cabecera del enfermo un cúmulo de conocimientos atesorados en largas horas de vigilia intelectual y satisfacer a la vez sus tendencias de filántropo y sus inclinaciones de apóstol. Cuáles fueron sus éxitos profesionales y cómo era de sagaz en el arte tan difícil del diagnóstico, lo atestiguan la legión incontable de sus clientes agradecidos y el respeto con que su opinión era oída por los colegas de la época que admiraban la diafanidad de su criterio y sus inagotables recursos de práctico.

Fué médico científico “al estilo moderno, —declara el doctor Luis Razetti— *investigador penetrante* en el laboratorio y clínico experto,

(2) Doctor Santos A. Dominici: “Elegía al Doctor José Gregorio Hernández”.

a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fué médico profesional al estilo antiguo: creía que la Medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa desdeñosa para la envidia y una caritativa tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre el incommovible pedestal de su *ciencia*, de su *pericia*, de su honradez y de su *infinita abnegación*. Por eso su prestigio social *no tuvo límites*, y su muerte es una catástrofe para la patria". (3)

No obstante su enorme clientela que cual se ha dicho comprendía la ciudad entera desde el palacio a la humilde choza, el doctor José Gregorio Hernández se dedicó sin embargo, como nadie antes o después de él, a ejercer no la simple filantropía, sino la verdadera caridad cristiana con los menesterosos, convirtiéndose a la postre, en su padre y benefactor. Si acude con proverbial puntualidad, a las innumerables consultas de los ricos, prestándoles sus conocimientos y esmerado cuido, nunca lo hizo llevado de un bajo mercantilismo, y a la verdad —escribe su biógrafo— "concedía liberal preferencia al pobre que humilde le llamaba y no podía ofrecerle pago pues no tenía con qué, sobre el rico que le solicitaba instante, y cuyo bolsillo pudiera acaso deslumbrarle con el señuelo de un cuantioso estipendio". Alma sencilla, ajena a toda propensión mercenaria, desechó el enriquecimiento lícito y fácil para él, en el ejercicio profesional, y ofreció principalmente a los desheredados de la suerte, el fresco e inagotable manantial de una munificencia evangélica. Su puerta permaneció abierta al tímido llamado del infortunio, y siempre se le vió de vanguardia en la hora de los grandes conflictos nacionales: fué *el primero* que se alistó en la milicia de su parroquia con motivo del bochornoso bloqueo de 1902, y durante aquella terrible epidemia que a manera de alud se abatió sobre Venezuela el año 1918, haciendo temblar a los magnates en sus antros de sórdido egoísmo; Hernández, usando por vez primera el raudo automóvil, visitaba día y noche, sin descanso, las barriadas más pobres, distribuyendo entre los indigentes, ciencia, medicinas y hasta alimentos, como apóstol señero de un naciente espíritu de solidaridad colectiva.

En esos días luctuosos, escribe el Padre Carlos Guillermo Plaza, "oyeron su paso característico aquel andar menudo, rápido, las chozas más pobres de los más alejados barrios de Caracas. Y con su paso, entró en ellas la sonrisa, la ciencia, la palabra cariñosa. Su amor hacia el pobre es sumamente delicado: no quiere herirlo. Por eso el doctor Hernández se ingenia para hacer el bien y... quedar oculto. Con sus propias manos hace unos paquetitos de monedas y muy temprano, antes de que los obreros se hayan levantado, los arroja

(3) Discurso en el cementerio.

por la ventana de sus casas. Cuando éstos descubren el paquetico: "por aquí ha pasado el doctor Hernández" —exclaman— y no se equivocaban. ¡La estela era muy suya! Otro día será a la cabecera de un enfermo pobre. Descubre que no pueden comprar la medicina; y entonces disimuladamente, con el pretexto de auscultarlo mejor, desliza un billete debajo de la almohada... A veces, a los dos días la familia se percata. ¿Quién? El doctor Hernández: es su estilo". (4)

Su exquisita sensibilidad ante el dolor humano lo llevó a fundar entre nosotros "*el cepillo de beneficencia*" tan acorde con el orgullo puntilloso del venezolano; pues al depositar el obrero lo que podía, como pago de la consulta, no se sentía humillado, sino creía haber resarcido con el sudor de su trabajo, la sabia labor facultativa. Esa obra diuturna, incansable, le valió al doctor Hernández, el glorioso remoque de "*Médico de los Pobres*" y por ello según lo anota con elocuencia el doctísimo escritor José Manuel Núñez Ponte: "A su muerte les fué dado a muchos comprobar el vacío inllenable producido en tantos hogares ejenos de donde había sido él secreta providencia, y recoger los ayes clamantes y desolatorios que surgían de los pechos conturbados por su terrífica desaparición. Para los pobres, a quienes administraba el oficio del buen samaritano, tenía él, óleo y bálsamo, por ellos podía velar noches enteras. Cuántas veces se le vió apurado con un lío bajo el brazo que presumía disimular, y era un abrigo para una ancianita friolenta: cuántas, al paso frente a una familia que sabía menesterosa, lanzaba por la ventana sin detenerse y con cautela, para no ser visto, algún auxilio pecuniario; cuántas, afrontando la lluvia, andaba por arrabales e iba a parar dentro un bohío infecto donde se necesitaban sus cuidados; cuántas, en fin, tendía la mano al necesitado para devolverle con un gesto amable o una frase de delicadeza suma el emolumento recibido. Su compasión nunca saciada, su íntegro desprendimiento, la magna hidalguía de sus tutelas, valiéronle sin duda aquella otra aureola de reverencia, de cariño y gratitud popular que afirmaba la potencia de su acción para el bien". (5)

Tales dotes de ciencia, de bondad, de socialismo espiritual y trascendente, hicieron del doctor Hernández el prestigio médico-social más sólido de su tiempo y esculpieron su figura con líneas firmes e imborrables, en el mármol de las tradiciones venezolanas. Ellas movieron al doctor Diego Godoy Troconis, representante del Congreso Nacional, a pronunciar entre otros elogiosos conceptos, estas nobles palabras cabe el sepulcro del sabio y del filántropo: "Inició Hernández también, los primeros experimentos en Fisiología que desgraciadamente quedaron interrumpidos por más de veinte años hasta la

(4) Carlos Guillermo Plaza. S. J. "La Inquietud de los Grandes".

(5) Doctor J. M. Núñez Ponte: "Ensayo Crítico-Biográfico del doctor José Gregorio Hernández".

reciente creación del Instituto de *Medicina Experimental*, y los cuales sirvieron de fundamento a otro gran muerto: Rafael Rangel, para la acción fecunda en el campo de las investigaciones científicas. Hombres como Hernández, están llamados a vivir siempre en el corazón de su pueblo, como símbolo de bondad y de comprensión. El Congreso de la República, se hace intérprete de los altos sentimientos nacionales y ha destacado la Comisión que me honro en presidir, para que en su nombre depositemos una ofrenda floral sobre la tumba de este venezolano sabio y justo, en el vigésimoquinto aniversario de su muerte".

Su misticismo no se diluía entre nubes de incienso, sino cobraba en la solemnidad del Santuario, el vigor indispensable para convertir en hechos, los sueños de su fantasía. Y, si como lo dije en solemne oportunidad, el doctor Hernández sabía muy bien que en medio de nuestra egolatría anárquica, la actividad creadora sólo tiene dos polarizaciones fecundas: el místico o el caudillo; prefirió a la clámide roja del caudillo, la toga inmaculada del Sabio-Santo.

Individualidad compleja y fuerte, se observan en José Gregorio Hernández el idealismo del místico y la voluntad del hombre de acción que, lejos de bogar en mar de divagaciones insubstanciales va camino derecho al objetivo y saca de la corteza de la indiferencia pública un raudal de aguas vivas. No sabía de componendas cobardes, ni se plegó jamás a las influencias de un medio en el que la mediocridad es garantía de éxito y la ductilidad oportunista tiene tantos admiradores; y en su concepto, la obra silente realizada al abrigo del laboratorio, lo mismo que una actividad ubicua en la esfera social, resultan a fin de cuentas más útiles para el bienestar colectivo que las estridencias publicitarias o prolijas autobiografías confeccionadas *ad-hoc*. "Los hombres silenciosos, —observa Guibért— no los que callan por ser nulidades sino los que hablan poco porque viven mucho dentro de sí mismos, son los hombres de grandes energías. Reclútanse entre ellos de ordinario los varones de genio, los que conciben y ejecutan vastos proyectos intelectuales y artísticos, los que realizan inmoluciones heroicas en los grandes teatros de la ciencia o de la caridad". Carácter hecho de una pieza sola apartaba Hernández toda suerte de complacencias cuando el deber, norma y guía de sus actos, le marcaba imperiosamente el camino; y el candor y la fe —en opinión de Razzetti— "fueron las dos grandes fuerzas que le conquistaron la más amplia independencia espiritual, el más completo dominio de sí mismo y la poderosa energía moral de su *gran carácter*. Por eso logró lo que muy raros hombres han logrado: sobreponerse a las exigencias del medio, dominarlo a su antojo y amoldarlo a su voluntad". Así plasmó su vida: no entre los relámpagos y truenos de un Sinaí de retóricas, sino clara y fecundante como una fuente que, si copia el azul del cielo, lleva también al predio gérmenes de renovación.

Pensador meduloso, antepuso la majestad de la idea al oropel de la frase y esquivó las logomaquias de teorizantes y pseudo-sabios, que lejos de ahondar en los problemas sociales se embriagan con el humo de arbitrarias ideologías. Sabio y artista, según lo expresa el mismo doctor Razetti, legó a la cultura nacional en un castellano limpio y terso, exento de abalorios inútiles, "hermosos capítulos de *ciencia alta y profunda* y deliciosas páginas escritas en el más puro lenguaje del arte clásico". Refiriéndose a sus "Elementos de Filosofía" escribe el doctor Dominici: "No he leído libro alguno de más terso estilo ni que penetre más expeditamente en el entendimiento. Clara linfa que envuelve profundidad de océano y que atrae como el abismo". Escéptico en cuanto a doctrinarismos políticos, aleccionado por un sólido estudio de los fenómenos biológicos, sabía Hernández que no se curan con simples constituciones de papel ("obras frágiles de manos infantiles") los vicios de una estructura étnica tan compleja como la nuestra; pero su optimismo filosófico, le hacía esperar mucho en cambio, de los factores misteriosos que obligan las agrupaciones de los seres orgánicos a un continuo perfeccionamiento y eliminan en ellas progresivamente todos los elementos regresivos. Fué doble su función social: patriótica y cristiana a un tiempo mismo: "Tamizando, si puede decirse, las costumbres, poniendo en manos de la bizarra juventud el escudo de la verdad, enseñándola objetivamente una regla de conducta como aplicación de la filosofía a las realidades de la vida práctica; infundiéndole el instinto de la paz, el amor a las instituciones, la serenidad política y el respeto a las autoridades legítimamente constituidas. Colmado de dones, sazonado por la eficiencia de perseverante estudio no sólo en su ciencia peculiar de que era gran señor, acumuló una abundosa y peregrina copia de saberes que se empeñó en aprovechar con celo, en hacerla fructuosa y fecunda, para desplegar entre sus conciudadanos una realísima misión vocacional de mensajero de Minerva y apóstol de la Caridad". Y, lejos de inmovilizarse en moldes arcaicos, armonizó siempre de manera bella y amplia las más avanzadas conquistas científicas, con el fondo austero de religiosidad que formaba el núcleo de su personalidad excepcional.

La misma pluma que a riberas del Arauca vistió con los harapos ensangrentados de la tragedia venezolana, el alma cerril de *Doña Bárbara*; enlutó sus destellos, se humedeció de lágrimas y tañó el arpa en "*La Muerte del Justo*", con tonos de Elegía; "Bendita muerte la de este hombre que nos ha hecho vivir horas intensas de elevación espiritual. El frívolo corazón de la ciudad, el alma disipada, adolecida de pesimismo y de indiferencia de nuestro pueblo, ha sido tocada y conmovida hasta el fondo por el sopló aciago de la tragedia. Lágrimas de amor y de gratitud, angustioso temblar de corazones quebrantados por el golpe absurdo y brutal que tronchó una *preciosa existencia*, doloroso estupor, todo esto formó en torno del féretro del doctor Hernández, el más hermoso homenaje que un pueblo puede rendir a sus *grandes hombres*; pero no fué el duelo vulgar por la

pérdida del ciudadano *útil y eminente*, sino un sentimiento más hondo, más noble, algo que brotaba en generosos raudales de lo más puro de la substancia humana: un sentimiento que enfervorizaba y levantaba las almas, haciendo de aquel que debiera ser cuadro de desolación, un espectáculo consolador. Se sentía allí como en cada pecho estaba vibrando la fibra más delicada, se respiraba un ambiente tonificante de idealidad que lo reconciliaba a uno con sus semejantes. Cada cual había concurrido con lo mejor de sí mismo: con su dolor los que lo amaron, con su gratitud los que recibieron de él dones o enseñanzas, con su justicia los que lo admiraron; con su desfallecimiento tantos para quienes su virtud fué acaso horma de perfeccionamiento espiritual. No era un muerto a quien se llevaba a enterrar; era un *ideal humano* que pasaba en triunfo electrizándonos los corazones: puede asegurarse que en pos del féretro del doctor Hernández, todos experimentamos el deseo de ser buenos... Tal vez era necesario que la suya fuese muerte cruenta y trágica, rodeada del impresionante aparato de las catástrofes, para que el estupor que produjo abriera, desapercibidos los corazones, y pudiera entrar en ellos el soplo de *idealidad* que reanimó el amortiguado rescoldo de nuestra fe en los nobles valores humanos, cuya *bancarrota* ya nos estaba volviendo irremediabilmente escépticos. Desconfiábamos de nosotros mismos y para justificar nuestra pecaminosa indiferencia nos vestíamos con los harapos del cínico, amparándonos en la incredulidad, a fin de que pareciese que procedíamos así por haber encontrado en la filosofía de un *distinguido escepticismo* la clave de los enigmas del Universo. Pero he aquí que de pronto se hace en nuestro interior la luz de la sinceridad y nuestros ojos ven claramente el camino olvidado, y la desvanecida voz de la fe ingenua vuelve a sonar en nosotros... Y fué necesario que aquella *luminosa existencia* se apagase, para que la subitánea obscuridad nos hiciese caer en la cuenta de que habíamos tenido una *lumbre encendida* ante los ojos. Dieron los corazones sus mejores destellos y la incomparable emoción interior ardiendo ante un *ideal noble*, nos ennobleció la vida. Sin duda fué éste, el más precioso don de cuantos otorgó pródicamente el doctor Hernández... Inolvidable tarde aquella en que el frívolo corazón de la ciudad, tuvo una palpitación generosa y puso en sus vuelcos el dolor de la muerte del doctor Hernández! Fué un momento puro, contra cuya virtud redentora, no prevalecerán las *horas de desaliento*". Al borde de aquel féretro —añade Núñez Ponte— "gimió el alma de la Patria, estremecida de pavor y de llanto, ofreciendo a la faz del mundo el cuadro espléndido, conmovedor, de una aclamación espontánea, matemáticamente unánime, la más alta y resonante sanción de *honor e inmortalidad* que recuerdan nuestros anales".

De abolengo le venía la firmeza del carácter y su prestigiosa integridad moral, ya que según lo relata el doctor Vicente Dávila en su interesante obra "Próceres Trujillanos": "Su abuelo Remigio Hernández, nacido en Boconó de Trujillo en 1778, casó con Lorenza Ana



de Manzaneda, hermana del Presbítero Enrique Manzaneda y Salas, Prócer de nuestra Independencia. Vienen los Manzaneda del conquistador Juan Miguel de Manzaneda, Alférez Real de Coro en 1590 y Capitán de los Orotomos. De allí el parentesco del Padre Manzaneda, orgullo y timbre del clero trujillano, que supo defender sus ideas republicanas hasta morir en la pampa apureña, con el doctor Hernández, que trajinando vías de santidad, confirmó con su ejemplo la augusta trinidad de un varón que fué sabio, humanitario y justo. La generosidad era en él tradicional. Es sabido que su deudo el Prócer Manzaneda y Salas no guardó nada para sí, porque distribuyó de igual manera sus haberes. También es conocido lo del Presbítero Felipe Antonio Hernández, natural de Boconó y deudo suyo, el cual facultó el año de 1810 en que murió, a su albacea Presbítero Juan Nepomuceno Ramos Venegas, para que de sus bienes se hicieran obras pías, siendo una de ellas la primera escuela pública de Boconó. Murió el doctor Hernández como su deudo al pie de la bandera, cumpliendo cada cual con su misión: en los campamentos, el que defendía la patria; y conduciendo medicinas, el que defendía al enfermo en su dolor. Fuerte, sin nada que en su columna pudiera doblegarse, atravesó sereno por la vida con su plumaje blanco. Toda la selección de una raza de Próceres y Conquistadores en él tuvo su más alta resonancia".

Figura clara y transparente, "la figura del Maestro: José Gregorio Hernández; apunta un galano escritor. Maestro de vida, de juventudes, de patria. No concibió la vida como estéril especular filosófico, o como ensayo artístico o como pasatiempo. La profesión no fué para él, sinónimo de instrumento de lucro. No perteneció a la clase gris de los resignados: los que contemplan desgranarse ante sus ojos las humanas tragedias, cruzados los brazos. Ni indolente, ni mero espectador".

Por ello siguen cayendo sobre su tumba, en oblación de gratitud, las lágrimas de los humildes y las rosas de los jardines avileños.

II

REFORMADOR DE LOS ESTUDIOS MEDICOS. — GRAN PROFESOR UNIVERSITARIO. — BIOLOGO E INVESTIGADOR CIENTIFICO

Según el doctor Ambrosio Perera, miembro muy distinguido de la Academia Nacional de la Historia y quien con gran empeño y éxito se ha entregado a la meritoria labor de explorar nuestros anales médicos: "Todo aquel que imparcialmente recorra las páginas de la Medicina Venezolana, encuentra tres fechas trascendentales: 1763, 1827 y 1891. En efecto: el 10 de octubre de 1763, inaugura la Cátedra de Medicina en la Universidad Real y Pontificia, el ilustre doctor Lorenzo Campins y Ballester; el 9 de noviembre de 1827, el doctor José María Vargas da comienzo a la cátedra oficial de Anatomía, después de haber decretado el Libertador por insinuación del Rector Vargas, el 24 de junio del mismo año, la creación de la Facultad de Medicina, que vino a sustituir el antiguo Protomedicato, creado por Real Cédula de Carlos III el 14 de mayo de 1777; por fin el 6 de noviembre de 1891, el doctor José Gregorio Hernández, inició la cátedra de Bacteriología y con ella implantó oficialmente en nuestra Alma Mater, la revolución establecida por Pasteur en el campo de las ciencias biológicas". (1)

El mérito de Campins y Ballester fué enaltecido por el verbo austero del mismo Vargas, en su Memoria presentada a la Sociedad Médica de 1829, donde dijo que el médico español "era un profesor animado de un celo muy honorífico por su profesión, quien deseoso de sacar de la caterva de medicastros o curiosos, hombres de educación profesional y de verdaderas luces, concibió con razón que no había otro medio más adecuado, que el de propagar estas luces y formar médicos en Caracas"; y añadió luego: "Puede asegurarse que Campins y Ballester niveló la Medicina en Caracas, con el grado de consideraciones y estima que esta ciencia alcanzaba en España,

(1) (Discurso del doctor Ambrosio Perera en la Universidad Central al celebrarse el 80º aniversario del nacimiento del doctor José Gregorio Hernández).

de modo que en tiempos venideros se empezará con él la narración de su existencia en Venezuela". Y si la gloria de Vargas no necesita de las frases pálidas de un elogio circunstancial, debemos sin embargo convenir, que a pesar de sus nobles esfuerzos, las condiciones propias de la época, lo imposibilitaron para emancipar totalmente nuestra Medicina del rezago del curanderismo; de manera que el reformador vióse obligado, cuando abandonó la Cátedra de Cirugía para ir a ocupar la Presidencia de la República, arrastrado por un sufragio nacional casi unánime, a dejar como substituto en dicha asignatura, al señor Félix Ascanio, que no poseía título académico alguno.

"La obra de Vargas quedó estacionaria", afirmó con dejo de melancolía, el elocuente Elías Toro, pues sin que ninguna responsabilidad les cupiera a sus discípulos, muchos de ellos tan ilustres, el medio no se prestó luego para llevar a término los planes y reformas del Patriarca, hasta el extremo de que con objeto de afrontar el grave problema de sus finanzas, la Junta de nuestra Alma Mater acordó en sesión del 30 de agosto de 1860, alquilar parte del edificio universitario a un grupo de familias europeas que carecía de alojamiento en Caracas y eliminar algunas cátedras de Gramática Castellana, Griego, Francés, Inglés, Filosofía y Teología. "El ambiente de la Patria —dice el propio Toro— se tornó de súbito impropicio a la serena elaboración de la idea de ciencia; una tempestad de pasiones se desató con furia y amenazó ahogar en pozos de rencores y de odios la primeriza flor de la República. Y cuando ya parecía serenado el ambiente, y del seno mismo de la catástrofe había surgido como una blanca flor propiciatoria, la cándida paz, un hado adverso, una sombra fatídica como cóndor rapaz sobre tímido rebaño, cayó sobre la Madre Universidad, y la ruina, el abandono y el silencio volvieron a reinar en aquella entraña de la Patria que habían señoreado, como sublimes deidades, Bolívar y Vargas. Herida en las propias fuentes de su existencia material, la Universidad de Caracas dejó de ser entonces el foco del progreso científico de la República; y hasta llegó a iniciarse en ella un torpe movimiento regresivo, que la habría llevado a los más ignominiosos términos". (2)

En realidad, "mucho había decaído aquella Universidad que con tanto brillo apareció en sus comienzos y hasta se dió el caso insólito, de que la loca ignorancia, con armas de piache, y protegida por el Gobierno de la época, pretendiera elevarse hasta las curules profesoriales, y las habría alcanzado, si el resto de la obra de Vargas vinculada en sus discípulos, hecha causa común con el ímpetu de la juventud estudiantil, no hubiera incinerado la ambición en forma de libro como desagravio y protesta ante la estatua de Vargas". (3)

(2) (Elías Toro. Discurso en el Primer Congreso Venezolano de Medicina).

(3) (Discurso del doctor Jesús Rafael Rísquez en el Paraninfo de la Universidad Central, al conmemorarse el XXV aniversario de la muerte del Doctor José Gregorio Hernández).

Los estudios médicos, como era natural, se resintieron hondamente de ese estado de turbulencias anárquicas, y, conforme lo anota el mismo doctor Perera, "basta para convencerse de ello, ver en los legajos del Archivo Universitario, cómo en los exámenes de grados verificados casi en la mitad del siglo se ponía como tarea al estudiante, la discusión de los Aforismos de Hipócrates". Es cierto que ya al finar la centuria, mejoraron algo las condiciones pedagógicas; pero, sin Bacteriología, base de la Etiología; sin Histología, fundamento de la Anatomía Patológica; y sin Fisiología Experimental, soporte de la Terapéutica moderna, el arte de curar no habría logrado despojarse entre nosotros del sedimento de rutina empírica que aún conservaba como rasgo esencial de su carácter; y para cuya justa apreciación, me permitiré copiar siquiera en parte, un documento oficial, a todas luces *memorable*. Con esa *Resolución* el gobierno ilustre del doctor Rojas Paúl, pinta el lamentable atraso de nuestros sistemas de enseñanza universitaria y destaca la urgencia con que se hacía sentir la aparición de las nuevas asignaturas, que implantó después el doctor José Gregorio Hernández: "Observándose que los estudios médicos en Venezuela se resienten de *lamentable deficiencia* en el campo objetivo de la experimentación, ora por falta de clínicas especiales y de museos y gabinetes científicos donde pueda hacerse ejercicio práctico de las teorías de la Facultad, ora por falta de profesores especialistas en determinados ramos esencialmente experimentales, que han obtenido hoy notable perfeccionamiento, y en los que el progreso ha encontrado la base de nuevos sistemas y sorprendido el secreto de nuevas medicaciones: el Presidente de la República, en cuyo ánimo han influido tales circunstancias, atento además a la consideración de que al fundar el Gran Hospital Vargas no le ha movido tan sólo un propósito benéfico sino que ha querido también realizar un progreso científico, ofreciendo así al mismo tiempo asilo generoso al desvalido y fecundo campo de estudio y de observación a la ciencia, ha tenido a bien resolver, previo el voto del Consejo Federal: 1°. Por cuenta del Gobierno Nacional se trasladará a la ciudad de París un joven médico de nacionalidad venezolana, graduado de Doctor en la Universidad Central, de buena conducta y de *aptitudes reconocidas*, con el fin de que curse allí teórica y prácticamente las siguientes especialidades: Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental. 2°. Durante el curso de sus estudios, el expresado médico sostendrá correspondencia con este Despacho, al que comunicará las noticias y observaciones que juzgue útiles a la Facultad, y remitirá trimestralmente certificaciones autorizadas que comprueben su consagración al objeto que se le destina; y tan luego como haya adquirido la debida suficiencia, la cual habrá de justificar también con certificaciones o con diplomas facultativos, importará por cuenta del Gobierno Nacional, los elementos necesarios para la creación en el Gran Hospital Vargas,

de un Gabinete fisiológico cuya dirección le estará encomendada, y quedará asimismo en la obligación de enseñar en la Universidad Central las Materias susodichas".

La instrucción por lo tanto, al decir del Gobierno, era puramente teórica. Se carecía de museos, laboratorios, clínicas y gabinetes adecuados, para hacer en ellos "ejercicio práctico de las teorías de la Facultad"; así como de *profesores especialistas* en ramos *esencialmente experimentales* de la Medicina, sin los cuales era imposible adoptar los cánones de nuevos métodos de tratamiento, ni ponerse a tono con el progreso científico del siglo.

Con tintes igualmente sombríos, nos retrata el ambiente universitario de esa época, un celeberrimo escritor venezolano: "La ignorancia y el atraso se pusieron a la larga en evidencia formidable. El favoritismo de la política, por otra parte, fué en veces móvil funesto para la provisión de las cátedras; y se dió el caso de que ante la ineptitud de profesores, los cursantes se viesan obligados a solicitar catedráticos supernumerarios fuera del Instituto. Los maestros de la Facultad, fervientes adeptos de la escuela de Broussais, seguían atribuyendo a la irritación e inflamación la misma influencia preponderante que Vargas y sus contemporáneos le asignaban en la patogenia de las enfermedades; y sus teóricas disertaciones sobre la estructura de órganos y tejidos, no se aventuraban más allá de los añejos conceptos de la fibra y la membrana. Como nota del retardo, las doctrinas pasteurianas, no obstante contar ya lustros de vida, no habían encontrado quien las comentara ni declarara. En alguna cátedra oyóse mencionar alguna vez como espantosos fantasmas los *microbes*; y cuando no se sabía ni traducir lo más elemental no es extraño que no tuvieran cabida en los planes de la enseñanza los tesoros con que allende los mares se enriquecía la ciencia". (4)

Y, aludiendo en lección inaugural a la misma etapa histórica, uno de nuestros más destacados profesores asienta: "Comparando los tiempos y las circunstancias, los estudios médicos en la época de Vargas eran muy superiores a los de entonces, pues apenas habíamos sabido conservar sin modificarlo en nada bueno, el programa que él estableció".

Esto en lo tocante a la enseñanza universitaria, ya que los hospitales, en opinión de Laureano Villanueva, sólo eran "*casas inmundas* en las que se hacinaban los infelices que no tenían donde morir; simples depósitos para proveer los cementerios, pues todos estaban mal servidos en la parte facultativa, sin administración, higiene ni recursos de ninguna especie: sucios, *hediondos* y con edificios en ruina".

(4) (Doctor J. M. Núñez Ponte. "Ensayo crítico-biográfico del Doctor José Gregorio Hernández". Segunda Edición).

Como se ve, la docencia teórica y clínica venía laborando penosamente, desde hacía tiempo, en una atmósfera de anacronismo y laceria que ya se había tornado insoportable; y fué para *corregir* tan deplorables deficiencias (puesto que más tarde fuera de su obra reformadora y docente en la Universidad, asoció el laboratorio a la clínica en el examen de sus enfermos, y realizó "*los primeros diagnósticos científicos en Venezuela*"), cuando de acuerdo con la Resolución mencionada se escogió al doctor José Gregorio Hernández *primer estudiante universitario de su época*, por Decreto Ejecutivo que dice así: "E.E. U.U. de Venezuela. Dirección de Instrucción Superior. Caracas: 31 de julio de 1889, 26° y 31°.—Resuelto: De conformidad con la Resolución de este Despacho de esta misma fecha, por la cual se dispone enviar a la ciudad de París a un joven médico venezolano con el fin de que estudie determinadas especialidades científicas, el Presidente de la República, con el voto del Consejo Federal, ha tenido a bien designar con tal objeto al ciudadano Doctor José Gregorio Hernández, en quien *ventajosamente concurren las favorables circunstancias personales* a que se refiere la Resolución susodicha. Comuníquese y publíquese. Por el Ejecutivo Federal, Silva Gandolphi".

Desde ese instante, Hernández se entregó por completo al oficio que le encomendara la Patria y valoró muy bien, la magnitud y trascendencia de su encargo para las exigencias de nuestra cultura médica; adquiriendo un copioso acervo de conocimientos que lo capacitó para escribir con brío, al Ministro de Instrucción Pública: "Pron-to como estoy a realizar el objeto primordial de esta misión, es decir: *la introducción en nuestro país de los estudios que constituyen el principal orgullo de la ciencia moderna*, me apresuro a enviar a Usted la lista de los aparatos e instrumentos necesarios para la fundación del Laboratorio de Fisiología Experimental de la Ilustre Universidad Central de Venezuela. Presa de la mayor emoción, señor Ministro, contemplo este gran *acontecimiento* para nuestro país, de la creación de un instituto que estará a nivel de los *más adelantados del mundo científico*, puesto que será una copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París". Y el Gobierno de la República presidido a la sazón por el doctor Andueza Palacio, le confió la encomienda de traer los instrumentos, aparatos y enseres necesarios al Laboratorio Nacional en donde iban a funcionar las nuevas cátedras de acuerdo con el siguiente Decreto: "El Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela. Con el voto del Consejo Federal. Considerando: 1°. Que se encuentra ya convenientemente instalado en el edificio de la Universidad Central de Venezuela el Laboratorio de Fisiología Experimental y Bacteriología, encargado a Europa y comprado por cuenta del Ejecutivo Federal. 2°. Que el objeto de la instalación del mencionado Laboratorio ha sido difundir entre los cursantes de ciencias médicas los conocimientos científicos inherentes a las indicadas asignaturas. Decreta: Artícu-

de un Gabinete fisiológico cuya dirección le estará encomendada, y quedará asimismo en la obligación de enseñar en la Universidad Central las Materias susodichas".

La instrucción por lo tanto, al decir del Gobierno, era puramente teórica. Se carecía de museos, laboratorios, clínicas y gabinetes adecuados, para hacer en ellos "ejercicio práctico de las teorías de la Facultad"; así como de *profesores especialistas* en ramos *esencialmente experimentales* de la Medicina, sin los cuales era imposible adoptar los cánones de nuevos métodos de tratamiento, ni ponerse a tono con el progreso científico del siglo.

Con tintes igualmente sombríos, nos retrata el ambiente universitario de esa época, un celeberrimo escritor venezolano: "La ignorancia y el atraso se pusieron a la larga en evidencia formidable. El favoritismo de la política, por otra parte, fué en veces móvil funesto para la provisión de las cátedras; y se dió el caso de que ante la ineptitud de profesores, los cursantes se viesen obligados a solicitar catedráticos supernumerarios fuera del Instituto. Los maestros de la Facultad, fervientes adeptos de la escuela de Broussais, seguían atribuyendo a la irritación e inflamación la misma influencia preponderante que Vargas y sus contemporáneos le asignaban en la patogenia de las enfermedades; y sus teóricas disertaciones sobre la estructura de órganos y tejidos, no se aventuraban más allá de los añejos conceptos de la fibra y la membrana. Como nota del retardo, las doctrinas pasteurianas, no obstante contar ya lustros de vida, no habían encontrado quien las comentara ni declarara. En alguna cátedra oyóse mencionar alguna vez como espantosos fantasmas los *microbes*; y cuando no se sabía ni traducir lo más elemental no es extraño que no tuvieran cabida en los planes de la enseñanza los tesoros con que allende los mares se enriquecía la ciencia". (4)

Y, aludiendo en lección inaugural a la misma etapa histórica, uno de nuestros más destacados profesores asienta: "Comparando los tiempos y las circunstancias, los estudios médicos en la época de Vargas eran muy superiores a los de entonces, pues apenas habíamos sabido conservar sin modificarlo en nada bueno, el programa que él estableció".

Esto en lo tocante a la enseñanza universitaria, ya que los hospitales, en opinión de Laureano Villanueva, sólo eran "*casas inmundas* en las que se hacinaban los infelices que no tenían donde morir; simples depósitos para proveer los cementerios, pues todos estaban mal servidos en la parte facultativa, sin administración, higiene ni recursos de ninguna especie: sucios, *hediondos* y con edificios en ruina".

(4) (Doctor J. M. Núñez Ponte. "Ensayo crítico-biográfico del Doctor José Gregorio Hernández". Segunda Edición).

Como se ve, la docencia teórica y clínica venía laborando penosamente, desde hacía tiempo, en una atmósfera de anacronismo y laceria que ya se había tornado insoportable; y fué para *corregir* tan deplorables deficiencias (puesto que más tarde fuera de su obra reformadora y docente en la Universidad, asoció el laboratorio a la clínica en el examen de sus enfermos, y realizó "*los primeros diagnósticos científicos en Venezuela*"), cuando de acuerdo con la *Resolución* mencionada se escogió al doctor José Gregorio Hernández *primer estudiante universitario de su época*, por Decreto Ejecutivo que dice así: "E.E. U.U. de Venezuela. Dirección de Instrucción Superior. Caracas: 31 de julio de 1889, 26° y 31°.—Resuelto: De conformidad con la Resolución de este Despacho de esta misma fecha, por la cual se dispone enviar a la ciudad de París a un joven médico venezolano con el fin de que estudie determinadas especialidades científicas, el Presidente de la República, con el voto del Consejo Federal, ha tenido a bien designar con tal objeto al ciudadano Doctor José Gregorio Hernández, en quien *ventajosamente concurren las favorables circunstancias personales* a que se refiere la Resolución susodicha. Comuníquese y publíquese. Por el Ejecutivo Federal, Silva Gandolphi".

Desde ese instante, Hernández se entregó por completo al oficio que le encomendara la Patria y valoró muy bien, la magnitud y trascendencia de su encargo para las exigencias de nuestra cultura médica; adquiriendo un copioso acervo de conocimientos que lo capacitó para escribir con brío, al Ministro de Instrucción Pública: "Pronto como estoy a realizar el objeto primordial de esta misión, es decir: *la introducción en nuestro país de los estudios que constituyen el principal orgullo de la ciencia moderna*, me apresuro a enviar a Usted la lista de los aparatos e instrumentos necesarios para la fundación del Laboratorio de Fisiología Experimental de la Ilustre Universidad Central de Venezuela. Presa de la mayor emoción, señor Ministro, contemplo este gran *acontecimiento* para nuestro país, de la creación de un instituto que estará a nivel de los *más adelantados del mundo científico*, puesto que será una copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París". Y el Gobierno de la República presidido a la sazón por el doctor Andueza Palacio, le confió la encomienda de traer los instrumentos, aparatos y enseres necesarios al Laboratorio Nacional en donde iban a funcionar las nuevas cátedras de acuerdo con el siguiente Decreto: "El Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela. Con el voto del Consejo Federal. Considerando: 1°. Que se encuentra ya convenientemente instalado en el edificio de la Universidad Central de Venezuela el Laboratorio de Fisiología Experimental y Bacteriología, encargado a Europa y comprado por cuenta del Ejecutivo Federal. 2°. Que el objeto de la instalación del mencionado Laboratorio ha sido difundir entre los cursantes de ciencias médicas los conocimientos científicos inherentes a las indicadas asignaturas. Decreta: Articula-

lo 1°. Se crean en la Universidad Central de Venezuela los estudios de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología, los cuales se cursarán en el Laboratorio arriba indicado y conforme a los últimos descubrimientos hechos en las Naciones más adelantadas. Artículo 2°. Por resolución especial será nombrado el catedrático de la clase a que se refiere el artículo precedente, quien desempeñará a la vez las funciones de Director del indicado Laboratorio. Artículo 3°. Este funcionario gozará además del sueldo que le corresponde como Catedrático de la Universidad el de cuatrocientos bolívares (Bs. 400), como Director, quedando incluídos en esta última asignación los gastos ordinarios del Laboratorio. Artículo 4°. El Ministro de Instrucción Pública queda encargado de la ejecución de este Decreto. Dado, firmado y refrendado en el Palacio Federal en Caracas a 4 de noviembre de 1891. Año 28° de la Ley y 33° de la Federación. R. Andueza Palacio. Refrendado. El Ministro de Instrucción Pública, Eduardo Blanco”.

“Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Instrucción Pública”. Dirección de Instrucción Superior. Caracas: 5 de noviembre de 1891. 28° y 33°. Resuelto: Por disposición del Presidente de la República y con el voto del Consejo Federal, se nombra al ciudadano Doctor José Gregorio Hernández, Catedrático de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología en la Universidad Central de Venezuela de conformidad con el Artículo 2° del Decreto Ejecutivo de 4 de los corrientes. Comuníquese y publíquese. Por el Ejecutivo Federal, Eduardo Blanco”. Y el 6 de noviembre del mismo año, el doctor Elías Rodríguez, Rector de la Universidad, tomó juramento al doctor José Gregorio Hernández y le puso en posesión de las cátedras para que había sido nombrado profesor por el ciudadano Ministro de Instrucción Pública. “Desde entonces —dice Jesús Rafael Rísquez— difunde su saber con *inimitable maestría* entre las generaciones médicas contemporáneas, hasta que la muerte lo sorprende en plena actividad profesional”.

Vino José Gregorio Hernández a colmar una inmensa laguna de nuestra evolución científica; y su obra, como maestro incomparable de varias generaciones, reformador de los estudios médicos y hombre de directivas morales inconfundibles no será debidamente apreciada, sino al correr de los años, cuando su natural alejamiento en el decurso de los fastos nacionales y una creciente madurez del sentido crítico, ensanchen el radio de la perspectiva histórica en Venezuela. Pero la justicia póstuma, entre tanto, por la pluma de su biógrafo, ha esbozado ya su noble perfil de civilizador, mediante la enumeración escueta y sin retóricas de hechos incontrovertibles: “Antes de Hernández las enseñanzas no pasaban de meras figuras pintadas en los textos, palabras que se aprendían y se repetían de coro; cuando más, alguna escasa práctica rutinaria en los llamados hospitales. Con él y después, acabaron los resabios; fueron ya fenómenos que se observaban, hechos, apreciaciones biológicas que se podían verificar

por una *experimentación sistematizada y científica*. Porque él fué quien trajo el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos, su importancia; el que hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos; el que puso a estudiar y calcular el número de los glóbulos sanguíneos; el que coloreó los microbios y los cultivó en obsequio de los clínicos; el que realizó las primeras vivisecciones, con que sus discípulos pudieran darse cuenta, por propios ojos, de las maravillosas funciones de la vida animal. Fué aquella hora de revelación, cuando en las vastas selvas de la experiencia, en el curso de la "caza de Pan" que dice Bacon, al golpe de vara mágica, brotaron nuevas y cristalinas fuentes para las ávidas generaciones universitarias.

En el ejercicio de sus cursos, que leía con matemática exactitud y la más pulcra conciencia, con severidad pero con aliento para los jóvenes amantes del trabajo, el doctor Hernández desde el primer momento dió a comprender la importancia de su Aula, el dominio cabal de sus conocimientos, una habilísima penetración investigadora, su técnica profesoral admirable, facilidad para transmitir la ciencia, su excelente sentido y juicio crítico, su magistral autoridad. Las clases, a las que concurrían por modo de curiosos muchos estudiantes profanos, eran amenas y pedían de suyo la atención y la reflexión. Qué gratamente se impresionaba y se movía el espíritu, cuando aquel maestro, aquel pedagogo novel, al empleo de métodos y recursos *antes no usados aquí*, iba explicando sus lecciones con atrayente elegancia y una tonalidad juvenil, pero con acierto grave y sereno, con una consistencia maciza, como de hombre maduro y sapiente! Cuánto gusto e interés despertaba en los ánimos, cuando después de haber hablado, por ejemplo, sobre las células, el protoplasma, el núcleo, su reproducción; sobre el microbio, su morfología, su cultivo, etc. decía con cierta gracia suya: *Yo lo pinto*; y tomando las tizas de diversos colores y vuelto hacia el pizarrón, dibujaba de verdad, con esmeradísimo arte, con precisa maestría, y hacía casi palpar la evolución prolífera de aquellos peregrinos organismos! Sus discípulos y sus colegas mismos lo respetaron desde entonces y rindieron las mejores y aquiescentes pruebas a su idoneidad y pericia, a su adestría singular, a su intensa mentalidad, a su ubérrima labor científica, pruebas que vinieron a resumirse espléndidamente con los testimonios producidos en la ocasión de su muerte" (5)

Su puntualidad en la asistencia a las clases que no alteró nunca, ni por caso de lluvia o quebrantos de salud, se hizo proverbial; así como la justicia y rectitud de su juicio, que fueron incapaces de torcer, las amenazas de unos, ni los halagos de otros. Le tocó la misión de hacer luz en los cerebros no durante la era opulenta del Petróleo, sino en épocas de verdadera incuria nacional, cuando el

(5) (Dr. J. M. Núñez Ponte. "Ensayo Crítico Biográfico").

caos y el desorden se adueñaron del país y la anarquía, según la frase profética del Libertador, devoraba energías y secaba las fuentes de la riqueza pública. Pero Hernández consideraba el magisterio como sacerdocio de abnegación y en tiempos tumultuarios, sin ninguna remuneración oficial, sostenía de su peculio los gastos del Laboratorio y continuaba impasible, acercando a los labios de sus discípulos la linfa pura del saber. A las tres de la tarde, por treinta años sucesivos, abrió diariamente la puerta de su Aula; y con la dicción persuasiva del sabio, iniciaba a la juventud en los misterios biológicos, mientras afuera los espíritus se caldeaban en la llama de los odios sectarios y disipaban, con loco afán inconsulto, el tesoro de viriles cualidades que nos legaron nuestros mayores. Diego Carbonell pondera de esta guisa la brillante actuación del pedagogo: "Hernández que fué *el más sagaz de los profesores*, ha sintetizado en un volumen sus lecciones de Bacteriología, en cuyas páginas sienten sus discípulos la presencia de un alma magisterial ya que allí está dicho, cuanto el maestro expone en su cátedra, donde sólo agrega los nuevos triunfos de la ciencia. En ese libro está su método de enseñanza; pero a pesar de todo el texto resulta innecesario para los cursantes, porque quien esté atento en el salón de clases durante la hora de la lección de Hernández, no necesita *consultar libros* para concurrir a los exámenes, pues ya lo hemos dicho: el profesor sabe despertar la atención de sus discípulos y nunca ha sido narcótico para sus cerebros tropicales".

Introdujo Hernández en la ciencia vernácula el sistema genial de Bichat: aislar los tejidos, estudiar cada uno de ellos en los distintos órganos para comprender y valorar el mecanismo íntimo de su acción fisiológica; e imitando a Claudio Bernard, hizo que la juventud médica venezolana "evitara las abstracciones *puramente imaginativas* y la acostumbró, con una *verdadera enseñanza*, a la fecunda interpretación de los misterios de la vida".

En el propio recinto del Senado de la República, declaró el doctor José Manuel Espino: "Siempre tuve al doctor Hernández y lo consideramos los estudiantes de mi generación, *como el más sabio* de nuestros profesores o el más diversificadamente sabio, ya que no había materia o sujeto que directa o indirectamente se abordara en su clase, que el doctor Hernández no conociera perfectamente. Parecía como si al igual de Vargas que tan a menudo citaba, dedicara sus ratos de vagar a leer, releer y repasar todo su acervo de conocimientos desde la educación primaria hasta la superior, pues en el casillero de su memoria tenía siempre a mano la contestación más adecuada a toda cuestión científica que le propusiéramos, lo que hacía de él un árbitro inapelable en nuestras discusiones... Otro aspecto de su enseñanza fué la exactitud en las descripciones: *ninguno de mis maestros* que yo recuerde, tuvo ese don tan excelente que revela, fuera de clara inteligencia, una penosa y larga disciplina para

escoger la característica de cada materia, el rasgo peculiar de la enfermedad que iba a estudiar, condensándola en un número reducido de palabras. Sus *definiciones ejemplares* las conservamos a través de nuestros estudios posteriores, como recurso de gran valor frente a los profesores de otras asignaturas. Sus quilates morales y espirituales eran *notables*: estricto en la aplicación de lo que llamaba las "eternas leyes morales", nos decía que su deseo como el de Vargas no era otro, sino que de sus manos salieran *hombres honrados*, antes que médicos sabios. Era el hombre de *más carácter* que yo he conocido: de allí la exactitud de la vida religiosa, ciudadana y docente de aquel gran caballero, de ese *gran exponente* de la cultura venezolana". Y el doctor A. Benchetrit que desde hace años ejerce con brillo su profesión en la vecina República de Colombia, añora "la grata memoria del inolvidable maestro doctor Hernández, a quien recuerdo todos los días con el mayor cariño por sus *admirables enseñanzas*. Yo tuve la fortuna de ser su discípulo y pude apreciar no sólo sus vastos conocimientos en *todas las ramas de la Medicina*, sino sus grandes dotes de *admirable pedagogo* y su desvelo para que sus múltiples discípulos aprovecháramos siquiera una mínima parte de lo que él se esforzaba en enseñarnos. Cómo eran de fecundas aquellas horas en que escuchábamos las explicaciones del *Maestro incomparable* sobre los complicados procesos fisiológicos del organismo humano, con una claridad y precisión no encontradas en *obra alguna*; pues el doctor Hernández *dominaba en absoluto* las materias que enseñaba, y tenía el don *muy raro por cierto*, de saberlas explicar, y hacerse comprender de todos sus asiduos oyentes". A lo cual se asocia la opinión no menos autorizada del doctor Vicente Peña: "Como creador de los estudios de *Bacteriología, Anatomía microscópica y Fisiología Experimental*, el doctor José Gregorio Hernández estableció e hizo familiares disciplinas *intelectuales y manuales* para el estudio en las asignaturas de sus cátedras; lo que condujo a la *objetivación* de aquellas ciencias en la platina del microscopio, en la carne viva del animal maniatado sobre la mesa de experiencias, *abriendo así la vía* para adquisiciones del conocimiento. Estas y otras más, son *acreencias indiscutibles* para la preeminencia de que gozó su reputación universitaria. Y si ello representa el valor característico del Profesor, otra es la faz que atañe a las cualidades inherentes al hombre. Al doctor Hernández lo distinguió siempre su *carácter*. Como Maestro, en la sucesión de hechos que tejieron su vida, siempre podrá exhibirse el sello personalísimo de aquella psiquis disciplinada en dirección rígida y vehemente hacia sus centros de atracción. Como hombre de pluma, segando en los predios de la Ciencia o en los del Arte, todo el fruto de su inteligencia y de su sensibilidad lleva la distinción de sencillez, pureza y trascendencia que del alto temple de sus ideas y conocimientos fluían con profunda naturalidad. Atendidos sus enfermos, leída su lección en la Cátedra, encerrábase en la soledad de su vivienda con sus libros, sus instrumentos de laboratorio

y sus ideas; sin necesitar la comunión gremial para esparcimientos que a los más les parecen recurso indispensable... Una muerte trágica lo cargó en sus alas negras, no para redimirlo, que él no necesitaba redención: y sobre las alas de la tragedia desapareció del mundo, solo, raro, silencioso, valiente". La víspera misma de su muerte: el sábado 28 de junio de 1919, el doctor Alberto J. Fernández, Preparador de trabajos prácticos en la cátedra de Bacteriología, vió entrar al sabio "*a las tres de la tarde*, con su acostumbrada *precisión cronométrica*, en el salón de clases de su cátedra. Terminaba la práctica a cargo del Preparador. La lección versó sobre el bacilo de Hansen. El maestro disertó acerca de la morfología, coloración, cultivos, inoculaciones, etc., etc., del microbio de la lepra. Como siempre enseñó a sus discípulos la *última palabra de la ciencia*, y terminó su clase hablando de las formas clínicas de la enfermedad. Anunció cual sería la próxima lección y dijo: "estudiaremos el coco bacilo de Pfeiffer". No sabía el Maestro que sus discípulos ya no le oiríamos más! En esa última clase pude apreciar que el doctor Hernández no había modificado su plan de enseñanza con el cual formó sus colaboradores para *constituir el tesoro científico nacional*. Fuí durante más de cuatro años su Preparador, y en ese tiempo me convencí de que el doctor Hernández era el hombre más *severo*, más *justo* y más *bueno* que yo he conocido".

La escuela que creó, donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia y cuyos renuevos se encuentran hoy dispersos por los ámbitos de la República y aun en el exterior, prolongará en el tiempo la función docente del Maestro; y su mismo sucesor en la cátedra de Bacteriología, ha consignado para la Historia, este valioso testimonio: "El, y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia; estudiaron la *mayor parte de los gérmenes morbíficos* en el país, e hicieron a la Escuela Venezolana marchar al unísono con las conquistas de la nueva ciencia. Más tarde, cuando la era de los microbios —como dijo el gran Patrick-Manson— había llegado a su apogeo y la de los protozoarios comenzaba, un discípulo de Hernández marcó época en los anales de nuestra Medicina, y empieza entonces la *era de la Parasitología en Venezuela* con los trabajos de Rafael Rangel". (6)

Intimamente ligado a la obra y al nombre del doctor Hernández va este *gran discípulo* suyo, a quien aleccionó en la investigación experimental y lo preparó para que fundara después la Parasitología Nacional. "Todas las reformas —anota el Doctor Núñez Ponte— a que dió lugar y vida el doctor Hernández con la fundación y progreso de su cátedra con lo que propiamente podemos decir su escuela, han hecho cambiar ventajosamente los rumbos de nuestra Medicina, lo cual atestiguan los sabios académicos y profesionales cuyas mentes

(6) Jesús Rafael Rísquez: "Lección inaugural del curso de Bacteriología y Parasitología de 1925".

recogieron de él una gran provisión científica, en cuyas manos está hoy en Venezuela el arte de curar; y los jóvenes que se han distinguido en la exploración del mundo infinitamente pequeño, como buzos de la parasitología tropical, declaran asimismo que deben a Hernández, a las lecciones directivas y a los *experimentos fundamentales* de él, todo el valor de sus propias iniciativas y labores.

En el estudio sobre las "Teorías del sistema nervioso", que publicó Rafael Rangel en 1901, Año II, Tomo II de los "Anales de la Universidad Central", dice el progenitor ilustre de nuestra Parasitología, página 385: "*Nuestro maestro*, el doctor José Gregorio Hernández, Director del Laboratorio de Histología, nos hizo la observación de que el líquido de Müller tenía la propiedad de descomponerse con suma facilidad en nuestro clima, por lo cual es necesario renovarlo incesantemente en las fijaciones. Lo mismo sucede con todos los líquidos bicromicos. En cambio, —continúa la advertencia de Hernández— el endurecimiento de las piezas se hace aquí en menos tiempo del señalado por los autores europeos: mientras éstos recomiendan uno, dos, tres, y hasta cuatro meses de sumersión de los fragmentos nerviosos en la mezcla de Cox, bastan quince, veinte días, lo más un mes para obtener bellísimas preparaciones. Hacemos los cortes con el *microtomo* de *Ranvier*, o mejor con el de *Selong* y los montamos libres en *resina damar* y *colofonia en benzina*". Lo cual no era sino la propia técnica histológica que con fructuoso y persistente esfuerzo había adquirido Rangel en las clases prácticas de Hernández.

En su trabajo sobre "El Carbunclo bacteridiano en Venezuela", presentado a la Academia de Medicina y publicado en la "Gaceta Médica" del 30 de septiembre de 1906, escribe también Rangel: "Grande fué nuestra sorpresa al encontrar en los frotis de sangre y linfa, los más puros que pudimos recoger de aquellos elementos ya alterados, la bacteridia carbonosa clásica, tal como la describen los autores y como la *habíamos visto* en las lecciones prácticas del doctor José Gregorio Hernández; de 5 a 7 micromilímetros de largo, por 1 a 1½ de ancho un poco más gruesa en las extremidades que en el centro, envuelta en una membrana hialina a las extremidades, con su línea de sección sinuosa o quebrada, característica según Koch del bacilo de Davaine". Y a breves líneas añade: "Nosotros después de haber consultado con *nuestro maestro* el doctor José Gregorio Hernández, nos hemos estado ejercitando en la exaltación y atenuación de las bacteridias muertas por medio de los métodos conocidos: calor, acción de los antisépticos, etc., etc."

Durante años fué Rafael Rangel, preparador de los trabajos prácticos en las cátedras de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental, donde bajo la dirección personal de José Gregorio Hernández se adiestró para la experimentación y adquirió aquella competencia que lo llevó más tarde a fundar los estudios de Parasitología Nacional. Ya vemos como en 1906, cuando se encontraba en plena

evolución ascendente, Rangel según la declaración que precede, consultaba a su maestro el doctor Hernández y se ejercitaba y seguía con humildad de sabio, las directivas de aquél, en la exaltación y atenuación de las bacteridias carbonosas y en otras técnicas modernas que a él le dieron fama y lustre y renombre a la patria.

A Hernández "también debí años después, —declara el doctor Dominici—, el conocimiento de las extraordinarias facultades técnicas de Rafael Rangel. Hablando un día de Histología del sistema nervioso, díjome: "Pídele a Rangel que te muestre sus preparaciones de cerebro y médula. Eran en efecto bellísimas: no las superaban las que el propio Ramón y Cajal nos mostró a Guevara Rojas y a mí, en el Laboratorio de Malassez en el Colegio de Francia".

Hernández conocía muy bien esas láminas, que su discípulo obtuvo, aplicando con todo rigor las técnicas aprendidas en las clases prácticas del maestro y no superadas en opinión de Dominici, por el mismo Ramón y Cajal.

Refiriéndose a la fundación del Laboratorio del Hospital Vargas, dice el ilustrado doctor V. M. Ovalles en su "*Biografía del Bachiller Rafael Rangel*": "En realidad Rangel no se encargó de un verdadero Laboratorio, porque aquéllo no se podía calificar así y a tal respecto escribió el doctor Diego Carbonell las líneas que siguen en su artículo sobre la Bacteriología en Venezuela (Las Clases Médicas, N° 48, julio 1° de 1908). "Es obra de Rangel, el actual laboratorio de que es director; porque son suyos los impulsos que a diario recibe aquel salón de experiencias; porque son suyas las solicitudes que hace a nuestro Gobierno, porque fué él a quien la Junta Administradora de los Hospitales compuesta en febrero de 1902 por los doctores Miguel R. Ruiz, Emilio Conde Flores, Juan Pablo Tamayo, Trujillo Arraval y Martín Herrera, en su sesión del 18 del mismo mes, encargó no del laboratorio, pues no lo había, sino de un escaso número de aparatos, regalados por los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, para que empezara a fundar un laboratorio de Bacteriología".

Salió Rangel del Laboratorio de Bacteriología de la Universidad a fundar en febrero de 1902, el del Hospital Vargas y sus colaboradores fueron los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, con los aparatos que le *regalaron* para acometer la memorable empresa; pero continuó sin embargo *un año más, hasta el 1° de abril de 1903*, como Preparador de las cátedras de Bacteriología e Histología. Y quiso, años más tarde, el destino, que el Gobierno de la época, designase justamente a su maestro el doctor Hernández para reemplazarlo en dicho Instituto, a raíz de su fallecimiento.

Procedió pues, con toda justicia, el ilustrado especialista doctor Jesús Rafael Rísquez, cuando en su "Lección inaugural del curso de Parasitología de 1919", afirmó: "Será inútil decir que en estas ma-

terias de Bacteriología y Parasitología, apenas si me tocará el humilde papel de toco repetidor de las enseñanzas de Hernández grabadas de antiguo en el cerebro de los que tuvimos la suerte de llamarnos sus discípulos... Y mañana, cuando lejos de estas aulas, oigáis el nombre de la patria señalada justificadamente entre las demás naciones que han vibrado en el concierto de la Ciencia mundial, recordad que esos ecos, son una de las mejores oraciones que pueden llegar hasta los manes de José Gregorio Hernández y de Rafael Rangel. Dos nombres que por capricho del destino me toca enlazar hoy con arco de inmortalidad; y que la historia contemporánea señalará como las dos columnas que han de sostener el edificio de la Bacteriología y la Parasitología nacionales".

Mas a esa benemérita influencia docente de Hernández, hay que juntar la resonancia que en el ambiente de nuestra Medicina Social, tuvo el arraigo de la nueva escuela; la cual vino a darle con sus técnicas modernas, un aspecto científico al trabajo clínico diario. Lógicamente asienta el doctor Santos A. Dominici, que José Gregorio Hernández fué quien realizó en Venezuela los *primeros diagnósticos científicos*, pues sin la ayuda prodigiosa del microscopio ni de un laboratorio bien dotado, no hubiera sido posible en el medio tropical indagar la naturaleza de las causas, el mecanismo patogénico y menos aún, las lesiones específicas de los procesos mórbidos. Y "que queda de un diagnóstico se pregunta con sobra de razón el doctor Perera, si le quitamos el carácter de científico, sino la cruda opinión del curandero?" A ello debióse la excelente camaradería en que vivieron por tantos años en Venezuela, después de Vargas, titulares y curiosos; de tal modo que un médico distinguido como el doctor Fernández, quien ejercía en Carache, fué "el orador que hizo la apología del curandero caroreño don Juan José Alvarez Oropeza, el día en que el pueblo lloraba su muerte y el médico, la desaparición de un compañero". En sentidas frases, nos relata el doctor Perera, los dolores y angustias porque pasó su honorable familia, con motivo de la grave enfermedad de uno de sus más queridos miembros, en el que se sospechaba una avanzada colitis de naturaleza maligna, "hasta que llegó a Carora un aventajado *discípulo de Hernández*, el doctor Agustín Zubillaga, con un buen microscopio, con el cual practicó el examen correspondiente y comprobó que la colitis rebelde era producida por lamblias. La curación se obtuvo como por milagro y con ella volvieron a sentirse unidos por la alegría, los que antes estaban dominados por el gran peso de una desesperante terapéutica". Y el doctor Jesús Rafael Rísquez, cita en su estudio sobre la *Bilharziosis Mansonii* en Venezuela, esta interesante observación: "En un caso relatado por el doctor Rafael González Rincones, tres médicos y dos cirujanos habían diagnosticado apendicitis y la operación se iba a verificar al día siguiente. El *diagnóstico parasitológico* hecho por el doctor José Gregorio Hernández en la tarde de la víspera, aplazó la intervención y hace más de siete años que aquel enfermo

curado mediante tratamiento médico adecuado, espera la ejecución de la sentencia operatoria". ¿Cuánto en síntesis no le deben nuestra Higiene y Profilaxia Social al movimiento que inició el doctor Hernández el 6 de noviembre de 1891? Sin él la Epidemiología se habría reducido entre nosotros a un balbuceo pueril de ordenanzas rudimentarias y la Cirugía tampoco hubiera logrado salir de los estrechos límites de la antisepsia de Lister, para, con el autoclave y la asepsia moderna, pasear su enseña victoriosa a través de las más nobles regiones del organismo enfermo. Por ello afirma el doctor Perera, que la revolución científica y médico-social cumplida en Venezuela por José Gregorio Hernández, "*es la más grande realizada en nuestra patria, después de aquella que lograron imponer con la pluma y el fusil, los creadores de la nacionalidad*".

Otra conspicua opinión en este sentido es la del venerable autor de *Venezuela Heroica*, quien con voz de profeta, ensalzó elocuentemente en su Memoria al Congreso de 1892 la benéfica reforma experimental emprendida por el doctor Hernández. Dijo don Eduardo Blanco, Ministro entonces de la Instrucción Pública: "La falta de un Laboratorio de Histología normal y patológica, de Fisiología experimental y de Bacteriología, se venía notando desde hacía mucho tiempo en la Universidad Central, *para estar a la altura* de su misión en lo que respecta a la enseñanza de la Medicina Moderna: Laboratorio en que los alumnos pudiesen aprender *prácticamente* los mencionados ramos que constituyen una parte novísima y que han venido a abrir anchos horizontes y *nuevas y seguras vías* a las Ciencias Médicas. El Gobierno inspirándose en estas ideas, y solícito siempre en todo lo que se relaciona con el adelanto verdadero de la instrucción, comisionó al ciudadano doctor José Gregorio Hernández, a quien *había* enviado a estudiar aquellas ciencias bajo la inmediata dirección de los respectivos Profesores de la Facultad de Medicina de París, para traer los aparatos e instrumentos necesarios a la creación de un Laboratorio adecuado, el que instalado convenientemente, funciona ya como queda dicho. Hoy, no es necesario indicar los beneficios que este Instituto ha de prestar a la juventud estudiosa, pues en él se la enseña a evitar las *abstracciones puramente imaginativas*, y se la acostumbra a la verdarea y fecunda interpretación de los misterios de la vida. Y son una muestra espléndida de que este Laboratorio ha venido a llenar un *vacío notable* que existía en la Universidad, la asiduidad con que los jóvenes alumnos de todos los bienios de Medicina, se agrupan en torno de la nueva Cátedra, a recoger los preceptos de una *verdadera Enseñanza*, y la constancia y entusiasmo con que se dedican a estos laboriosos estudios".

Y todavía el 15 de octubre de 1893, asegura el doctor Luis Razetti en la "Gaceta Médica" de Caracas: "Es de justicia consignar aquí que la *única cátedra bien dotada* que posee la Universidad de Caracas, es la de Fisiología Experimental y Bacteriología, con su buen labo-

ratorio montado *al estilo europeo*. Este notable progreso lo debemos a los esfuerzos de uno de nuestros más ilustres maestros, el doctor Calixto González, quien obtuvo del Gobierno del doctor Rojas Paúl, la creación de esta asignatura, y fué enviado a París, a hacer estudios especiales de dichas materias, un joven de grandes méritos, el doctor José Gregorio Hernández, que hoy está al frente de la Cátedra”.

Hernández modernizó la Medicina entre nosotros; le dió una fisonomía propia que es hoy honra del País y adquirió, todavía mozo, en los centros científicos de Europa, conocimientos y títulos que lo destacaron luego en el accidentado camino de la ciencia vernácula, con los firmes rasgos imborrables de un *gran reformador*. Como prueba de ello debe citarse el certificado que en julio de 1890, le expidió Mathias Duval *creador de la Embriología* en Francia y la más alta personalidad en su época de la Escuela de París. “Yo, abajo firmado, certifico: que el doctor Hernández ha trabajado asiduamente en mi laboratorio y aprendido en él la técnica histológica y embriológica; me considero feliz al declarar que sus aptitudes, sus gustos y sus conocimientos prácticos en estas materias, hacen de él un técnico que me *enorgullezco* de haber formado. Mathias Duval”. Y el Profesor Strauss de la misma Facultad, hace constar igualmente: “que el doctor Hernández (de Caracas) ha trabajado en mi laboratorio con gran celo y una puntualidad perfecta. Se ha ocupado en investigaciones bacteriológicas y ha emprendido con éxito un *trabajo original* sobre vacunas químicas”.

Creo desde luego inútil, cualquier comentario elogioso alrededor de estos y otros documentos similares y acerca de la aureola que reflejan sobre el hombre y nuestro gentilicio, tanto más cuanto el doctor Santos A. Domínci enviado a París por expresa recomendación de Hernández, se hace lenguas del ascendiente adquirido por éste sobre sus maestros franceses, de tal modo que “apenas le comuniqué mis proyectos, condújome al Laboratorio de Histología donde trabajaba, y me presentó a su maestro el gran Mathias Duval. Sin perder tiempo aquel coloso de cuerpo y de ciencia, llevóme a su vez al Laboratorio de Terapéutica, donde me recomendó al Profesor Hayen, quien en seguida me puso bajo la dirección de su Jefe de Laboratorio doctor Gilbert. Todo aquello fué hecho con la más cortés facilidad y *las mejores muestras de estimación* para con Hernández. Así quedé instalado en el Laboratorio de Terapéutica de la Facultad de París, bajo la inmediata dirección de mi inolvidable maestro el Profesor Gilbert. De todo lo cual soy deudor en primer término a José Gregorio Hernández”.

En *Informe* del Cónsul de Venezuela en París, de fecha 24 de julio de 1890 sobre la conducta, aplicación y suficiencia de los jóvenes *Cristóbal Rojas y José Gregorio Hernández*, pensionados por el Gobierno de la época, dice el expresado funcionario: “El doctor José Gregorio Hernández fué enviado a esta ciudad a estudios especiales



de Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental, por Decreto de 31 de julio de 1889. Se dedica este señor con el mayor interés a esos estudios, y en prueba de ello ha enviado a Venezuela certificados de los Profesores de la Facultad en cuyos laboratorios se ocupa. He visto los últimos que ha recibido de los señores Profesores Charles Richet, Catedrático de Fisiología Experimental, y del doctor Mathias Duval, Profesor de Histología; son muy satisfactorios ambos testimonios. No puede el doctor Hernández seguir en esta Facultad, en forma conveniente, los estudios de Histología Patológica que deben hacerse de una manera verdaderamente provechosa en Berlín. En semejante circunstancia ha decidido su viaje a esa ciudad, y con el apoyo del señor Ministro Plenipotenciario de Venezuela en París ha solicitado, por medio del señor Embajador de Alemania, su entrada en la Facultad de dicha Capital, donde piensa permanecer un año”.

Bruñido reflector “de la moderna ciencia médica, trajo Hernández de Europa —en concepto del mismo Dominici— un tesoro de experiencia técnica y clínica *sólo comparable* con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introdujo al campo de nuestra Medicina un *radiante foco* que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional. Pocos cerebros se pertrecharon con mayores y más útiles conocimientos; raros maestros supieron difundirlos con mayor inteligencia y claridad, de modo que bien pudo repetir la magnífica exultación de Horacio: “He erigido un monumento más perenne que el bronce, más alto que la regia estructura de las pirámides”: el monumento de su saber y su virtud, el de la *fundación de la ciencia experimental* en Venezuela”. (7) Tal vez la solidez, brillo y altura de esa obra, expliquen —aunque no justifiquen— la indiferencia oficial, ante las repetidas instancias de la opinión pública, que desde hace tiempo reclama: “La albura del mármol o la perennidad del bronce”, para exhibir en alguna plaza de Caracas, “a los ojos de su pueblo, la apacible figura del sabio y del filántropo”.

La erudición de Hernández que no era sólo libresca, (ya de estudiante universitario había seguido un curso de Ciencias Naturales con el doctor Adolfo Ernst) sino obtenida como se ha visto, mediante el dominio cada vez más completo de las técnicas de laboratorio, hizo de él, según lo anota con justeza el doctor Diego Carbonell: “*el biólogo más ilustre de la Escuela de Caracas...* Sus conferencias sobre Histología, Bacteriología y Fisiología, constituyen verdaderos textos, que ordenados en lecciones, conforme al método que conocemos sus discípulos, harían honor a la Facultad Médica que trabaja en la Universidad Central”. Y, lejos de in-

(7) Palabras del doctor Santos A. Dominici al descubrir el retrato del doctor José Gregorio Hernández en el Paraninfo de la Universidad Central.

movilizarse en moldes estrechos, armonizó siempre de manera bella y amplia, las más avanzadas conquistas científicas, con el fondo austero de religiosidad que formaba el núcleo de su personalidad excepcional. Por ello en sus magistrales lecciones de Fisiología, al rozar con fina ironía de biólogo-filósofo, el problema siempre candente del *Origen de la Vida*, muchas generaciones de discípulos oyeron fluir de labios de Hernández con pequeñas variantes para cada curso, estos o parecidos conceptos: "Si recordáramos siempre lo que nos enseña la Lógica respecto a que hay cuatro estados del entendimiento con relación a la verdad: la ignorancia, la duda, la *opinión* y la certeza; si empleáramos la lógica, con el mismo entusiasmo y corrección que desplegamos para usar los instrumentos de laboratorio; si verificáramos las generalizaciones, deducciones o inducciones experimentales con la misma atención que ponemos al limpiar y enfocar la lente del microscopio: evitaríamos el camino engañoso de la ilusión y no confundiríamos las meras opiniones con la absoluta certeza ni con las llamadas *doctrinas*. En efecto, las hipótesis, las teorías, las simples conjeturas, sólo representan artefactos de trabajo, aproximaciones a la verdad y en veces no son sino vocablos sonoros, tendidos por los sabios como un puente, sobre el fondo inquietante de muchas lagunas científicas. El hombre de ciencia por otra parte, no debe identificar esas verdades provisionales con la verdad eterna, ni razonar con palabras sino con ideas... Además, se mezclan a menudo dos problemas absolutamente distintos: el origen teórico de la vida que es una cuestión abstracta, y el origen *histórico* de los seres vivos que sólo puede resolverse por el método analítico con el criterio testimonial. En la época de su aparición en el mundo, no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble y en el estado actual de la cultura humana, científicamente insoluble. Pero si no es posible saber dicho origen de manera cierta, pueden idearse en cambio algunas hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Ciertos expositores comienzan en lo desconocido, en lo hipotético, y pretenden deducir luego lo real y observable respecto del origen de la vida, cuando el método científico exige justamente el sistema opuesto: ir de lo real y observable a lo desconocido e hipotético. Son metafísicos *disfrazados de experimentadores*, que sobre contados fenómenos, imperfectamente observados, pretenden construir y dar categoría de doctrina, a lo que sólo es una hipótesis más o menos ingeniosa".

Como biólogo de su tiempo, no se adscribió a la escuela *fijista* de Cuvier, para la cual "todos los seres fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy, con sus especies fijas, separadas e independientes las unas de las otras, sin que los siglos transcurridos las hayan modificado de manera notable, y a lo más han hecho desaparecer algunas de ellas. Esta hipótesis —continúa diciendo Hernández— es *poco admitida* en la

actualidad, porque no explica la formación de los seres ni sus relaciones de una manera científica. Sabemos que en el universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en el desarrollo de los astros, y la formación de las diversas capas de la corteza terrestre. La segunda hipótesis es la teoría de la evolución universal, o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Hipótesis *mucho más admisible* desde el punto de vista científico, es decir que tomando en consideración los hechos observados hasta hoy, *explica mejor* el encadenamiento de los seres vivos que pueblan el mundo, su desarrollo embriológico, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos; y puede armonizarse perfectamente con la revelación. Pero opinaba sin embargo, que "las Academias no deben adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la Historia, que al proceder en tal forma, lejos de favorecer dificultan notablemente el adelantamiento de la ciencia". Era en suma, *un biólogo evolucionista*.

Refiriéndose a sus "*Elementos de Filosofía*", dice el doctor Domíni: "No he leído libro alguno de más terso estilo ni que penetre más expeditamente en el entendimiento. Clara linfa que envuelve profundidad de océano y que atrae como el abismo. Audacia y muy grande, necesitaría quien intentase penetrar en la hondura de esa obra genial, escrita con la difícil claridad y sencillez de quien domina la materia y el idioma, y la contempla y expone tal como la siente y la mira en su interior. En ella desbordan su pensamiento y las sensaciones de su alma que la constante meditación en sí mismo concentraba y retenía; toda la obra es la revelación de su personalidad en ninguna otra forma ni ocasión manifestada... Perdonadme, si al término de tan hermoso vuelo, la preocupación de no alargar mi discurso, os priva de la visión de frondas y jardines quizás lo más bellos y floridos de los "*Elementos de Filosofía*". De allí el fino apólogo con que el doctor Vicente Peña, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, evocó en memorable ocasión, la doble personalidad de su maestro: "Y en mis últimas palabras una fantástica visión: el Profesor José Gregorio Hernández y el Hermano Marcelo, después de una plática íntima al pie de la estatua de Augusto Comte, entran a La Sorbona a dictar la primera de una serie de conferencias sobre *Ciencia y Revelación*".

Y otro Presidente de la misma Academia, el doctor Arturo Ayala, saludó en la "Gaceta Médica" del 15 de marzo de 1912 la aparición de "Elementos de Filosofía" con el siguiente comentario: "Preciso es convenir que nuestro benemérito colega, el doctor José Gregorio Hernández, posee entre múltiples cualidades, el raro don de sorprendernos. Cuando lo suponíamos con la vista fija en la lente del microscopio, para arrancarle los signos característicos de *nuestras entidades patológicas*, lo vemos ascender con majestuoso vuelo a las

serenas regiones de la Filosofía; y en sintético lenguaje, con independencia de criterio que le honra y revela al hombre de ciencia, aborda los más abstrusos problemas filosóficos”.

Con respecto a las faenas del investigador, asienta por su parte, el doctor Diego Godoy Troconis: “Inició Hernández los primeros experimentos en Fisiología, que desgraciadamente quedaron interrumpidos por más de veinte años hasta la reciente creación del *Instituto de Medicina Experimental*, y los cuales sirvieron de fundamento a otro gran muerto: Rafael Rangel, para la acción fecunda en el campo de las investigaciones científicas. Y si no llegó el doctor Hernández a más grandiosas realizaciones en este ramo de la investigación, *culpa fué del medio*, inadecuado en la época para emprender una obra de tanta envergadura como esa, que reclama maravillosas instalaciones de aparatos y un equipo de colaboradores, de alta capacitación técnica, que aun en el *día de hoy*, resulta de difícil obtención” (8). (El presupuesto destinado al ramo de Instrucción Pública en vida de Hernández era con efecto realmente *miserable*, si se lo arrima a las caudalosas y despilfarradoras erogaciones posteriores, cuando el Pacto de la Fábula trocó sus cristalinas linfas, por las ondas inmundas del *oro negro*, causa y origen de tantos acrobáticos malabarismos financieros, en Venezuela).

Entre los trabajos publicados de él, “hermosos capítulos de ciencia alta y profunda, legados a la cultura nacional”, como los califica el doctor Razetti, merecen especial mención los siguientes: *Sobre el número de glóbulos rojos*; *Sobre la angina de pecho de origen palúdico*. Selecto estudio que apareció en la “Gaceta Médica de Caracas”, el 15 de febrero de 1894, dedicado a la Facultad de Medicina de Madrid y donde el autor hace una sesuda investigación histo-patológica de la enfermedad, en la sangre de tres pacientes que sirven de base a su disertación: *De la nefritis en la fiebre amarilla*; *Lesiones anatómo-patológicas de la pulmonía simple*; *Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla*; presentado a la Academia de Medicina en colaboración con su ilustre discípulo doctor Felipe Guevara Rojas, fundador de la cátedra de Anatomía Patológica; *De la Bilharziosis en Caracas*; *Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra*. Y como compendio de sus cursos, los “*Elementos de Bacteriología*”, prodigio de claridad y concisión, obra eminentemente didáctica que convierte en amenas y simples las técnicas más embarazosas de esta ciencia. Hizo además, en 1917, viaje especial a los Estados Unidos y Europa, para complementar estudios de *Embriología e Histología*, de que planeaba también textos de enseñanza; y lo poco que sobre el particular dejó escrito, justifica plenamente la opinión del doctor Carbonell, según la cual: “Hernández perteneció a la categoría de los *verdaderos biólogos*: hombres de

(8) (Discurso en el Cementerio como representante del Congreso Nacional).

sabiduría experimental, que tienen una medida justa y prudente para apreciar el valor de los progresos científicos; que amando la ciencia no la exageran y perfeccionando la obra experimental, no la confunden; sino estudian la Biología en el propio "centro" de las ciencias biológicas; saben distinguir las células orgánicas; han contemplado en ellas las figuras carioquinéticas, y sorprendido con una paciencia visual admirable los pseudópodos de una amiba o el cilindro eje de una célula cortical. A esa categoría de hombres selectos, perteneció José Gregorio Hernández". (9)

Al terminar su estudio sobre "Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra", presentado también a la Academia de Medicina, dijo el doctor Hernández: "Aunque esta es una comunicación preliminar, pues no hemos tenido el tiempo suficiente para un estudio definitivo, podemos sin embargo formular las siguientes conclusiones: 1ª. - El aceite de chaulmoogra mata el bacillus de Koch. 2ª. - Los enfermos tratados por las inyecciones de dicho aceite, no han sido perjudicados en modo alguno: antes por el contrario, se ha notado en todos mejoría del estado general, aumento del apetito, *desaparición o disminución de la fiebre*, y en algunos de ellos *desaparición de todos los síntomas y del bacilo en los esputos*. 3ª. - Las pequeñas dosis de uno o dos centímetros cúbicos, separadas por largos intervalos, parece obran mejor, que las grandes de 5 a 6 centímetros cúbicos". A lo cual comentó el notable fisiólogo doctor Francisco A. Rísquez: "He oído con sumo interés el trabajo del doctor Hernández, y lo felicito por haber emprendido una obra que puede lograr felices resultados, dada la *base científica* en que se apoya y las importantes conclusiones a que llega en su *experimentación*". Y el doctor Rafael González Rincones añadió este jugoso comentario: "Entre las conjeturas a que da lugar esa acción del aceite de la *ginocardia odorata* que nos señala el ilustre doctor Hernández, hay una que viene pronto a la imaginación: tanto el cocotriz de Hansen como el esclerotix de Koch, tienen una cubierta de cera, soluble en xilol en caliente, que los hace invulnerables contra las defensas celulares y humorales del organismo. Disuelta esa cera en un medio aceitoso, quizás los gérmenes sean más vulnerables. Y si hasta hoy la seroterapia ha sido impotente contra el bacilo encerrado en su cubierta, impermeable a los coloides humorales, quien sabe si podrán vencerlo al faltarle la coraza que lo defiende. Yo felicito sinceramente al autor de esta comunicación, pues el acopio de *datos experimentales* que nos presenta y las esperanzas que deja entrever la narración de *sus casos clínicos*, son más que suficientes para considerar este trabajo como muy importante".

(9) ("Gaceta Universitaria" órgano de la Universidad de Los Andes. 31 de julio de 1919. Número 61 y 62).

Años más tarde, con motivo de experiencias realizadas por el doctor Mac-Donald, de la Estación Experimental de Honolulu, con el aceite refinado de chaulmoogra en la misma enfermedad, expuso el doctor Razetti: "La prioridad de este método de tratamiento corresponde a nuestro nunca bien sentido compañero doctor José Gregorio Hernández, quien *fué el primero que empleó el aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana*. Pero el doctor Hernández además de hombre de ciencia, fué un profesional honradísimo que procedió como lo ordena la moral médica: comunicó a nuestra Academia de Medicina su *descubrimiento*, para que todos los médicos ensayaran su *método* en beneficio de los pacientes. El resultado de la honorable conducta del doctor Hernández en esta ocasión, fué que nuestros médicos han empleado y continúan usando el mismo agente, en el tratamiento de la tuberculosis, con éxito satisfactorio. Si el doctor Hernández, en vez de ser *lo que era*, hubiera sido un industrial de la Medicina, habría hecho de la droga un preparado secreto, lanzándolo con algún nombre sonoro al mercado, rodeado de toda clase de reclamos mercantiles. Piénsese en el efecto que hubiera producido en Venezuela, la noticia de que el *sabio doctor José Gregorio Hernández*, poseía un remedio curativo de la tisis: no hubiera quedado un solo tuberculoso sin usarlo, con la fe que inspiraba el eminente profesor. Seguramente hubieran ingresado al bolsillo del virtuoso médico, muchos miles de bolívares; pero yo no hubiera podido pronunciar estas palabras ante su tumba, "nos lega un hermoso ejemplo, de cómo se puede ser sabio sin presunción y de cómo se logra conquistar la verdadera popularidad dentro de los límites estrictos de la honradez y de la virtud".

Tal vez el mejor elogio de su "*Estudio sobre la Anatomía Patológica de la Fiebre Amarilla*", es el "*Informe*" que ante la Academia Nacional de Medicina leyó la "*Comisión de Patología Médica*", constituida por los doctores Francisco A. Rísquez, Manuel A. Fonseca, Alfredo Machado, M. A. Dagnino, Emilio Ochoa y Bernardino Mosquera, veteranos de nuestra Piretología y el cual finaliza con estos laudatorios conceptos: "Trabajos como el de los doctores Hernández y Guevara Rojas, obras de observación y sobre todo, labor *nacional y personal*, que se aleje de la sumisión a hechos y doctrinas consagradas y huya de las cadenas del *magister dixit*, con las cuales se estrangula el pensamiento, merecen el aplauso y estímulo de esta Corporación; y nosotros los de la *Comisión de Patología Médica*, se los tributamos sin otras reservas, que las de guardar los más entusiastas para el día no lejano, según parece, en que desde la *Escuela de Caracas*, se diga al mundo científico, que fué aquí donde se descubrió la explicación anatómica y patogénica y se encontró y demostró la característica histológica del *Tifus icterodes*".

Analizando igualmente la obra fecunda del investigador glosa el doctor Jesús Rafael Rísquez: "Al correr de sus lecciones y de la

aplicación práctica que hacía de ellas, el doctor Hernández se sitúa en el *nuevo campo experimental*, y de aquí surge el investigador científico, al comparar los resultados que aprendió en libros y obtuvo en las escuelas europeas, con los que iba *descubriendo* en nuestro medio.

Pocos ejemplos servirán para ilustrar este capítulo. Cuando enseña a sus discípulos el cálculo en la cuadrícula microscópica de un hematómetro, Hernández verifica muchas veces el recuento de los glóbulos rojos en personas en perfecto estado de salud, y como conclusión expone sus ideas no sólo ante aquéllos, sino también las lleva al Congreso Médico Panamericano, reunido en Washington.

Porque para esa época, las *obras clásicas* de Fisiología no daban ningún dato sobre la influencia que ejerce la latitud, en el número de los glóbulos rojos de la sangre humana.

“Tratando de estudiar esa influencia —escribe Hernández— de la zona tropical, nos pusimos a averiguar la cantidad fisiológica media de los glóbulos rojos en los habitantes de Caracas, que teniendo diez grados, treinta minutos y cincuenta segundos de latitud Norte, se encuentra naturalmente en la región intertropical”. Y concluye dando por término medio, tres millones cuarenta y siete mil glóbulos rojos por milímetro cúbico, en vez de cinco millones encontrados en los climas templados. Además, hace investigaciones acerca de la urea urinaria eliminada en veinticuatro horas en los habitantes de nuestra ciudad capital y la encuentra también disminuida en comparación con los datos venidos de Europa. Relaciona los bacilos de Koch y Hansen por ser ácidos resistentes y expone los resultados obtenidos en la tuberculosis con el tratamiento del aceite de chaulmoogra usado para la lepra. Investiga las lesiones anatomo-patológicas de la fiebre amarilla y estudia la nefritis de esa misma enfermedad. Y para no citar otros ejemplos cuando poco se habla entre nosotros de la ya tan conocida bilharziosis, el doctor Hernández escribe un trabajo sobre este flagelo y excita a sus discípulos a estudiarlo, porque la bilharziosis —dice— está más extendida en Venezuela de lo que se supone”. (10)

En su Trabajo de Incorporación a la Academia Nacional de Medicina, apunta Dominici, que Hernández mantuvo “el ímpetu investigador despertado por Rangel, con ilustrados consejos y sugerencias... En 1910, José Gregorio Hernández llama la atención sobre la frecuencia de la bilharziosis en Caracas e insta a sus discípulos a mirarla con más interés; y en 1911, Benchetrit, por insistencia de Hernández, encuentra por primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos machos y hembras, aislados o en cópula en la vena porta de un sujeto autopsiado por él, en el Hospital

(10) (Doctor Jesús Rafael Rísquez. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central. 1944).

Vargas". Dato muy curioso: las Tesis doctorales de Víctor Raúl Soto e Inocente Carvallo habían caído tan en olvido, que en su Informe sobre el trabajo de Benchetrit, presentado a la Academia de Medicina, el 31 de agosto de 1911, expresa la "Comisión de Patología Médica": "En la sesión del 31 de diciembre de 1909, de la IV Conferencia Sanitaria Internacional reunida en Costa Rica, el Delegado de Nicaragua, doctor Castro Cervantes, citó un caso de Bilharzia observado en Costa Rica, procedente de Venezuela; y aludido el Delegado venezolano doctor Acosta Ortíz, manifestó: que extrañaba mucho la observación hecha, puesto que "ni en el Hospital Vargas" de Venezuela que es un hospital cosmopolita, adonde llegan enfermos de todos los lugares de la República, ni por investigaciones distintas en los diferentes casos de disentería, estudios microscópicos en los laboratorios, ni en el examen de las heces de los que morían de disentería, ni en las tesis de sus discípulos, ni por otros muchos trabajos, había tenido noticias de que se *hubiese encontrado nunca* el parásito de la Bilharzia entre los otros muchos parásitos de diversas especies que se registran en los casos de disentería". "Un mes y medio más tarde —continúa la Comisión— el doctor José Gregorio Hernández publica su estudio 'De la Bilharziosis en Caracas' y *asienta y demuestra* la presencia de esta enfermedad entre nosotros. Estas dos opiniones expuestas a tan escasa distancia una de otra denotan que la enfermedad es de muy reciente descubrimiento". Bien entendido, que en su trabajo fundado sobre prolijas indagaciones practicadas en enfermos originarios de Caracas, Petare, Santa Lucía y Chacao, advierte Hernández: "En ninguno de nuestras casos pudimos hallar los huevos en la orina, ni tampoco estos enfermos habían tenido hematurias. Ahora bien: por los caracteres ya señalados, es decir, por su forma ovalar; por sus diámetros de 120 a 140 micromilímetros de largo, y de 60 a 67 micromilímetros de ancho; por el gancho situado lateralmente y por la forma del miracidium, hemos creído que se puede clasificar este huevo como perteneciente a la variedad de Bilharzia hematobia denominada *Schistosomum Mansoni* o a alguna muy próxima a ésta que podríamos llamar *Schistosomum americanum*; dicha variedad sería el parásito de la Bilharziosis en nuestro país". Y añade luego: "Por no haber tenido oportunidad de hacer la autopsia a ninguno de los afectados de esta enfermedad, no hemos logrado observar el parásito adulto, ni descubierto tampoco la presencia del mismo en la vena porta, ni en los otros órganos donde se sitúa habitualmente". Allen observó en Natal que la afección se presentaba casi únicamente en los hombres, quienes la contraían desde la infancia; y sostiene que el parásito penetra con el agua al interior del prepucio, de donde pasaría a la uretra y el resto del organismo a través de la mucosa uretral. Estas observaciones de Allen permitirían explicar por qué no hemos encontrado los huevos en la orina de nuestros enfermos, así como la falta de hematurias, pues los baños de inmersión prolongada son raros entre nosotros; de suerte que si el parásito penetra

por el tubo digestivo y se desarrolla en la vena porta, viene tal vez por las mesaraicas a poner sus huevos en la mucosa intestinal y deja indemnes las vías urinarias".

Benchetrit a su turno escribe: "En nuestros análisis de coprología, hemos encontrado varias veces el *Anquilostomo duodenalis* y *Tricocephalus trichiurus*, *Anguilulas intestinales*, *Cercomonas*, etc.; y una sola vez, el *Schistosomum hematobium*. Hecho que parece estar en contradicción con la conclusión de nuestro querido maestro el doctor José Gregorio Hernández, quien en su trabajo "De la Bilharziosis en Caracas", dice: "Es un hecho, que la Bilharziosis es bastante frecuente entre nosotros". Al mismo tiempo el doctor Hernández nos habló mucho de Bilharzia, y nos invitó a que siguiéramos estudiando ese punto de parasitología médica de alta importancia. Nosotros, aceptamos gustosos la invitación del Maestro".*

Con tal motivo en su "Elegía al Doctor José Gregorio Hernández", juzga Dominici el opúsculo "De la Bilharziosis en Caracas", como "el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infición entre nosotros. Del minucioso estudio de los huevos hallados en las heces de sus siete enfermos, deduce el autor que el parásito de la Bilharziosis de nuestro país pertenece "a la variedad de *Bilharzia hematobia* denominada *Schistosomum Mansoni*, o a alguna muy próxima a ésta, que podríamos llamar *Schistosomum americanum*" en cuya denominación coincide con la opinión expresada casi al mismo tiempo por Pirajá da Silva en el Brasil".*

Hombre de gran modestia, realizó Hernández con fuerte voluntad, en el recato de su laboratorio y sin estridencias publicitarias, una labor personal de investigación autóctona, encaminada al conocimiento y discriminación de nuestros agentes patógenos. Según lo saben sus discípulos y puede verse en las páginas de *Elementos de Bacteriología**, era corriente en sus clases teóricas y prácticas el estudio de la morfología, coloración, cultivo y biología de los gérmenes del Carbón (a que alude Rangel en su trabajo sobre "El Carbunco bacteridiano en Venezuela"), Tuberculosis, Estafilococcias, Estreptococcias, Tétanos, Muermo, Septicemia de Pasteur, Difteria, Fiebre tifoidea (11), Lepra, Colibacilus, Pneumonía, Gonorrea, Gripe, Peste bubónica, Disentería bacilar y amibiana, Paludismo, Tripanosomas, etc.; y al decir del doctor L. Briceño Iragorry, actual Profesor de Bacteriología y Parasitología en la Universidad de Caracas: "Bajo su sombra se han hecho gran número de trabajos que han aclarado multitud de problemas de Medicina Nacional. Con la introducción de técnicas nuevas, de nociones fundamentales en los conceptos etiopatogénicos,

(11)* Como aplicación práctica de sus lecciones, efectuaba el doctor Hernández con fines docentes, a partir de 1896, en pacientes de su clientela privada, la *Sero-Reacción de Widal* uniendo sus esfuerzos a los de otros maestros en la discriminación etiológica de las "Fiebres de Caracas".

el aporte del microscopio y la ayuda de la Bacteriología, abrió un nuevo campo a nuestras ciencias médicas. Hernández es el *fundador* de nuestra Medicina contemporánea y logró cambios radicales y profundos en los métodos de investigar los procesos morbosos. Su obra científica *fué inmensa* y sus trabajos *ejemplo del método experimental aplicado a la investigación*. El estudio sobre la Bilharziosis en Caracas, fuera de llamar la atención por primera vez acerca de su importancia en nuestro medio, lo destaca *como descubridor*, pues propone casi al mismo tiempo que Pirajá da Silva en el Brasil, el nombre de *americanum* para la especie en cuestión, seguro de haber observado algunas diferencias, con las descripciones que de los huevos se conocían entonces; y es bajo su dirección, como uno de sus discípulos descubre, años más tarde, el vermes adulto. Su trabajo sobre tratamiento de la tuberculosis por el aceite de chaulmoogra, es en nuestro concepto, *un modelo de investigación científica*; pues además del mérito de corresponderle la *primacía* de la introducción en el mundo científico, de dicho agente terapéutico en el tratamiento de la peste blanca, revela hasta la saciedad su espíritu experimental: una vez concebida la idea por semejanza con lo que pasa en la Lepra, ensaya *in vitro* la acción del aceite de la Ginocardia sobre el bacilo; hace luego la comprobación en el animal de experiencia y termina con su aplicación en casos humanos... Sus discípulos conducidos por la vara mágica del Maestro, harán efectivos los resultados de su enseñanza, entregándose a la tarea de arrancarle misterios a nuestra Patología Tropical. Nuevo Teseo, rompió las cadenas que mantenían atadas nuestras ciencias médicas al *empirismo y oscurantismo* y supo llevar la bitácora que guiaba a las jóvenes generaciones. Marcó la *ruta rumbo*, y las marejadas extrañas no pudieron influir en la orientación de su aguja". (12)

El 15 de febrero de 1894, como queda indicado, publicó Hernández un notable trabajo sobre "La angina de pecho de naturaleza palúdica", donde el autor hace *por primera vez en nuestro país* el estudio histopatológico de la sangre, en enfermos víctimas de paludismo. Y como prueba —si fuese necesaria— de que desde entonces implantó y siguió con todo rigor las *normas experimentales* que han dado lustre a la investigación científica *autóctona*, reproduciré algunas de las conclusiones a que llega en la parte de su disertación consagrada a la *Anatomía Patológica*: "Puesto que nuestros enfermos curaron todos tres rápidamente, no hemos tenido ocasión de hacer ningún análisis necrópsico. Sin embargo, cuando se trata de paludismo, esta circunstancia no es tan de sentirse, pues la parte más importante de la anatomía patológica reside en la sangre.

"La sangre de los dos individuos en quienes la analizamos, presentaba los caracteres siguientes: glóbulos rojos normales en lo que

(12) (Doctor L. Briceño Iragorry. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central, al colocarse el retrato del doctor José Gregorio Hernández).

respecta a su tamaño y forma. Los glóbulos blancos en ambos casos existían en mayor abundancia aparentemente, pues en ninguno de los dos pudimos hacer la numeración globular. Las granulaciones pigmentarias formaban grandes masas del tamaño de un glóbulo rojo, y algunas un poco mayores, y se encontraban muy numerosas entre los glóbulos, en todo el campo de las varias preparaciones que hicimos.

“A pesar de los repetidos exámenes practicados con el fin de descubrir el hematozoario de la fiebre paludosa, nuestros resultados fueron siempre negativos. Tampoco llegamos a descubrir los gránulos de pigmento en el interior de los glóbulos. Sin embargo, la sola presencia del pigmento, basta para asegurar la etiología de la enfermedad; puesto que según Widal, la “melanemia puede encontrarse en todas las formas benignas o malignas de la malaria. Es una manifestación constante y seguramente de las más características de la intoxicación aguda. Fuera de la malaria, no existe ninguna enfermedad ni intoxicación alguna capaz de producir la melanemia”.

“Nuestros enfermos eran indudablemente palúdicos; lo demuestra irrevocablemente para dos de ellos, el pigmento que se hallaba en la sangre; y para el tercero, el hecho de que sus ataques de angina fueran sustituidos por ataques de fiebre palúdica. Además de estas razones, bastante poderosas por sí solas, hay el resultado verdaderamente maravilloso de la desaparición de todos los accidentes merced a un tratamiento específico por la quinina”.

Esa vasta labor experimental, movió a un ilustrado discípulo de Hernández, el doctor Rafael González Rincones, para finalizar su “Revista Científica”, leída en la Academia de Medicina, el 11 de febrero de 1943, con las siguientes frases: “Al terminar estos comentarios sobre el adelanto que la experimentación en animales ha permitido, no puedo prescindir de tributar el homenaje de un recuerdo a la memoria del *Fundador* de la Fisiología Experimental en Venezuela, el doctor José Gregorio Hernández, espíritu selecto que enseñaba cómo se investigan las *verdades ocultas en la trama de los tejidos palpitantes*”. Y el doctor David Lobo, Presidente de la Academia de Medicina a la muerte de Hernández, declaró en su discurso: “En el campo de la ciencia, su amplio entendimiento desplegó alas de cóndor y remontó muy alto el vuelo. Eligió los estudios quizás más arduos de la Medicina y conquistó rápidamente en Fisiología, Histología y Bacteriología, un alto puesto que *nadie osó disputarle* y desde el cual derramó sin parsimonia, el vasto caudal de los conocimientos con que durante treinta años nutrió el cerebro de sus incontables discípulos”.

Puede resumirse así, la fecunda obra científica de José Gregorio Hernández: Reformó nuestros estudios médicos que al tenor de los documentos oficiales de la época, se encontraban en estado de lamentable atraso y eran fundamentalmente *teóricos*. Trajo al país las

ciencias que son la base de la Biología y modernizó la Medicina Nacional purificando su ambiente "del dejo de rutinero empirismo que aún la obscurecía". Mostró el *primer microscopio* y enseñó su manejo, sus empleos e importancia para el conocimiento de las endemias tropicales, siendo el verdadero *precursor* de los estudios laboratoristas en Venezuela. Dió a conocer la teoría celular de Virchow, la estructura de la célula, los tejidos orgánicos, y estudió *por primera vez* entre nosotros, los procesos embriológicos. Coloreó y cultivó los microbios *por vez primera* en Venezuela y creó la parte científica de la Etiología de las afecciones vernáculos. Practicó *las primeras vivisecciones* y fundó con ellas nuestra *Medicina Experimental*. Con el uso del *Autoclave*, aclimató en el medio nacional las técnicas revolucionarias de la Asepsia moderna. Inició la investigación biológica autóctona con sus trabajos en el laboratorio que trajo el año de 1891, "Copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París"; y donde practicó *las primeras numeraciones globulares*, hizo *los primeros estudios hematológicos* de la gran endemia nacional: el Paludismo; dosó la urea urinaria *por vez primera* en este clima, y al comparar los resultados obtenidos con los que aprendió en libros y adquirió en las escuelas europeas, señaló amplios horizontes a la voluntad y espíritu observador de los futuros sabios venezolanos. Comprobó en Caracas (según lo atestigua el doctor F. Arreaza Calatrava en su tesis doctoral) la presencia del *bacillus pestis* de Kitasato y Yersín, en pacientes atacados de peste bubónica, luego que Rangel señaló la aparición de esta epidemia en La Guaira. *Fué el primero* que indagó en Venezuela conforme a disciplinas rigurosamente experimentales, las lesiones anatomo-patológicas de la fiebre amarilla y estudió la nefritis de esa misma enfermedad. Exploró la histología patológica de la pulmonía. Relacionó los bacilos de Koch y Hansen por ser ácidos resistentes y aplicó *por vez primera en el mundo científico*, el aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana. Cuando aquí se hablaba muy poco todavía de la bilharziosis y hasta era negada su presencia en nuestro cuadro nosográfico, por los representantes del país en Conferencias Sanitarias internacionales: José Gregorio Hernández escribe un trabajo sobre este flagelo, que fué "*el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infición entre nosotros*"; y excita a sus discípulos a estudiarlo, porque "la bilharziosis —dice— está más extendida en Venezuela de lo que se supone". Por insistencia suya, encuentra Benchetrit, *la primera vez* en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos de la enfermedad, machos y hembras, aislados o en cópula en un sujeto autopsiado por él, en el Hospital Vargas. Después de un estudio minucioso de los huevos hallados en las heces de siete enfermos, deduce Hernández que "el parásito de la bilharziosis de nuestro país, pertenece a la variedad de *Bilharzia hematobia* denominada *Schistosomum Mansoni* o a otra muy próxima a ésta que podríamos llamar *Schistosomum americanum*", coincidiendo en esta denominación con la expresada casi al

mismo tiempo por Pirajá Da Silva, en el Brasil. Gran profesor universitario, usó en la enseñanza recursos y métodos *antes no empleados aquí*, "hasta que la muerte lo sorprendió en plena actividad profesional". Como biólogo de su siglo, y en frases elocuentes del autor de "Venezuela Heroica": "enseñó a la juventud estudiosa de su patria, a evitar las abstracciones puramente imaginativas y la acostumbró a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida". Abrió la "ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas". Con las nuevas técnicas de laboratorio hizo circular el soplo del progreso por los claustros de la vieja casona de San Francisco, y aplicando esas técnicas al examen clínico de sus enfermos, realizó los *primeros diagnósticos científicos* en nuestro medio. Difusor "de la moderna ciencia médica trajo de Europa un tesoro de experiencia técnica y clínica sólo comparable con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introdujo al campo de nuestra Medicina un radiante foco que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional". Aleccionó en la experimentación a su gran discípulo Rafael Rangel, fundador de la Parasitología Nacional y cuyas preparaciones de tejido nervioso no eran superadas, en opinión de Dominici, por las del propio Ramón y Cajal. Y por último, al decir del doctor V. M. Ovalles, erudito y bien documentado historiador científico, José Gregorio Hernández es el "*Fundador de la primera Cátedra de Bacteriología en América*".

Esto en lo que atañe al reformador, profesor, biólogo e investigador científico; pues Hernández fué además, un clínico eximio, muy elogiado por el doctor Manuel A. Fonseca, quien en prolijo estudio, lo considera "como el *genuino representante* de la ciencia venezolana contemporánea"; también por el doctor Dominici en su hermosa y sentida "Elegía", donde observa: "Los viejos médicos discípulos y sucesores de Vargas, fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiáronle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de la más extensa clientela que haya tenido *médico alguno* entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los primeros diagnósticos científicos hechos en Caracas fueron los suyos. Sus aciertos, obra exclusiva de su ciencia, diéronle en todas las clases sociales una *autoridad médica* que no se discutía. Repitióse con él lo ocurrido con Vargas, el padre y fundador de nuestros estudios médicos, que llegó a ser el ídolo de cuantos sufrían en Venezuela y fuera de Venezuela". Y la péñola de Razetti trazó del padre de nuestra Bacteriología, este retrato sugerente: "Fué médico científico al estilo moderno, *investigador penetrante* en el laboratorio y *clínico experto* a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fué médico profesional al estilo antiguo: creía que la Medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa desdeñosa para la envidia y

una caritativa tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre el inmovible pedestal de su *ciencia*, de su *pericia*, de su *honradez* y de su *infinita abnegación*. Por eso su prestigio social no tuvo límites, y su muerte es una catástrofe para la patria". (13) Debe en fin considerarse al doctor Hernández, cual uno de los grandes precursores de nuestra Asistencia Social Moderna: pues, durante épocas de gran penuria y de convulsiones anárquicas, se convirtió en el padre y benefactor de las clases menesterosas; secreta providencia del obrero infeliz y su familia, abandonados por una política enana, y sin atisbos al futuro preñado de ingentes problemas colectivos.

Formó parte de nuestra primera "Comisión de Higiene Pública"; y aunque en su juventud se ejercitó con lucimiento en cirugía, practicando quizás por primera vez en Venezuela, la curación radical del *pié zambo*; y si al decir de sus más antiguos discípulos, reveló al principio, en los exámenes universitarios, extensos conocimientos teóricos y prácticos de Obstetricia: fué al cultivo de la clínica médica que dedicó ulteriormente sus desvelos, y en el diuturno ejercicio de una munificencia evangélica, logró el halo de apóstol de la caridad, con que su figura ya legendaria, quedó esculpida en el mármol de las tradiciones nacionales. Su exquisita sensibilidad ante el dolor humano, lo llevó a fundar también entre nosotros, "*el cepillo de beneficencia*", tan acorde con el orgullo puntilloso del venezolano; pues al depositar el obrero lo que podía, como pago de la consulta, no se consideraba humillado, sino creía resarcir con el producto de su trabajo, la sabia labor facultativa.

Entre múltiples manifestaciones del doctor Francisco A. Rísquez merece particular atención la siguiente: "El doctor Hernández, al mismo recibir la borla, *se impuso* a los altos gobernantes como el profesor en germen, sólo necesitado de ambiente para iniciar la *anslada era de luz* en la Escuela de Medicina de Caracas". (14)

Y el doctor Manuel A. Fonseca, escribe: "Cuanto digo lo acreditan los extensos trabajos de Laboratorio a que dió remate; y lo pregonan sus innumerables discípulos, hasta el punto de que no es aventurado expresar que basta para su eminente notoriedad, el título de "*Fundador de los Estudios de Fisiología Experimental en Venezuela*". (15)

"¿Será, pues, escaso el haber de Hernández?", inquiera el doctor Núñez Ponte. "¿No valdrá gran cosa la misión de haber, con la *introducción de la Biología Experimental*, purificado el ambiente de nuestra Medicina del dejo de rutinero empirismo que aún la obscu-

(13) (Discurso en el Cementerio).

(14) (Cultura Venezolana. N° 8. Julio-Agosto 1919).

(15) (Cultura Venezolana N° 8).

recía, encauzándola por caminos muy otros y más varios? ¿Ni valdrá tampoco haberles dado impulso pujantísimo a los anhelos de la sedienta juventud, de la cual se podría formar toda una legión, colocando a la cabeza un Rafael Rangel, tan acucioso, tan original cuanto tristemente malogrado?"

Al celebrarse el quincuagésimo aniversario de la fundación de las cátedras de clínica en el Hospital Vargas, escribió justicieramente en la "Gaceta Médica de Caracas", el eminente investigador venezolano doctor Eudoro González: "La enseñanza clínica organizada en esta forma venía a complementar la *reforma* de los estudios médicos ya iniciada en 1891, con la creación e instalación de la Cátedra de Histología Normal, Bacteriología y Fisiología Experimental por el doctor José Gregorio Hernández, sabio maestro enviado a Francia y Alemania por el Gobierno del doctor Rojas Paúl, donde adquirió gracias a su preparación científica, honradez y disciplina, todo el caudal de conocimientos que le sirvieron para establecer en Venezuela una obra *efectiva y perdurable* que será siempre admirada por nuestras generaciones de médicos, bacteriólogos, parasitólogos, clínicos y discípulos de su *brillante escuela*".

Y, si a todo ello añadimos la obra que como filántropo y clínico sobresaliente, realizó durante años de infatigable esfuerzo, nos daremos cuenta cabal, de lo que José Gregorio Hernández representa en la evolución cultural de la República.

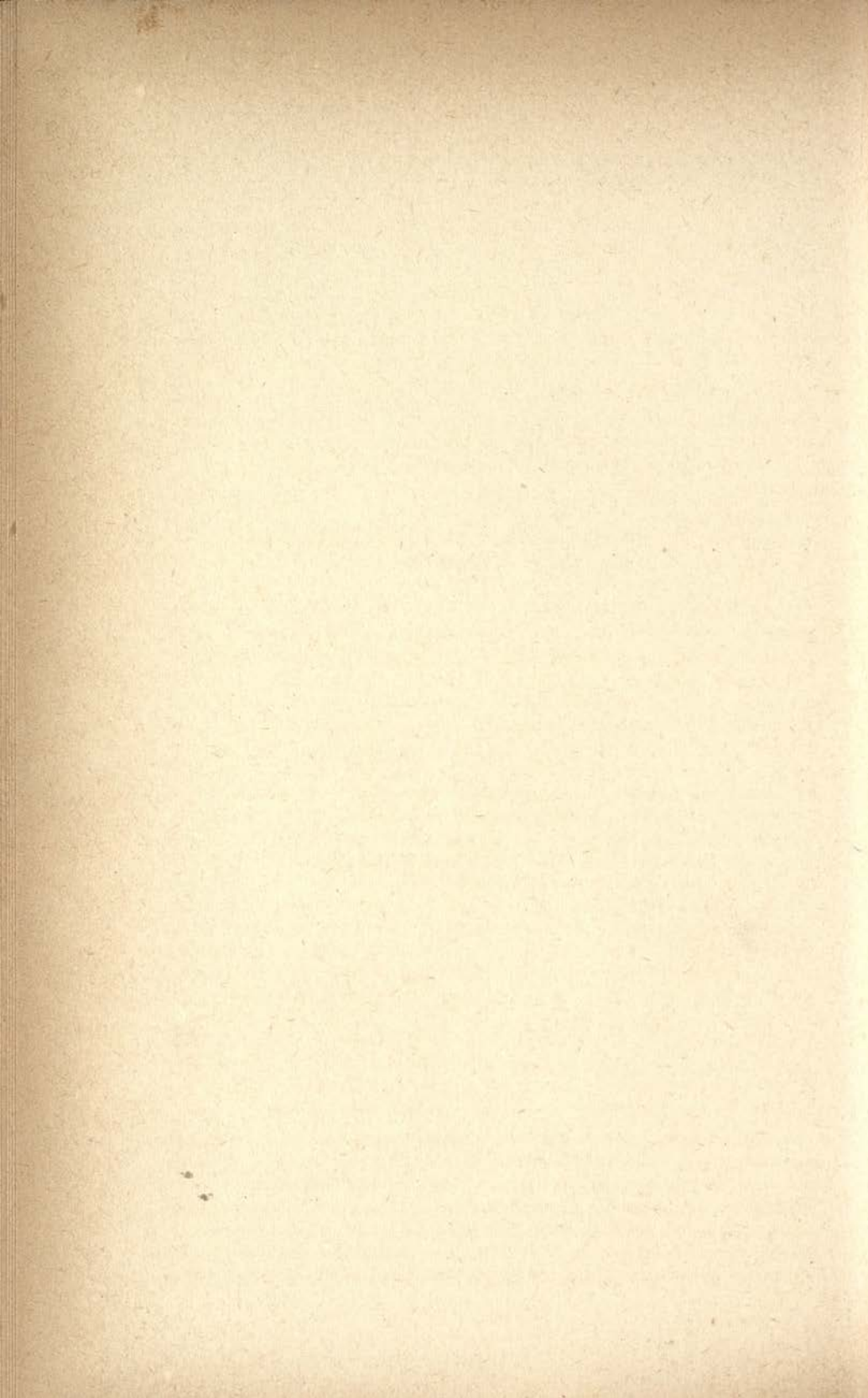
Por lo demás: la vida de este hombre, no ha menester del diti-rambo ni de frondosidades retóricas para perpetuarse en la memoria de los pósteros; sino debemos por el contrario al estudiarla —como lo aconseja el doctor Fonseca— "dominar el espíritu de leyenda y copiar del natural, sin buscar enigmas o rompe-cabezas; pues lo que constituye la excelencia de su personalidad y da pábulo a la general admiración, es ver cómo asume los caracteres de un prototipo de bondad, que solicitó por todos los rumbos el camino de la perfección imbuído en el espíritu de sacrificio".

Tal vez resulte pertinente señalar aquí el parentesco de José Gregorio Hernández con otro ilustre hombre de letras: el Religioso Miguel Febres Cordero, nativo de Cuenca, en el Ecuador y perteneciente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas; el cual realizó dentro de aquella República y en varias casas extranjeras de su Instituto, una misión ejemplar, un gran apostolado de la Enseñanza y se atrajo la reverencia general. Además de pedagogo distinguidísimo, fué literato notable, académico de la Lengua y gloria legítima de la mencionada Congregación. Sus ascendientes eran de origen venezolano y su connotación con la familia Hernández es la siguiente: José Gregorio Hernández de Yanguas y Mendoza, pariente de Don Cristóbal de Mendoza, casó con Doña María de la Cruz de Febres Cordero, bisabuelos paternos del doctor Hernández; y esta Doña María

de la Cruz era hermana del abuelo del Religioso que nos ocupa, Don Joaquín, quien se ausentó en los días de la Gran Colombia para el Ecuador junto con su hermano Esteban Febres Cordero, *primer Doctor en Derecho Civil* que dió la Universidad de Mérida y primer Ministro del General Flores en 1830. Por iguales vínculos era también José Gregorio Hernández, deudo del insigne escritor Don Tulio Febres Cordero.

Aguarda “todavía el doctor Hernández —sugiere la pluma ilustre de Eduardo Carreño— la albura del mármol o la perennidad del bronce, que perpetúen su recuerdo, porque este íntegro venezolano es acreedor a toda suerte de póstumos homenajes”.

Ciencia y Caridad fueron en efecto, la sola norma de su labor sin tregua, a través de un largo y doloroso período de la existencia nacional.



III

FUNDADOR DE LA MEDICINA EXPERIMENTAL EN VENEZUELA

Al inaugurar el Instituto de *Medicina Experimental*, el 28 de junio de 1940, veintiún años justos después de la muerte de José Gregorio Hernández, dijo en su discurso el sabio Profesor Pi Suñer: "Venezuela ha tenido un maestro de ciencia experimental; ha tenido un *gran fisiólogo* mordido por la sagrada vocación: José Gregorio Hernández. Experimentó sobre animales, dió clases prácticas en su modesto laboratorio de la Escuela de Medicina; hizo venir *instrumentos del extranjero, instrumentos que nos sirven todavía* y despertó el interés en algunos. Existen pues entre vosotros predecesores a quienes rendir tributo y en el solemne acto de hoy, *quiero evocar su memoria con todo respeto*". Y agregó entre otras consideraciones, que el Ministro de Educación "había conseguido de las Cámaras Legislativas, una importante asignación para material científico con destino a la Universidad; a fin de dotar los laboratorios de nuestro primer centro docente. De esta cantidad pudo destinarse una parte al Instituto, para la adquisición del instrumental necesario, que podría adjuntarse *al que ya existía en el Gabinete de Fisiología* de la Escuela de Medicina" (creado y fomentado por Hernández desde 1891). Y continuó manifestando el doctor Pi Suñer, que de acuerdo con el Rector se adquirió el nuevo material "con parte de la consignación global de la Universidad" y que la vecindad del Instituto de Cirugía Experimental "permitirá una obra conjunta en muchos aspectos, con lo cual el rendimiento de uno y otro Instituto, será máximo".

Las apreciaciones de Pi Suñer, están totalmente de acuerdo con los conceptos que como representante del Congreso Nacional formuló en solemne oportunidad el doctor Diego Godoy Troconis: "Inició Hernández los *primeros experimentos* en Fisiología que desgraciadamente quedaron interrumpidos por más de veinte años hasta la reciente creación del *Instituto de Medicina Experimental*, y los cuales sirvieron de fundamento a otro gran muerto: Rafael Rangel para la

acción fecunda en el campo de las investigaciones científicas. Y si no llegó el doctor Hernández a más grandiosas realizaciones en este ramo de la investigación, *culpa fué del medio* inadecuado en la época para emprender una obra de tanta envergadura como ésa, que reclama maravillosas instalaciones de aparatos y un equipo de colaboradores de alta capacitación técnica que *aún en el día de hoy*, resulta de difícil obtención”.

No pudo el Profesor Pi Suñer aludir en su discurso —tal vez para no alargarlo demasiado— a la máxima revolución científica operada en nuestros anales médicos por José Gregorio Hernández, quien trajo al país el *primer* microscopio y enseñó su manejo, sus empleos e importancia; dió a conocer la teoría celular de Virchow, la estructura de la célula, los tejidos orgánicos y estudió por primera vez entre nosotros los *procesos embriológicos*; coloreó y cultivó los microbios *por vez primera* en Venezuela creando la base científica de la Patología vernácula; inició la investigación biológica *autóctona* con sus trabajos en aquel *modesto laboratorio* (no había comenzado todavía la era opulenta y corruptora del Petróleo) que trajo de Europa el año de 1891, y donde fuera de la vivisección, base de la *Medicina Experimental*, practicó las *primeras numeraciones globulares*, hizo los *primeros estudios hematológicos* de la gran epidemia nacional: el Paludismo; dosó la urea urinaria *por vez primera* en este clima y al comparar los resultados obtenidos con los que aprendió en libros y adquirió en las escuelas europeas, abrió luminosas perspectivas a la voluntad y espíritu observador de los futuros sabios venezolanos. Comprobó en Caracas la presencia del *bacillus pestis* de Kitasato y Yersín, en pacientes atacados de pestes bubónica, luego que Rangel señaló la aparición de esta epidemia en La Guaira. *Fué el primero* que indagó en Venezuela de acuerdo con disciplinas rigurosamente experimentales, las lesiones anatómo-patológicas de la fiebre amarilla y estudió la nefritis de esa misma enfermedad. Exploró la histología patológica de la pulmonía. Relacionó los bacilos de Koch y Hansen por ser ácido-resistentes y aplicó *por vez primera en el mundo científico*, el aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana. Cuando aquí se hablaba muy poco todavía de la bilharziosis y hasta era negada su presencia en nuestro cuadro nosográfico, por los representantes del país en Conferencias Sanitarias Internacionales; José Gregorio Hernández, escribe un trabajo sobre este flagelo, que fué “*el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infición entre nosotros*”, y excita a sus discípulos a estudiarlo, porque “la bilharziosis —dice— está más extendida en Venezuela de lo que se supone”. Por insistencia suya encuentra Benchetrit, la primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos de esta afección, machos y hembras, aislados en cópula en un sujeto autopsiado por él, en el Hospital Vargas. Después de un estudio minucioso de los huevos hallados en las heces de siete enfermos, deduce Hernández que “el parásito de la bilharzio-

sis de nuestro país, pertenece a la variedad de *Bilharzia hematobia* denominada *Schistosomum Manzoni*, o a otra muy próxima a ésta que podríamos llamar *Schistosomum americanum*", coincidiendo en esta denominación con la expresada casi al mismo tiempo por Pirajá Da Silva, en el Brasil. Gran profesor universitario, usó en la enseñanza recursos y métodos antes no empleados aquí, "hasta que la muerte lo sorprendió en plena actividad profesional". Como biólogo de su siglo y en frases elocuentes del autor de "*Venezuela Heróica*": "enseñó a la juventud estudiosa de su patria, a evitar las *abstracciones puramente imaginativas* y la acostumbró a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida". Abrió la "ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas". Con las nuevas técnicas de laboratorio hizo circular el soplo del progreso por los claustros de la vieja casona de San Francisco, y aplicando esas técnicas al examen clínico de sus enfermos, realizó los *primeros diagnósticos científicos* en nuestro medio. Difusor "de la moderna ciencia médica, trajo de Europa un tesoro de experiencia *técnica y clínica sólo comparable* con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introdujo al campo de nuestra Medicina un *radiante foco* que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional. Pocos cerebros se pertrecharon con mayores y más útiles conocimientos, raros maestros supieron difundirlos con mayor inteligencia y claridad, de modo que bien pudo repetir la magnífica exultación de Horacio: "He erigido un monumento más perenne que el bronce, más alto que la regia estructura de las pirámides": el monumento de su saber y de su virtud, el de la *fundación de la ciencia experimental en Venezuela*"... (1).

Aleccionó en la experimentación a su *gran discípulo* Rafael Rangel, fundador de la Parasitología Nacional y cuyas preparaciones de tejido nervioso no eran superadas en opinión de Dominici, por las del propio Ramón y Cajal. Y por último en concepto del doctor V. M. Ovalles, erudito y bien documentado historiador científico, José Gregorio Hernández es el "*Fundador de la primera Cátedra de Bacteriología en América*".

Hombre de gran modestia, realizó Hernández con fuerte voluntad, en el recato de su laboratorio y sin estridencias publicitarias, una *labor personal de investigación autóctona*, encaminada al conocimiento y discriminación de nuestros agentes patógenos. Según lo saben sus discípulos y puede verse en las páginas de "*Elementos de Bacteriología*", era corriente en sus clases teóricas y prácticas el estudio de la morfología, coloración, cultivo y biología de los gérmenes del Carbón (a que alude Rangel en su trabajo sobre "*El Carbunco bacteridiano en Venezuela*"). Tuberculosis, Estafilococcias, Estreptococcias, Tétanos, Muermo, Septicemia de Pasteur, Difteria,

(1) Palabras del doctor Santos A. Domínici al descubrir el retrato del doctor José Gregorio Hernández en el Paraninfo de la Universidad Central.

Fiebre Tifodea, Lepra, Colibacilos, Pneumonía, Gonorrea, Gripe, Peste bubónica, Disentería bacilar y amibiana, Paludismo, Tripanosomas, etc., y al decir del doctor L. Briceño Iragorrry, actual Profesor de Bacteriología y Parasitología en la Universidad de Caracas: "Bajo su sombra se ha hecho un gran número de trabajos que han aclarado multitud de problemas de Medicina Nacional. Con la introducción de *técnicas nuevas*, de nociones fundamentales en los *conceptos etio-patogénicos*, el aporte del microscopio y la ayuda de la Bacteriología, abrió un nuevo campo a nuestras ciencias médicas. Hernández es el *fundador* de nuestra Medicina contemporánea y logró cambios radicales y profundos en los métodos de investigar los procesos morbosos. Su obra científica *fué inmensa y sus trabajos, ejemplos del método experimental aplicado a la investigación*. . . . El estudio sobre la Bilharziosis en Caracas, fuera de llamar la atención por primera vez acerca de su importancia en nuestro medio. lo destaca como *descubridor*, pues propone casi al mismo tiempo que Pirajá Da Silva en el Brasil, el nombre de *americanum* para la especie en cuestión, seguro de haber observado algunas diferencias, con las descripciones que de los huevos se conocían entonces; y es bajo su dirección, como uno de sus discípulos descubre, años más tarde, el vermes adulto. Su trabajo sobre tratamiento de la tuberculosis por el aceite de Chaulmoogra, es en nuestro concepto, un *modelo de investigación científica*: pues además del mérito de corresponderle la primacía de la introducción en el mundo científico, de dicho agente terapéutico en el tratamiento de la peste blanca, revela hasta la saciedad su espíritu experimental: una vez concebida la idea por semejanza con lo que pasa en la Lepra, ensaya *in vitro* la acción del aceite de la Ginocardia sobre el bacilo; hace luego la comprobación en el animal de experiencia y termina con su aplicación en casos humanos. . . . Sus discípulos conducidos por la vara mágica del Maestro, harán efectivos los resultados de su enseñanza, entregándose a la tarea de arrancarle misterios a nuestra Patología Tropical. Nuevo Teseo, rompió las cadenas que mantenían atadas nuestras ciencias médicas al *empirismo* y *oscurantismo* y supo llevar la bitácora que guiaba a las jóvenes generaciones. Marcó la *ruta-rumbo*, y las marejadas extrañas no pudieron influir en la orientación de su aguja. (2).

Tal fué —muy resumida por cierto— la fecunda obra científica de José Gregorio Hernández, quien entre múltiples títulos al recuerdo y veneración de sus conciudadanos, ostenta también el de *Fundador de la Medicina Experimental en Venezuela*, como puede verse —por otra parte— en los documentos que siguen:

(2) Doctor L. Briceño Iragorrry. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central, al colocarse el retrato del doctor José Gregorio Hernández.

Caracas, 31 de enero de 1947.

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina. Pte.

Señor Presidente:

Tengo el agrado de dirigirme a Usted, y por su medio a esa ilustre Corporación, con el objeto de llevar a su conocimiento que como titular de este Despacho he recibido, en forma verbal y escrita, la insinuación de bautizar con el nombre de una de las *figuras más destacadas* de nuestra Medicina, el Instituto de Medicina Experimental que funciona en esta ciudad bajo la dependencia del Ministerio de Educación Nacional.

En el deseo de considerar debidamente la mencionada sugestión no he vacilado en solicitar para dicho fin la *opinión y el consejo* de la Academia Nacional de Medicina, a la cual me parece conveniente manifestar que el nombre hasta ahora propuesto para dicho Instituto es el *muy preclaro* de José Gregorio Hernández, cuyas relevantes dotes e *ingente labor* en el campo de la Medicina, son de todos Uds. por demás conocidas. En concepto de quienes lo proponen puede considerarse a Hernández como *fundador* de la Medicina Experimental en Venezuela.

En espera de la respuesta de ese honorable Cuerpo, la cual será estimada como *prestigiosa colaboración* a la resolución que sobre este asunto haya de tomar el Despacho a mi cargo, quedo del Señor Presidente y demás individuos de la Academia Nacional de Medicina.

Atentamente amigo y colega

A. J. Anzola Carrillo.

(Encargado del Ministerio de Educación Nacional).

Caracas: febrero 7 de 1947.

Señor Doctor

Antonio J. Anzola Carrillo.

Encargado del Ministerio de Educación Nacional.

Su Despacho.

En contestación a su Oficio número 88 de fecha 31 de enero del corriente, cumplimos con llevar a su conocimiento, que la Academia Nacional de Medicina, oyó con *beneplácito* la comunicación de Usted, y que en cuenta de su contenido, *acoge con calor* la idea de bautizar el Instituto de *Medicina Experimental* con el nombre del

ilustre sabio Doctor José Gregorio Hernández; y le anticipa la satisfacción que ella experimentaría al ver realizado por el digno órgano de Usted, ese *acto de justicia*.

Del señor Ministro muy atentamente

El Presidente

Santos A. Domínici.

El Secretario

J. A. O'Daly.

La Asamblea Nacional Constituyente

de los Estados Unidos de Venezuela

Considerando:

Que el doctor José Gregorio Hernández es *orgullo de la ciencia venezolana* y uno de los grandes reformadores que ha habido en la historia de nuestros estudios médicos, y que igualmente como fundador y miembro de la primera *Comisión de Higiene Pública*, que fué uno de los organismos precursores del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, prestó grandes y valiosos servicios a la Sanidad Nacional.

Considerando:

Que la función de las cátedras de *Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental* en la Universidad de Caracas y la realización de las primeras vivisecciones, como también la introducción en los estudios médicos de los conceptos etiopatogénicos fundamentales y el uso del microscopio, todo lo cual realizó en el país el doctor José Gregorio Hernández, son títulos suficientes para considerarlo como *el fundador de la Medicina Experimental* en Venezuela.

Considerando:

Que el doctor José Gregorio Hernández en el ejercicio de su profesión de médico, estuvo siempre atento a los principios de humanidad y filantropía, los cuales puso de manifiesto en la abnegación y solicitud con que atendió las clases menesterosas.

En ejercicio de sus Poderes Soberanos,

Acuerda:

1° Recomendar a la Junta Revolucionaria de Gobierno por órgano del Ministerio de Educación Nacional, dar el nombre de *José Gregorio Hernández* al actual *Instituto de Medicina Experimental* de Caracas.

2° Recomendar igualmente a las mismas autoridades ejecutivas, la erección de un busto del ilustre hombre de ciencia venezolano, en el patio principal del referido Instituto.

Dado, firmado y sellado en el Palacio Legislativo Federal, en Caracas, a los 31 días del mes de mayo de mil novecientos cuarenta y siete. Años 138° de la Independencia y 89° de la Federación.

El Presidente

Andrés Eloy Blanco.

El Secretario

Miguel Toro Alayón.

Caracas, 14 de mayo de 1946.

Ministerio de Educación Nacional.

Ciudadano Rector-Presidente del Consejo Universitario.

Presente:

En relación con los particulares de su comunicación N° 136, de fecha 20 de enero del año en curso, en la cual participa en su carácter de Rector-Presidente del Consejo Universitario, que éste, en su sesión del 18 del mismo mes aprobó una proposición del Decano de la Facultad de Odontología, referente a la recomendación de dar el nombre de "José Gregorio Hernández" al actual Instituto de Medicina Experimental de esta ciudad, así como la erección de su busto en el patio principal de dicho Instituto, tengo el agrado de comunicarle que este Despacho aprueba dicha designación, así como la erección del busto en referencia, como un merecido homenaje a la memoria del ilustre sabio venezolano.

De Ud. muy atentamente

Por el Ministro

Héctor Guillermo Villalobos. Director.

Caracas, 20 de mayo de 1949.

Exmo. y Rdmo. Señor Doctor

Lucas Guillermo Castillo.

Arzobispo de Caracas.

Presente.

Tengo a honra dirigirme a su Excelencia Reverendísima a propósito de una nota periodística publicada en los diarios de esta capital, referente al Comité convocado por Usted, para coordinar los actos correspondientes al homenaje que ha de rendirse al Doctor José Gregorio Hernández, con motivo de cumplirse 30 años de

su sentida muerte el próximo 29 de junio, y acordar las gestiones necesarias ante las autoridades competentes para que sean llevados a la práctica los Acuerdos y Resoluciones dictadas con el propósito de honrar la memoria de *nuestro ilustre científico*.

A este respecto, tengo el agrado de informar a su Excelencia Reverendísima, que la Junta Militar de Gobierno, atenta a cuanto se refiere al renombre de la Patria y de sus hijos esclarecidos, acordó el 21 de diciembre de 1948 por intermedio del Despacho a mi cargo, llevar a feliz término la idea de perpetuar en simbólico monumento la memoria de *tan eminente cuanto modesto sabio venezolano*; y al efecto contrató en esa fecha, con la firma J. Roversi Sucs., de esta plaza, la ejecución de un busto de tamaño natural en mármol blanco italiano, de primera calidad, adornado en el pedestal con dos estatuas, que representan la *Ciencia* y la *Caridad*, en recuerdo de las virtudes que exaltaron en toda su trayectoria *la vida austera y abnegada del extinto*.

Según los términos del contrato, el expresado trabajo debe llegar al país dentro de los cinco meses siguientes a la firma del mismo, por lo cual cree el Gobierno Nacional poder hacer oportuna entrega del nombrado monumento para que sea inaugurado el 29 de junio del corriente año, fecha aniversaria del fallecimiento del doctor Hernández.

Dios y Federación

Teniente Coronel Luis Felipe Llovera Páez.

Ministro de Relaciones Interiores.

La Sociedad Venezolana de Microbiología, Parasitología y Medicina Tropical en sesión extraordinaria del 17 del corriente mes de junio, previa convocatoria por la prensa, dictó el siguiente:

A C U E R D O:

La Sociedad Venezolana de Microbiología, Parasitología y Medicina Tropical.

CONSIDERANDO: que el 29 de los corrientes se cumple el trigésimo aniversario de la muerte del Doctor JOSE GREGORIO HERNANDEZ,

CONSIDERANDO: que el Doctor Hernández *fundó los estudios experimentales* en el País.

CONSIDERANDO: que el Doctor Hernández *fué el fundador* a fines del siglo pasado de la Cátedra de *Bacteriología y Parasitología*.

CONSIDERANDO: que el Doctor José Gregorio Hernández ha sido *uno de los más sobresalientes Profesores* que ha tenido nuestra Facultad de Medicina y fué el que *inició, enseñó y guió* a Rafael Rangel en muchas de sus investigaciones,

D E C R E T A :

1º Asociarse al homenaje que para tal fecha preparan las distintas entidades representativas de la Cultura Nacional.

2º Colocar sobre la tumba del Doctor Hernández, una corona de flores en el acto que se celebrará en el Cementerio.

3º Se nombra una Comisión formada por los doctores Briceño Rossi e Iriarte, para llevar a cabo tal cometido.

En Caracas, a 22 de junio de 1949.





IV

ILUSTRE PRECURSOR DE LA SANIDAD Y ASISTENCIA SOCIAL EN VENEZUELA.

Como se trata de un tema íntimamente ligado al progreso de la Sanidad y Asistencia Social en Venezuela y a nuestros anales médicos contemporáneos, empezaré reproduciendo los nobles y justicieros conceptos publicados por el ilustrado doctor L. Briceño Irragorry, Profesor de Bacteriología y Parasitología en la Universidad Central y miembro distinguido de nuestra Academia de Medicina, en el *Diario* de la XII Conferencia Sanitaria Panamericana reunida en Caracas a principios de 1947; porque fuera de ajustarse ellos de un todo a la verdad histórica, aportan el asentimiento de tan destacada autoridad a lo que refiriéndome al mismo asunto, expuse en páginas anteriores.

José Gregorio Hernández —dije entonces— no fué sólo un microbiólogo eximio de cuya formación mostrábase orgulloso el gran Mathías Duval, *creador de la Embriología en Francia* y la más alta personalidad de su época en la Escuela Médica de París, sino que su eficiencia como hombre de laboratorio e investigador científico, iba complementada por la del individuo de una acción social muy amplia, que deseaba contribuir con sus facultades y conocimientos a la solución de los múltiples problemas de una colectividad incipiente, en situación precaria y cuya clase directora era incapaz para afrontar las cuestiones que surgían cada día, en el seno agitado y turbulento de la unidad nacional. El, conocía mejor que nadie las lacras y miserias de su pueblo con las que de años atrás venía rozándose en una diuturna e incansable labor de filantropía.

Hasta que fueron creados la primera *Comisión de Higiene Pública* y el *Consejo Superior de Higiene y Salubridad Públicas* que la reemplazó más tarde, de los cuales formó parte el doctor Hernández en su carácter de Profesor de Bacteriología y Fisiología Experimental y que deben ser considerados como el *embrión* del actual

Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, pues según Decreto ejecutivo, eran "cuerpos consultivos y técnicos encargados de estudiar y resolver científicamente las cuestiones de higiene y salubridad públicas y *legislar* sobre todas aquellas materias que les fueran sometidas por el Gobierno Nacional"; hasta esa fecha se carecía en Venezuela de una efectiva organización sanitaria técnica o científica del país, y si las perentorias necesidades debidas a la invasión de la peste bubónica (cuyo germen en Caracas fué descubierto por Hernández en los primeros pacientes de esta enfermedad), y otros flagelos, hicieron comprender a las autoridades la urgencia de un instituto adecuado, procedieron sin embargo con simples tanteos, sin estudiar a fondo la adaptación de reglamentos y sistemas que en otras naciones habían sufrido ya las pruebas de la experiencia consuetudinaria, a las paupérrimas condiciones del medio vernáculo.

Por otra parte: a raíz de su regreso de Europa donde fué a solicitar en misión oficial, aquellas ramas de la Biología indispensables para la reforma más trascendental y benéfica a que hayan sido sometidos nuestros estudios médicos desde la época de Vargas, y sin la cual la *Profilaxia*, la *Higiene* y *Epidemiología* se habrían reducido entre nosotros a un balbuceo pueril de ordenanzas rudimentarias; dióse cuenta el doctor Hernández más que otro alguno, de cómo ese progreso para ser eficaz, debía marchar al unísono con *medidas de orden social* que le insuflaran calor y vida al emaciado organismo venezolano; y lejos de encerrarse en la paz del trabajo científico o en la tranquilidad egoísta de sus experimentos y sus libros, se lanzó a la calle para llevar, con el desinterés y el ardor de un patriota, alivio a tantos males seculares, sosiego a tantas almas en zozobra. De allí que deba considerársele cual uno de los grandes precursores de nuestra Asistencia Social moderna; verdadera providencia del obrero infeliz y su familia, abandonados en su miseria e ignorancia por una política enana y sin atisbos al futuro cargado de ingentes y amenazadores problemas colectivos.

Léanse ahora las elocuentes apreciaciones del doctor Briceño Iragorry: "De nuestras figuras médicas nacionales es José Gregorio Hernández una de las más sobresalientes, tanto por su valor intrínseco como por el papel que le tocó desempeñar en la evolución de nuestros estudios médicos; ninguna otra como la suya para ocupar la atención en estos bosquejos de personalidades, que el *Diario* de la XII Conferencia Sanitaria Panamericana ofrece a los Honorables Delegados de los países hermanos.

"Para apreciar la obra de Hernández, permítasenos bosquejar brevemente la evolución de nuestros estudios médicos: Fundado en 1673, el Seminario que llegó a ser en 1725, Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa de Santa María de Caracas, no fué sino el 10 de octubre de 1763 en que Lorenzo Campins y Ballester inicia

los estudios médicos con sólo un profesor y cinco discípulos, otorgándose el primer diploma de Doctor el 17 de abril de 1785, después de haber sido creado el Protomedicato en 1777; la ciencia enseñada por el meritorio español se reducía a nociones de Anatomía y Fisiología y a la Patología y Terapéutica de la época. Para el 24 de junio de 1827 se crea por decreto del Libertador la Facultad de Medicina y con ella aparece José María Vargas, reformador, sabio y maestro, bajo cuyo impulso nuestros estudios médicos cobran aspecto y fuerza; pero la obra del sabio *quedó estacionaria*, se carecía de Laboratorios donde experimentar y comprobar los procesos fisiológicos y morbosos; el *empirismo* y *charlatanismo* cobijaban bajo un mismo manto a médicos y curanderos y sólo sobresalían en medio de esta oscuridad contadas figuras, que como estrellas fugaces mantenían vivo el espíritu científico de nuestra escuela.

"Tales eran las condiciones reinantes para fines del siglo pasado, cuando con fecha 31 de julio de 1889, por resolución del Presidente Rojas Paúl dictóse decreto por el cual se resolvía enviar a Europa a un joven médico para estudiar Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental.

"Hernández, que se había graduado el 88, fué el encomendado de tan difícil tarea. Después de permanecer el tiempo necesario en París y Berlín regresa y funda las Cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología en noviembre de 1891.

"La obra realizada por Hernández es inmensa; al decir de uno de sus biógrafos, "con él y después, acaban los resabios, fueron ya fenómenos que se observaban, hechos y apreciaciones biológicas que se podían verificar por una experimentación *sistematizada y científica*". Con la introducción de técnicas nuevas, de nociones fundamentales en los conceptos etiopatogénicos y el aporte del Microscopio, abrió nuevo campo a nuestras ciencias médicas. Es Hernández el fundador, junto con Razetti, Rísquez y Dominici de nuestra Medicina contemporánea; es a raíz de su aparición cuando se hacen los *primeros diagnósticos científicos*, según el último de los nombrados.

"Como Maestro dedicase íntegro a la tarea de enseñar y guiar a sus discípulos; *fruto suyo fué Rafael Rangel*, el humilde estudiante que más tarde creara la Parasitología Nacional.

"Como investigador estudia la anemia de los trópicos, la anatomía patológica de la fiebre amarilla, la tuberculosis, la pulmonía, la peste bubónica, la nefritis de la fiebre amarilla, y de los primeros hacer ver la importancia de la bilharziosis entre nosotros. (*).

(*) La presencia de esta enfermedad en Venezuela, fué negada por nuestra Delegación a la 4ª Conferencia Sanitaria reunida en Costa Rica, un mes antes de la aparición del trascendental estudio de José Gregorio Hernández.

“Como profesional fué ejemplo de pulcritud y desprendimiento; recibía en su consultorio a ricos y pobres con la misma grandeza de alma. Como escritor fué elegante y claro, dejando piezas literarias admirables.

“No sólo lo preocupaba la dolencia en sí, sino que con gran visión fué entre nosotros el *iniciador y creador*, junto con otros, de la primera Junta de Sanidad el año de 1909, *embrión de nuestro actual Ministerio de Sanidad y Asistencia Social*; tocóle así ser junto con Razetti, de los que fundaron las bases de la Sanidad Nacional.

“Como publicista, sus dos obras principales fueron: *Elementos de Bacteriología y Elementos de Filosofía*; la primera, obra didáctica y preciosa por la claridad y precisión de los datos en ella contenidos y la segunda, manifestación externa de sus credos; fué cristiano integral, pero al mismo tiempo “*el más amplio de nuestros filósofos naturalistas*”.

“Su fe cristiana lo lleva a hacer de su profesión un *Apostolado* y de su vida un *Ejemplo*, llegando en una ocasión a vestir los hábitos del cartujo, que abandonó en corto tiempo por razones de salud, para integrarse de nuevo a su misión de educar y curar, hasta que su muerte de manera trágica, en momentos en que atravesaba una calle, dejó a sus discípulos, familiares y a su pueblo, huérfanos, un día del mes de junio de 1919”.

Concuerdan los anteriores párrafos con la no menos autorizada opinión del doctor Manuel A. Fonseca, según la cual se entregó Hernández “desde su regreso a la patria en 1891, con pasmosa asiduidad y maravillosa energía, ya en la clientela civil, ora en el profesorado, a labor de fecundo ejercicio e incesante actividad, que le captó muy en breve la brillante celebridad de que gozaba, colocándose en primera línea, *entre los propulsores del progreso científico en la nación*; fundando con toda idoneidad escuela que, no sólo correspondió al pensamiento inicial, sino resultó bien representativa de ramos *hasta allí exóticos*; floreciendo en numerosos discípulos que se destacaron luego como honra y prez del gremio y factores eficientes de sólidos y racionales adelantamientos. *Fué el genuino representante de la ciencia venezolana contemporánea*”. (1).

Sin embargo, nunca llegó a ser fácil y expedita la ruta docente del doctor Hernández, pues le tocó la misión de hacer luz en los cerebros durante épocas de miseria nacional, cuando el caos y el desorden se adueñaron del país y la anarquía, según la frase profética del Libertador, devoraba energías y secaba las fuentes de la riqueza pública. Los escasos recursos económicos de la República eran engullidos por un peculado insaciable o desaparecían en el turbión de la guerra civil; de modo que aun en el año de 1910, dice el

(1) Cultura Venezolana, N° 8. — Julio-Agosto 1919.

Ministro de Instrucción Pública en su memoria al Congreso Nacional: "Por Resolución de 12 de octubre último se hizo la erogación de (Bs. 6.250,10) seis mil doscientos cincuenta bolívares con diez céntimos, a que alcanzaba el presupuesto presentado por el Doctor José Gregorio Hernández, Profesor de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental de la Universidad Central, para hacer venir de Europa varios instrumentos y repuestos destinados al Laboratorio de Microbiología y de Fisiología Experimental, el cual hacía ya diez y ocho años (o sea desde su fundación por Hernández) *que no recibía del Gobierno* la atención que por su importancia merece; y ello es tanto más de sentirse cuanto que como generalmente se reconoce, los estudios médicos de nuestra Universidad Central están a la cabeza del movimiento científico del país. Con esos nuevos aparatos quedará nuestro Laboratorio regularmente habilitado, y si no a la altura de los europeos, por lo menos en estado bastante satisfactorio para el uso de las Cátedras a que debe servir. Muy conveniente sería destinar anualmente una *cantidad determinada* para los nuevos aparatos que vayan haciendo necesarios los adelantos de las Ciencias Médicas, y para la reposición de los antiguos, inutilizados o gastados y de las *sustancias empleadas* en los experimentos".

Pero a pesar de tan deplorables circunstancias el doctor Hernández consideraba el magisterio como sacerdocio de abnegación y en tiempos tumultuarios, sin ninguna remuneración oficial, sostenía de su peculio los gastos del Laboratorio y continuaba impasible, acercando a los labios de sus discípulos la linfa clara del saber. A las tres de la tarde, por treinta años sucesivos, abrió diariamente la puerta de su Aula; y con la dicción persuasiva del sabio, iniciaba a la juventud en los misterios biológicos, mientras afuera los espíritus se caldeaban en la llama de los odios sectarios y disipaban, con loco afán inconsulto, el tesoro de viriles cualidades que nos legaron nuestros mayores.

Modesto como era, participaba al Rector en oficio del 23 de febrero de 1911, que "el estado del Laboratorio de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental a mi cargo, después de la dotación que se sirvió hacerle el Presidente de la República, es de lo más satisfactorio, de manera que los cursantes adquieren el conocimiento de las Ciencias arriba nombradas, al mismo tiempo que *salen prácticos en la técnica* propia de cada una de ellas. Mas como está para terminarse el nuevo local en que ha de funcionar dicho Laboratorio, manifiesto al ciudadano Rector la necesidad que tendremos en aquél, de tres mesas, un estante y dos jaulas para los animales de los experimentos, lo cual puede construirse fácilmente en la "Escuela de Artes y Oficios"; asimismo le ruego vea si puede lograr que uno de los jóvenes de servicio de la Universidad se dedique al cuidado del Laboratorio y nos ayude durante los experimentos que se practican en

el curso de la enseñanza técnica". Verdaderamente que no se columbraba todavía entre las brumas del porvenir la era opulenta del Petróleo!

Con respecto a la formación técnica de Rafael Rangel, el más grande de esos discípulos a que alude el doctor Fonseca, recordaré que *desde su ingreso como* asistente al Laboratorio de la Universidad de Caracas, antes de comenzar los estudios de Medicina, hasta el 1° de abril de 1903, ejerció las funciones de Preparador de la Cátedra de Bacteriología e Histología, "donde bajo la dirección personal de José Gregorio Hernández se adiestró para la experimentación y adquirió aquella competencia que lo llevó más tarde a fundar los estudios de Parasitología Nacional"; y continuaba en el mismo cargo, un año después de haber creado el Laboratorio del Hospital Vargas. Por ello escribe el doctor V. M. Ovalles en la página 27 de su interesante biografía del malogrado investigador: "José Gregorio Hernández le enseñó *Bacteriología e Histología a Rangel* y se ufanaba de las preparaciones de cerebro y médula hechas por éste que no le iban en zaga a las del propio Ramón y Cajal" y en las cuales el discípulo aplicaba la técnica histológica que con fructuoso y persistente esfuerzo había aprendido en las clases prácticas del maestro.

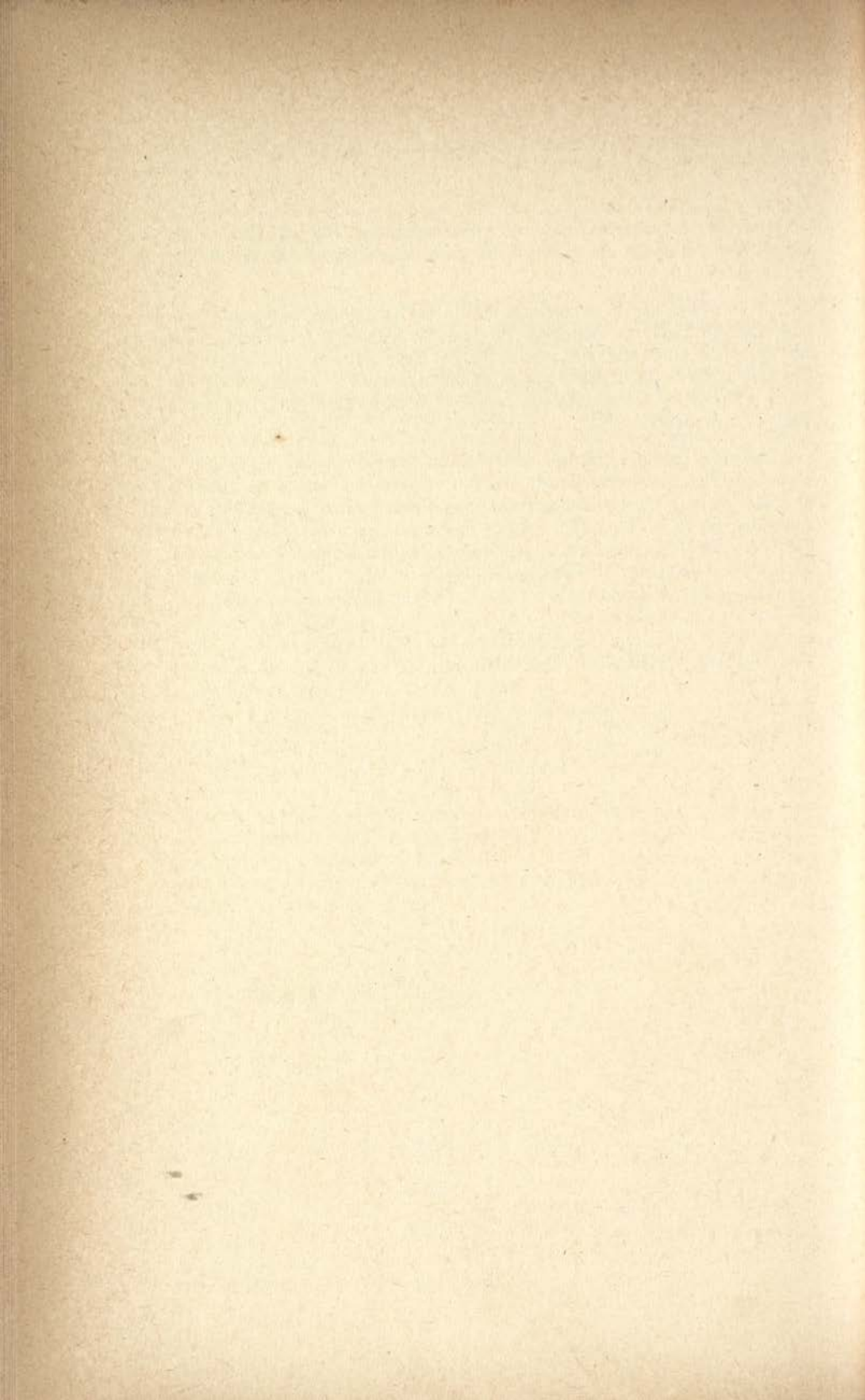
El año de 1906, cuando ya había escalado el vértice de su reputación científica, confiesa ingenuamente Rangel, con motivo de su trabajo sobre "El Carbunclo bacteridiano en Venezuela", *la gran sorpresa* con que descubrió en la sangre y linfa de los animales atacados de Carbón, el clásico bacilo de Davaine, tal como lo *había visto* muchas veces durante las lecciones prácticas del doctor Hernández; y de nuevo se sometió a las directivas de su maestro en la solución de un problema de tan enorme trascendencia para nuestra Higiene Pública y Profilixia Social.

Mas a esa actividad experimental, docente y de *Medicina Social* que ejerció José Gregorio Hernández, debe juntarse una limpia y noble vida ciudadana, comentada de esta manera por el doctor Núñez Ponte en su *Ensayo Crítico-Biográfico*: "Con una psicología angosta y mezquina no se puede abarcar ni medir la magnitud de algunos caracteres, de algunas vidas que traspasan sobremodo el nivel de la fortaleza y la constancia ordinarias. Requiere un más elevado criterio, una hermenéutica superior, para acertar con la causa de sus abnegamientos y heroísmos, pues los sacrificios que realizan, prodigios y milagros de energía, les semejan pequeñeces en relación con lo que desean.... Cuando desgranaba su alma en caridad al prójimo y asistencia al enfermo; cuando prohibaba inteligencias y apadrinaba a los futuros sabios; cuando sorprendía algún secreto en su laboratorio; cuando se mostraba fiel cumplidor de las leyes; cuando predicaba la paz y extremaba la discreción para juzgar a los hombres; cuando merecía por sus hábitos la con-

fianza y estimación de todos; cuando imponía por la *independencia y libertad* de su espíritu; cuando perdonaba las ingratitudes, daba Hernández lecciones de patriotismo y de una gloriosa y envidiable ciudadanía”.

A tan benemérito ciudadano rindió la Asamblea Nacional Constituyente de 1947 un homenaje de justicia histórica, prestigiando el *Instituto de Medicina Experimental* de Caracas con el nombre del humilde sabio, que durante ciclos de guerra civil y áspero dolor colectivo, fundó en Venezuela esa importantísima rama de la Medicina científica moderna.

Hombres como el doctor Hernández, escribió aquel egregio mirado que fué Monseñor Antonio Ramón Silva, Arzobispo de Mérida, a quién los años no disminuyeron sus bríos literarios: “deben ser conocidos de todo el mundo, y no sólo del reducido espacio de tierra donde pasaron su existencia. Biólogo eminente, empleó largas horas en la investigación científica; gran Médico teórico y práctico, hacía tan buena figura en la Cátedra de la Universidad y en el Laboratorio como en el aposento del enfermo; Filósofo eximio poseía extensos conocimientos en ciencias y artes; y de una fama excelente como buen ciudadano, derramó sus beneficios a manos llenas, no a manera de simple filantropía o de beneficencia, sino como genuina caridad cristiana que extraía del mismo corazón de Dios en sus íntimas comunicaciones con El”.



EL MAESTRO Y SU GRAN DISCIPULO

En el homenaje que con motivo del 80° aniversario de su nacimiento rindieron al doctor José Gregorio Hernández los estudiantes de la Universidad Central, expuso el entonces Bachiller Antonio Fernández González entre otros elogiosos conceptos, lo siguiente: "La mano pródiga de Hernández, enseña *por primera vez*, el microscopio, y los estudios biológicos cautivan adeptos, al paso que la vida celular dejaba de ser del exclusivo dominio de los clásicos teóricos. Fe-cunda fué la obra del Maestro; su cátedra de Bacteriología *formó escuela* y a su abrigo se destacan insignes discípulos: Rangel, es gloria sin marco en la ciencia nacional". Tales elocuentes frases, me han movido a consignar los siguientes datos, que juzgo de interés histórico por referirse a esas dos prestigiosas figuras de nuestros fastos científicos.

En su "*Biografía del Bachiller Rafael Rangel*", dice el ilustrado doctor V. M. Ovalles: "Antes de comenzar los estudios de Medicina, entró Rangel como asistente y continuó después en calidad de preparador en el Laboratorio de la Universidad Central, (cuyo Director era el doctor José Gregorio Hernández) de donde pasó al "Instituto Pasteur", de Caracas". Apreciación que está en cierto modo de acuerdo con lo que afirma el doctor Santos A. Domínici en su hermosa y sentida "Elegía al Doctor José Gregorio Hernández". "A Hernández también debí años después, *el conocimiento de las extraordinarias facultades técnicas* de Rafael Rangel. Hablando un día de Histología del sistema nervioso, díjome: "pídele a Rangel que te muestre sus preparaciones de cerebro y médula". Eran en efecto, bellísimas: no las superaban las que el propio Ramón y Cajal nos mostró a Guevara Rojas y a mí, en el Laboratorio de Malassez en el Colegio de Francia".

Hernández conocía muy bien esas láminas, que su discípulo y Preparador en las cátedras de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental, obtuvo, aplicando con todo rigor las técnicas aprendidas en las clases prácticas del Maestro y no superadas según Domínici, por el mismo Ramón y Cajal.

En su "Nota Preliminar sobre la Peste Boba y Derrengadera de los Equídeos de los Llanos de Venezuela", escribe Rangel: "En 1898, cuando ocupábamos el cargo de Preparador del Laboratorio de la Universidad Central, llegó a nuestros oídos, que el Doctor Ignacio Oropeza, había encontrado un parásito en la sangre de los animales atacados de "Peste de Apure". El año de 1900, figura Rangel en la página 35 de los "Anales de la Universidad Central", como Preparador de Histología y Bacteriología; y continuaba en el mismo cargo para 1901, al publicar en dicha Revista su estudio sobre "Teorías del sistema nervioso".

Por otra parte: en la página 58 y siguientes del meduloso "Ensayo Crítico-Biográfico del Doctor José Gregorio Hernández" segunda edición, debido a la disertada pluma del doctor J. M. Núñez Ponte, leemos estos párrafos que se ajustan por completo a la realidad histórica: "Todas las reformas a que dió lugar y vida el doctor Hernández con la fundación y progreso de su cátedra, con lo que propiamente podemos decir *su escuela* donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia, han hecho cambiar ventajosamente los rumbos de nuestra Medicina, lo cual atestiguan los sabios académicos y profesionales cuyas mentes recogieron de él una gran provisión científica, en cuyas manos está hoy en Venezuela el arte de curar; y los jóvenes que se han distinguido en la exploración del mundo infinitamente pequeño, como buzos de la Parasitología tropical declaran asimismo que deben a Hernández, a las lecciones directivas y a los *experimentos fundamentales* de él, todo el valor de sus propias iniciativas y labores".

Con efecto, en el estudio sobre las "Teorías del sistema nervioso" que publicó Rafael Rangel en 1901, Año II, Tomo II de los "Anales de la Universidad Central", dice el progenitor ilustre de nuestra Parasitología, página 385: "*Nuestro maestro*, el doctor José Gregorio Hernández, Director del Laboratorio de Histología nos hizo la observación de que el líquido de Müller tenía la propiedad de descomponerse con suma facilidad en nuestro clima, por lo cual es necesario renovarlo incesantemente en las fijaciones. Lo mismo sucede con todos los líquidos bicrómicos. En cambio —continúa la advertencia de Hernández— el endurecimiento de las piezas se hace aquí en menos tiempo del señalado por los autores europeos: mientras éstos recomiendan uno, dos, tres y hasta cuatro meses de sumersión de los fragmentos nerviosos en la mezcla de Cox, bastan quince, veinte días lo más un mes para obtener bellísimas preparaciones. Hacemos los cortes con el *microtomo de Ranvier* o mejor con el de *Selong* y los montamos libres en *resina damar y colofonia en benzina*". Lo cual no era sino la propia técnica histológica que con fructuoso y persistente esfuerzo había adquirido Rangel en las clases prácticas de Hernández y a cuya aplicación se debían las bellísimas preparaciones a que alude el doctor Domínicí en su mencionada Elegía.

En su trabajo sobre "El Carbunclo bacteridiano en Venezuela", presentado a la Academia de Medicina y publicado en la Gaceta Médica del 30 de setiembre de 1906 escribe también Rangel: "Grande fué nuestra sorpresa al encontrar en los frotis de sangre y linfa, los más puros que pudimos recoger de aquellos elementos ya alterados, la bacteridia carbonosa clásica, tal como la describen los autores y como *la habíamos visto* en las lecciones prácticas del doctor José Gregorio Hernández: de 5 a 7 micromilímetros de largo, por 1 a 1½ de ancho, un poco más gruesa en las extremidades que en el centro, envuelta en una membrana hialina a las extremidades, con su línea de sección sinuosa o quebrada, característica según Koch del bacilo de Davaine". Y a breves líneas añade: "Nosotros después de haber consultado con *nuestro maestro* el doctor José Gregorio Hernández, nos hemos estado ejercitando en la exaltación y atenuación de las bacteridias muertas por medio de los métodos conocidos: Calor, acción de los antisépticos, etc., etc."

Durante años —según se ha visto— fué Rafael Rangel, el Preparador de los trabajos prácticos en las cátedras de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental, donde bajo la *dirección personal* de José Gregorio Hernández se adiestró para la experimentación y adquirió aquella competencia que lo llevó más tarde a fundar los estudios de Parasitología Nacional. Ya vemos cómo en 1906, cuando se encontraba en plena evolución ascendente, Rangel conforme a la declaración que precede, consultaba a su maestro el doctor Hernández y se ejercitaba y seguía con humildad de sabio, las directivas de aquél, en la exaltación y atenuación de las bacteridias carbonosas y en otras técnicas modernas, que a él le dieron fama y lustre y renombre a la patria.

El doctor Jesús Rafael Rísquez en su "Lección inaugural del curso de Bacteriología y Parasitología de 1925", atestigua: "Hernández y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia; *estudiaron la mayor parte* de los gérmenes morbosos en el país e hicieron a la Escuela Venezolana, marchar al unísono con las conquistas de la nueva ciencia. Más tarde, cuando la era de los microbios —como dijo el gran Patrick Manson— había llegado a su apogeo y la de los protozoarios comenzaba, *un discípulo* de Hernández marcó época en los anales de nuestra Medicina, y empieza entonces la era de la Parasitología en Venezuela, con los trabajos de Rafael Rangel".

Todo esto desde luego, no es óbice para que un espíritu tan estudioso como el de Rangel, que vivió aguijado por el deseo de aumentar continuamente su acervo científico y experimental, solicitase también al lado de Dominici y otros maestros, cuantos conocimientos le permitieron iluminar más tarde, con luz propia, muchas fases oscuras de los problemas médicos nacionales. Por ello en la comunicación dirigida el mes de setiembre de 1903, al Presidente del

"Colegio de Médicos", sobre "Etiología de ciertas anemias graves de Venezuela", escribe nuestro malogrado investigador: "Desde entonces, luchando contra la inferioridad de nuestras facultades, con la mayor constancia, nos dedicamos al lado de nuestro ilustrado maestro doctor Santos A. Domínici y de los no menos distinguidos doctores José Gregorio Hernández y Enrique Meier Flégel, al estudio de la hematología normal y patológica, para poder después con propiedad, ocuparnos de la señalada entidad mórbida. La autoridad de nuestros maestros, nos anima a llamar la atención, sin títulos suficientes para ello, del Cuerpo que usted dignamente representa".

De modo que al iniciar con esta Nota el ciclo glorioso de la Parasitología Nacional, cubre Rangel su ingénita modestia y lo que llama insuficiencia de sus títulos con la autoridad de sus maestros Domínici, Hernández y Meier Flegel, bajo cuya dirección realizaba estudios de hematología normal y patológica.

Además: siendo el doctor Domínici, Profesor de Clínica Médica en el Hospital Vargas, al cual asistía Rangel en calidad de Externo, y conociendo a fondo, según él mismo lo confiesa, la gran capacitación técnica adquirida por éste al lado de Hernández, era muy natural que para estudios de esa índole, buscarse la ayuda de tan idóneo colaborador, quien fuera de algún breve paréntesis, ejerció *desde su ingreso* en el Laboratorio de la Universidad, hasta el 1° de abril de 1903, las funciones de Preparador de la cátedra de Bacteriología e Histología, según puede verse en este documento de la Dirección de Instrucción Superior y de Bellas Artes, marcado con el N° 754: "Caracas, 1° de abril de 1903. Ciudadano Rector de la Universidad Central. Presente. Hoy se ha dictado por este Despacho la Resolución siguiente: "Por disposición del Presidente de la República, se admite la renuncia que del puesto de Preparador de Histología y Bacteriología de la Universidad Central presenta el Bachiller Rafael Rangel por tener que atender al de Jefe de Laboratorio del Hospital Vargas; y de la terna presentada al efecto por el Rector de la Universidad, conforme al artículo 136 del Código de Instrucción Pública, se nombra para reemplazarlo al Br. Rafael Pino Pou". Transcripción que hago a Usted para su inteligencia y fines consiguientes. Dios y Federación. B. Monserrate".

Aún en el año de 1906, cuando —como queda dicho— había ya escalado Rangel el vértice de su reputación científica, confiesa ingenuamente *la sorpresa* con que descubrió en la sangre y linfa de los animales atacados de Carbón, el clásico bacilo de Davaine, tal cual lo había visto muchas veces en las clases prácticas de Hernández; y de nuevo se sometió a las directivas de su maestro, en la solución de un problema de tan enorme trascendencia para nuestra Higiene pública y Profilaxia Social.

José Gregorio Hernández, anota el doctor V. M. Ovalles en la página 27 del citado opúsculo: "le enseñó *Bacteriología e Histología* a Rangel y se ufanaba de las preparaciones de cerebro y médula hechas por éste que, no le iban en zaga a las del propio Ramón y Cajal". Y refiriéndose al Laboratorio del Hospital Vargas, añade: "En realidad Rangel no se encargó de un verdadero Laboratorio, porque aquéllo no se podía calificar así y a tal respecto escribió el doctor Diego Carbonell las líneas que siguen en su artículo sobre la Bacteriología en Venezuela (Las Clases Médicas N° 48, julio 1° de 1908). "Es obra de Rangel, el actual laboratorio de que es director; porque son suyos los impulsos que a diario recibe aquel salón de experiencias; porque son suyas las solicitudes que hace a nuestro Gobierno; porque fué él a quien la Junta Administradora de los Hospitales compuesta en febrero de 1902 por los doctores Miguel R. Ruiz, Emilio Conde Flores, Juan Pablo Tamayo, Trujillo Arraval y Martín Herrera, en su Sesión del 18 del mismo mes, encargó no del laboratorio, pues no lo había sino de un escaso número de aparatos, regalados por los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, para empezar a fundar un laboratorio de Bacteriología".

* X Fundó por lo tanto Rangel el 18 de febrero de 1902, el Laboratorio del Hospital Vargas, y sus colaboradores fueron los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, con los aparatos que le regalaron para acometer la memorable empresa; pero continuó sin embargo hasta el 1° de abril de 1903, como Preparador de las cátedras de Bacteriología e Histología, o sea mucho tiempo después que el Instituto Pasteur de Caracas, había cerrado definitivamente sus puertas. Y quiso años más tarde, el destino, que el Gobierno de la época, designase a su maestro el doctor Hernández para reemplazarlo en la Dirección de aquel Laboratorio a raíz de su fallecimiento, donde el sabio de Isnotú y técnico formado por Mathías Duval en la escuela de París, mantuvo con ilustrados consejos y sugerencias el ímpetu investigador que despertó el eminente hijo de Betijoque, y prolongó con pesquisas trascendentales para la ciencia vernácula, la obra tan original y fecunda de su antiguo Preparador en el Laboratorio de la Universidad Central. X

Procedió, pues, con toda justicia, el ilustrado especialista doctor Jesús Rafael Rísquez, cuando en su "*Lección inaugural del curso de Parasitología de 1919*" afirmó: "Sería inútil decir que en estas materias de Bacteriología y Parasitología, apenas si me tocará el humilde papel de toco repetidor de las enseñanzas de Hernández, grabadas de antiguo en el cerebro de los que tuvimos la suerte de llamarnos sus discípulos.... Y mañana, cuando lejos de estas aulas, oigáis el nombre de la patria señalada justificadamente entre las demás naciones que han vibrado en el concierto de la ciencia mundial, recordad que esos ecos, son una de las mejores oraciones que pueden llegar hasta los manes de José Gregorio Hernández y de

Rafael Rangel. Dos nombres que por capricho del destino me toca enlazar hoy con arco de inmortalidad, y que la historia contemporánea señalará como las dos columnas que han de sostener el edificio de la Bacteriología y la Parasitología nacionales³.

Y tuvo por otra parte, visión de profeta el venerable autor de "*Venezuela Heróica*", al ensalzar elocuentemente como Ministro de Instrucción Pública, en su Memoria al Congreso de 1892, la revolución científica y experimental que iniciaba el Doctor Hernández con las nuevas cátedras, "donde se enseña a la juventud estudiosa a evitar las *abstracciones puramente imaginativas* y se la acostumbra a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida". Rangel fué fruto —bien jugoso por cierto— de la *nueva Escuela de Medicina Experimental*, creada por José Gregorio Hernández, pues como escribe con entera propiedad el doctor Enrique Tejera: "Una de las características que he apreciado más en Rangel, ha sido el método estrictísimo que empleaba en sus investigaciones. Un hombre puede nacer con inclinación al orden, pero el método para pensar y para obrar se lo enseña alguien, y *siempre he creído* que el doctor José Gregorio Hernández a quien tanto admiro y cuya influencia al inclinarme hacia la investigación *fué decisiva en mi vida*, le enseñó ese método a Rangel *en su diario contacto en el Laboratorio*".

Por último, según queda consignado en páginas anteriores, una autoridad tan conspicua como "*La Sociedad Venezolana de Microbiología, Parasitología y Medicina Tropical*", en Sesión extraordinaria del 17 de junio de 1949, declaró enfáticamente, entre otras honrosas consideraciones que "José Gregorio fué quien *inició, enseñó y guió* a Rafael Rangel en muchas de sus investigaciones".

Circunstancia curiosa: Hernández y Rangel, maestro y discípulo, que con tanto éxito laboraron en vida por el progreso de la Medicina nacional, reposaron en el mismo lecho mortuario del Hospital Vargas, durante los momentos que siguieron al fragor de las respectivas tragedias, con que un hado adverso tronchó la existencia de ambos sabios venezolanos.

VI

UNA DISCUSION ACADEMICA

La réplica de José Gregorio Hernández.

En la múltiple y fecunda actividad científica de José Gregorio Hernández, hay una faz que por lo poco conocida, ha dado origen a ciertas afirmaciones aventuradas y en completo desacuerdo con la realidad de los hechos: me refiero a su comportamiento durante la discusión suscitada el año de 1905 en nuestros círculos intelectuales por el doctor Luis Razetti, Secretario Perpetuo de la Academia de Medicina, y referente a la legitimidad científica de la doctrina de la descendencia.

Esta polémica que dada la *inmanente relatividad de la ciencia*, sólo tiene hoy un mero interés histórico, no fué en realidad sino la prolongación o pervivencia de aquel clima de inquietud espiritual que se apoderó de nuestra población universitaria al finar la pasada centuria, cuando —como lo observa un eminente escritor— “el libre pensamiento y las teorías positivistas vinieron a ser signos del tiempo en la mesnada estudiantil, o más bien moda petulante y alardosa que daba pábulo al orgullo y a la vanidad; y hasta ciertas cátedras de Medicina y de Ciencias Naturales, se tornaron púlpitos arrogantes de doctrinas sectarias”.

Ser libre pensador —afirma mi recordado compañero Jesús Rafael Rísquez, cuya desaparición llora la ciencia venezolana— “era casi una condición de nuestros científicos, sin detenerse en ninguna consideración o estudio de la Filosofía espiritualista; y por ello la tesis de Razetti, salió del ambiente sereno de la Academia y corrió por la ciudad en ardiente controversia religiosa. Volvíase en la Caracas de comienzos de este siglo, a tratar juntos los problemas de la Medicina y de la Filosofía, sin percatarse de que ambas estaban ya desligadas. Pues si en Grecia la Filosofía englobaba entre todas las ciencias a las naturales, estas últimas se separaron de ella más tarde, hasta que en el siglo XIX, el Positivismo de Augusto Comte y el espiritualismo cristiano, se comparten doctrinariamente las ideas filosóficas de los médicos”.

Hernández a la voz de su deber que en frases de su biógrafo "le llamaba a la expresión precisa de sus convicciones", testificó categóricamente su opinión: "*Yo soy creacionista*", con lo cual no hizo sino sostener la tradición secular de los sabios católicos. Ello empero no le impidió como hombre de ciencia moderno, de ideas claras, justas y amplias al servicio de la verdad, adherir sin menoscabo alguno para la fe a la opinión intermedia del evolucionismo moderado, tal como lo hizo entre otros, el sabio católico belga doctor Dorlodot, director del Instituto Geológico de la Universidad de Lovaina y quien representó a su Alma Mater en las fiestas del centenario Darwin celebradas en Cambridge. Permítasenos decir aquí con todo el respeto que nos merece su memoria, que tal vez el doctor David Lobo, Presidente de nuestra Academia de Medicina a la muerte de Hernández, no conociera sus *Elementos de Filosofía*, pues en su discurso, aunque abundante en elogios asienta rotundamente que Hernández no admitió transacción alguna entre la ciencia moderna y la revelación. No fué así por fortuna y precisa no dejarle arrebatarse este timbre, pues desde 1912, cuando apareció su libro, se anticipó a desmentir la imputación "hermanando —lo confiesa el propio doctor Lobo— por modo milagroso, los principios fundamentales de la filosofía, con las creencias religiosas y esencialmente espiritualistas que nutrieron su corazón desde la infancia".

La erudición de Hernández que no era sólo libresca, sino obtenida mediante un dominio cada vez más completo de las técnicas de laboratorio, hizo de él según lo apunta con justeza el escritor positivista doctor Diego Carbonell: "*el más amplio de nuestros filósofos naturalistas y el biólogo más ilustre de la Escuela de Caracas*"; pues, se puede escribir de Biología, se puede sostener hasta una ardiente polémica de filosofía biológica para echar sobre la arena del combate como un escudo de fe materialista o como una "profesión de fe monista", las teorías que en el mundo han sido, desde Empédocles hasta el naturalista de Jena: mas de esto a la sabiduría "experimental" de un biólogo hay considerable distancia; los primeros son los llamados *divulgadores*; aquéllos que volúmenes en mano, como el diccionario de *Don Perfecto*, fabrican volúmenes y enfáticamente establecen proposiciones. Los segundos, aquéllos que estudiaron la Biología en el propio "centro" de las ciencias biológicas; que saben distinguir las células orgánicas; han contemplado en ellas las figuras carioquinéticas y sorprendido con una paciencia visual admirable los pseudo-podos de una ameba o el cilindro-eje de una célula cortical, esos sí son biólogos; sabios que tienen una medida justa y prudente para apreciar el valor de los progresos científicos; que amando la ciencia no la exageran y perfeccionando la obra experimental no la confunden: a esa categoría de hombres selectos perteneció el doctor José Gregorio Hernández".

Fué con efecto, el auténtico hombre de ciencia, que a decir del Profesor Augusto Pi Suñer "debe estar desprovisto de todo prejuicio".

cio, de toda actividad proselitista, de todo *espíritu de propaganda*, de toda prevención metafísica; y como investigador debe separar cuidadosamente lo *conocido* de lo *desconocido*, lo que es cierto, *demonstrado*, de las hipótesis y de las teorías. Debe detenerse en los límites de la ciencia. Y en estas severas cuestiones —que se hicieron núcleo de vívidas disputas y que siguen dividiendo todavía a los sabios por consideraciones *extra-científicas*— discernir exactamente, lo conocido, *probado*, indiscutible, en lo presumido y que no es dable demostrar. Tanto más cuanto ni la física ni la química explican la vida. Las leyes biológicas abarcan más que las leyes físicas y la Biología posee su contenido de fenómenos propio y especial". Y al inaugurar el Instituto de *Medicina Experimental* el 28 de junio de 1940, declaró con entera justicia: "Venezuela ha tenido un *maestro de ciencia experimental*; ha tenido un *gran fisiólogo* mordido por la sagrada vocación: José Gregorio Hernández. Experimentó sobre animales, dió clases prácticas en su laboratorio de la Escuela de Medicina; hizo venir instrumentos del extranjero, *instrumentos que nos sirven todavía* y despertó el interés en algunos. Existen pues entre vosotros predecesores a quienes rendir tributo y en el solemne acto de hoy, quiero evocar su memoria con todo respeto".

El mismo Carbonell, cuya opinión es tanto más valiosa cuanto sus ideas giraban alrededor de un polo opuesto al pensamiento filosófico de Hernández, escribe refiriéndose al asunto en cuestión: "Cuando Razetti pretendió establecer en la Academia de Medicina, con argumentos de una dogmática científica incalificable, lo que él llamaba la legitimidad de la doctrina de la Descendencia, recibió de Hernández la respuesta más audaz, más filosófica y quizás *menos dogmática* desde el punto de vista de la ciencia": Hay dos opiniones para explicar la aparición de los seres en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista". Pero añadió sin embargo que "las Academias no deben adoptar como principio de doctrina ninguna *hipótesis*, porque enseña la Historia, que al proceder en tal forma lejos de favorecer, dificultan notablemente el adelantamiento de la Ciencia". Y el distinguido polígrafo continúa sus comentarios de esta suerte: "He allí dos actitudes a cual más brillante: menos dogmático que Razetti en su fe materialista, Hernández se ha desligado por un momento de su condición de católico para declarar que el Creacionismo es una opinión, lo mismo que el Evolucionismo, es decir: con su fe de cristiano ha mirado con recelo determinadas narraciones antiguo-testamentarias; y al mismo tiempo su pensamiento científico le asigna escasa importancia al *dogma haeckeliano* de los *Enigmas*. Su agilidad escolástica, por otra parte, no tiene igual entre los filósofos criollos y ha pensado que bien vale decir *opinión* y no otra cosa; pues la Filosofía estima la opinión como un juicio incierto, pero quien lo emite puede considerarlo más o menos probable. Una *opinión* no es una *doctrina*, diría Hernández. . . . Razetti se abstuvo de comentar

la respuesta del fisiólogo: procedió con prudencia, aunque debemos lamentar su silencio. . . . *Emblema blasonado del magisterio*, fué Hernández ejemplo perenne de lo que debe ser el maestro *venezolano responsable*, habituado a manejar las ideologías en un ambiente de apreciación ecuánime; y nunca transigió con las especulaciones de los falsos maestros".

Como biólogo de su tiempo, adepto fervoroso de los principios de Claudio Bernard y técnico formado en las rígidas disciplinas de las investigaciones embriológicas de Mathías Duval, no se adscribió el doctor Hernández a la escuela *fixista* de Cuvier para la cual "todos los seres fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado en que se encuentran hoy, con sus especies fijas, separadas e independientes las unas de las otras, sin que los siglos transcurridos las hayan modificado de manera notable y a lo más han hecho desaparecer algunas de ellas. Esta hipótesis —continúa diciendo Hernández— es *poco admitida* en la actualidad, porque no explica la formación de los seres ni sus relaciones de *una manera científica*. Sabemos que en el universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en el desarrollo de los astros y la formación de las diversas capas que constituyen la corteza terrestre. La segunda hipótesis es la teoría de la evolución universal, o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Hipótesis *mucho más admisible* desde el punto de vista científico, es decir que tomando en consideración los hechos observados hasta hoy, *explica mejor* el encadenamiento de los seres vivos que pueblan el mundo, su desarrollo embriológico, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos; y puede armonizarse perfectamente con la revelación". Y en páginas de sobria belleza artística y un denso contenido histórico y experimental, pone de acuerdo las más avanzadas conquistas de la cultura humana con la propia narración del Génesis. Era en suma, un *biólogo evolucionista*; "igual a la cátedra del enfermo prodigando su saber y su caridad, en la cátedra despidiendo rayos de luz, en el laboratorio descubriendo secretos para transmitirlos generosamente a sus discípulos o en coloquios con su Dios en la solemnidad del Santuario".

En su Encíclica del 30 de setiembre de 1943, sobre los *Estudios Bíblicos*, les exige el Papa Pío XII a los exégetas que "procuren discernir y conocer los géneros literarios empleados por los autores de la más remota antigüedad, pues sólo así se logrará una explicación sólida y científica de la narración bíblica, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia y capaz al mismo tiempo de satisfacer plenamente las legítimas conclusiones de las ciencias profanas". Y la *Comisión Bíblica* en carta de 16 de enero de 1948, dirigida al Cardenal Suhard, aplicando esos principios a los primeros capítulos del Génesis, escribe: "El deber primordial de la exégesis científica, consiste antes que todo, en el estudio atento de los problemas literarios,

científicos, culturales y religiosos en conexión con tales capítulos; luego debe procederse a examinar con minucia los sistemas literarios de los antiguos pueblos orientales, su psicología, sus formas de expresión y hasta las nociones que ellos tenían sobre la verdad histórica. Reunir en una palabra, sin prejuicios, todo el material de las ciencias paleontológica, histórica, epigráfica y literaria, para interpretar correctamente ciertos pasajes de los primeros capítulos del Génesis, ya que ellos relatan en lenguaje simple y *figurado*, adaptable a las inteligencias de una humanidad incipiente, verdades *fundamentales* y dan al propio tiempo descripciones *populares* de los orígenes del hombre". Con su interpretación de los versículos del Génesis, se adelantó Hernández a los sabios consejos de esos notables documentos que aparecieron respectivamente 31 y 36 años después de sus *Elementos de Filosofía*.

El estudiante —opina el ya citado doctor Jesús Rafael Rísquez— "que basó sus conocimientos en la recia disciplina de su maestro el eminente pedagogo y hombre de letras Guillermo Tell Villegas; que trasladado a otras escuelas cuyos Profesores eran supremo cenáculo de la Ciencia, supo absorber los postulados de la *nueva Medicina* y trasmitirlos a sus discípulos, tenía que ser un *consagrado científico*. Meditó en los planetas, soles y masas que llenan la inmensidad de los espacios siderales y encontró aquellos cuerpos que estudió en su Cosmología Racional. Trasladó sus consideraciones a la tierra y sus componentes, y halló en ella los mismos elementos en sus formas estáticas. Estudió estos mismos principios en las manifestaciones biológicas y los observó en los cambios interminables de la vida. Se asomó a los cristales del microscopio y *pasó años* en la contemplación del microcosmo. Por donde quiera sorprendió la energía y la materia en variadas e incesantes transformaciones. Pero él tenía que buscar más allá; y llevado por la razón y la fe —como dos alas— se fué elevando desde el mundo material, a través de los senderos de la Filosofía, de la Metafísica y de la Mística donde su espíritu terminó por sumergirse para siempre en el infinito de Dios".

Circunstancia muy curiosa: esta última actitud espiritual de Hernández, ofrece cierta similitud o analogía con la de un eminente corifeo del *positivismo científico* en Venezuela; el doctor Elías Toro, quien terminó su discurso de orden en nuestro Primer Congreso de Medicina, con estas elocuentes palabras: "Ha llegado a su apogeo el *concepto materialista* de la vida, que la Antropogenie auxiliada de la Prehistoria y de la Paleontología llevaron hasta la unidad de la descendencia *humana y simia*. Pero la inmanente relatividad de la ciencia, que es donde reside todo su poder de investigación, anuncia ya el resurgimiento de una *nueva onda espiritualista*, que proclamando la *bancarrota* de la ciencia en el descubrimiento de las causas finales, como si éste fuera su verdadero objeto, busca otra vez en las penumbras de la Metafísica, de la Teosofía y del Ocultismo, la

solución de los grandes enigmas del universo. Vuelve a nacer por Oriente, cuna del sol y de las religiones, la suprema interrogación al eterno Misterio”.

Conmovedor apóstrofe que nos recuerda también el cambio experimentado en su orientación ideológica, por otro insigne maestro, el doctor Guillermo Delgado Palacios, esforzado defensor para 1905, del *concepto materialista* de la vida; y quien al igual de Rafael Villavicencio procuró calmar después el escozor de sus dudas, con el baño sedante de la Teosofía!

Tales sucesos, gritos de angustia en una suerte de naufragio intelectual dan prestancia y sabor de actualidad a la filosófica admonición de Hernández, en cuya “amplia mente —lo atestigua su fraterno amigo el Profesor Santos Aníbal Domínici— nunca disintieron con escándalo, la fe y la ciencia”. Las Academias y demás corporaciones sabias, advirtió el doctor Hernández en 1905, “no deben adoptar como principio de doctrina ninguna *hipótesis*, porque enseña la Historia que al proceder en tal forma lejos de favorecer, dificultan notablemente el adelantamiento de la Ciencia”.

Nobles palabras, que revelan una completa ausencia de irreflexivos entusiasmos sectarios, en el ponderado mecanismo cerebral del biólogo-filósofo.

VII

EL OLVIDADO DESCUBRIMIENTO DE UN SABIO VENEZOLANO

Con natural interés he leído el artículo que bajo el mote de "Cómo se descubre, se contagia y se combate la Tuberculosis", apareció en una Revista Científica de Caracas. Y como el autor termina su disertación señalando el hecho de que "correspondió al médico español Luis Sayé, el honor de haber sido uno de los primeros en utilizar la radiografía en el estudio de la tuberculosis"; quiero, por simple concatenación de ideas y a pesar de que en el perpetuo devenir de la ciencia los métodos terapéuticos ensayados en esta enfermedad cambian, se modifican y transforman cada día, referirme a un trabajo presentado el 13 de junio de 1918 (cumpliéronse ya 35 años de la fecha) a la Academia Nacional de Medicina por el doctor José Gregorio Hernández, fundador de nuestra *Medicina Experimental*; y recabar para este sabio, entre otros títulos eximios, el mérito de haber sido el primero según lo atestiguó el doctor Luis Razetti en artículo que vió la luz en el *Nuevo Tiempo* de Bogotá el 15 de febrero de 1921, "*que empleó el aceite de chaulmoogra contra la tuberculosis humana*. Con este trabajo —continúa Razetti— el doctor Hernández anunció al mundo que el aceite de chaulmoogra (*Ginocardia odorata*), podía ser una droga curativa de la tuberculosis humana, y estableció su método fundado en experiencias rigurosamente científicas".

El estudio de Hernández, es tanto más digno de encomio, cuanto para esa época no se había difundido entre nosotros el valioso recurso de la radiografía y radioscopia con que pueden descubrirse lesiones pulmonares incipientes; y el médico venezolano basaba únicamente sus diagnósticos en investigaciones de laboratorio practicadas con su consumada habilidad técnica y sobre exámenes clínicos magistrales, dignos de un Laennec; pues "trabajando asiduamente durante años —nos informa su colega el doctor Manuel A. Fonseca.— afinó primorosamente sus sentidos y se hizo dueño absoluto de cada uno de los innumerables y delicados elementos que fa-

cilitan y aun permiten la observación, cuyo olvido o ignorancia son desastrosos a la cabecera del enfermo, y se encuadró entre los grandes lineamientos de un clínico esclarecido"; hasta adquirir, añade Domínicí "aquella autoridad médica que nadie discutía en Venezuela".

He aquí los memorables resultados a que después de una labor perseverante, "ejemplo del método experimental aplicado a la investigación", llegó el doctor Hernández, en su comunicación a la Academia:

"Aunque esta es una *Nota* preliminar, pues no hemos tenido el tiempo suficiente para un estudio definitivo, podemos sin embargo formular las siguientes conclusiones: 1ª El aceite de chaulmoogra mata el bacillus de Koch. 2ª Los enfermos tratados por las inyecciones de dicho aceite, no han sido perjudicados en modo alguno: antes por el contrario se ha notado en todos *mejoría del estado general: aumento del apetito, desaparición o disminución de la fiebre, y en algunos de ellos desaparición de todos los síntomas y del bacilo en los esputos.* 3ª Las pequeñas dosis de uno o dos centímetros cúbicos, separadas por largos intervalos parece obran mejor que las grandes de 5 a 6 centímetros cúbicos". A lo cual no obstante sus personalísimas ideas sobre la materia, comentó el Doctor Francisco A. Rísquez: "He oído con sumo interés el trabajo del doctor Hernández y lo felicito por haber *emprendido una obra* que puede lograr felices resultados, dada la *base científica* en que se apoya y las importantes conclusiones a que llega en su *experimentación*". Y el doctor Rafael González Rincones: "Entre las conjeturas a que da lugar esa acción de la *ginocardia odorata* que nos señala el ilustre doctor Hernández, hay una que viene pronto a la imaginación: tanto el cocotrix de Hansen como el esclerotix de Koch, tienen una cubierta de cera, soluble en xilol en caliente que los hace invulnerables contra las defensas celulares y humorales del organismo. Disuelta esa cera en un medio aceitoso, quizás los gérmenes sean más vulnerables. Y si hasta hoy la seroterapia ha sido impotente contra el bacilo encerrado en su cubierta, impermeable a los coloides humorales, quién sabe si podrán vencerlo al faltarle la coraza que lo defiende. Yo felicito sinceramente al autor de esta comunicación, pues el acopio de *datos experimentales* que nos presenta y las esperanzas que deja entrever la narración de *sus casos clínicos*, son más que suficientes para considerar este trabajo como *muy importante*".

El doctor L. Briceño Iragorrry actual Profesor de Bacteriología y Parasitología en la Universidad de Caracas y Miembro de la Academia de Medicina, considera el aludido estudio de Hernández, "*un modelo* de investigación científica; pues además del mérito de corresponderle la *primacía* de la *introducción* en el mundo científico, de dicho agente terapéutico en el tratamiento de la peste blanca, revela hasta la saciedad su espíritu *experimental*: una vez concebida la idea por semejanza con lo que pasa en la Lepra ensaya *in vitro*

la acción del aceite de la Ginocardia sobre el bacilo, hace luego la comprobación en el animal de experiencia y termina con su aplicación en casos humanos...."

Ahora bien: como José Gregorio Hernández fué un hombre de gran modestia, que realizó con fuerte voluntad, en el recato de su laboratorio y sin las estridencias publicitarias hoy tan en boga una labor personal de *investigación autóctona*. Como él estudio junto con sus discípulos —según lo dijo en la *Lección Inaugural*, su sucesor en la cátedra de Bacteriología— "*la mayor parte de los gérmenes morbosos en el país e hizo marchar la Escuela médica venezolana al unísono con las conquistas de la nueva ciencia*"; y en concepto del doctor Fonseca, puso sus excepcionales dotes "*al servicio de la finalidad suprema de la Medicina, que es la investigación y curación de las enfermedades para restaurar la salud y proteger la vida*"; como no fué uno de los tantos caciques montaraces que entorpecieron su acción civilizadora; como "*su obra científica fué inmensa*" y nunca cobijó con su prestigio social ni bajo "*la poderosa energía moral de su gran carácter*", propósitos o móviles inconfesables: por todo eso, pasado el natural estupor que produjo su muerte, y sacudió todas las fibras de la conciencia nacional, se pretendió forjar alrededor de su labor experimental y docente una suerte de *confabulación del silencio*: y el célebre trabajo sobre el nuevo agente terapéutico cayó tan en olvido, que las investigaciones efectuadas por el doctor Mac-Donal de la Estación Experimental de Honolulu con el aceite refinado de chaulmoogra en la tuberculosis y su resonancia en el mundo científico, hicieron que la pluma de Razetti volviese por los fueros de la justicia histórica con los elocuentes términos que siguen:

"La *prioridad* de este método de tratamiento corresponde pues, a nuestro nunca bien sentido compañero doctor José Gregorio Hernández, quien además de hombre de ciencia, fué un profesional honradísimo que procedió como lo ordena la *moral médica*: comunicó a nuestra Academia de Medicina su *descubrimiento* para que todos los médicos ensayasen su *método* en beneficio de los pacientes. El resultado de la honorable conducta del doctor Hernández en esta ocasión fué, que nuestros médicos han empleado y continúan usando el mismo agente con éxito satisfactorio. Si el doctor Hernández en vez de ser *lo que era*, hubiera sido un *industrial* de la Medicina, habría hecho de la droga un *preparado secreto* lanzándolo con algún nombre sonoro al mercado, rodeado de toda clase de reclamos mercantiles. Piénsese en el efecto que hubiera producido en Venezuela la noticia de que el *sabio* doctor José Gregorio Hernández poseía un remedio contra la tisis: no hubiera quedado un solo tuberculoso sin usarlo con la fe que inspiraba el *eminente profesor*. Seguramente hubieran ingresado al bolsillo del virtuoso médico *muchos miles de bolívares*: pero yo no hubiera podido pronunciar estas palabras ante su tumba: "nos deja un hermoso ejemplo de

cómo se puede ser sabio *sin presunción* y de cómo se logra conquistar la verdadera popularidad dentro de los límites estrictos de la honradez y de la virtud". Nobles frases que deberían ser tomadas en cuenta por cuantos levantan hoy la bandera del industrialismo médico en Venezuela!

A Hernández, de acuerdo con realizaciones incontrovertibles y que puntualiza en castizo estilo uno de nuestros más altos ingenios: "por su carácter, por su saber, por sus ejemplos, por sus virtudes, por la índole de sus investigaciones, por su actuación entera en el proceso evolutivo de la Medicina nacional, se le puede titular el *Pasteur de Venezuela*, que con clarísima visión y basado en los hechos, trajo, no paulatinamente sino casi de súbito, el progreso científico, mediante el triple poder de un equilibrio mental observador, de un genio adivinante, de una mano activa y ejecutora".

Las apreciaciones anteriores se ajustan con tal exactitud a la sucesión cronológica y escueta de *hechos* consumados, que sin recurrir a sobadas o redundantes retóricas, el tribunal imparcial de la Historia formuló ya su veredicto: "Todas las reformas a que dió lugar y vida el doctor José Gregorio Hernández con la fundación y progreso de sus cátedras, con lo que propiamente podemos llamar *su escuela*, donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia, han hecho cambiar ventajosamente los rumbos de nuestra Medicina, lo cual atestiguan los sabios académicos y profesionales cuyas mentes recogieron de él una gran provisión científica, en cuyas manos está hoy en Venezuela el arte de curar; y los jóvenes que se han distinguido en la exploración del mundo infinitamente pequeño, como buzos de la Parasitología tropical, declaran igualmente que deben a Hernández, a las lecciones directivas y a los *experimentos fundamentales* de él, todo el valor de sus propias iniciativas y labores".

Con efecto: al ser inaugurada oficialmente el 30 de setiembre de 1911, la cátedra de Anatomía Patológica —(cinco años justos atrás, Rafael Rangel seguía con humildad de sabio las directivas de Hernández en su estudio sobre "El Carbunclo bacteridiano en Venezuela")— por el doctor Felipe Guevara Rojas, discípulo también de Hernández, ya había recorrido éste una larga trayectoria *reformatora, experimental y docente* en el País: en 1893 expuso ante el Congreso Médico Panamericano en Washington sus ideas *originales* sobre la influencia del clima en el número de los glóbulos rojos, cuando "*las obras clásicas* de Fisiología no daban todavía ningún dato acerca de la acción que ejerce la latitud en la composición de la sangre humana"; y demostró asimismo que "en comparación con los datos venidos de Europa, el trópico disminuye la urea urinaria eliminada en las veinticuatro horas"; signo de gran alcance para valorar la acción fisiológica del *hígado tropical*. En 1894 —18 años antes de establecerse la correspondiente asignatura— dedicó Hernández

a la Facultad de Medicina de Madrid, el *primer estudio* anatomopatológico de la sangre palúdica en Venezuela y, en 1896 comenzó a instrumentar a Rangel para la experimentación. Descubrió a principios de 1909, como miembro de nuestra "Primera Comisión de Higiene Pública", *embrión* del actual Ministerio de Sanidad, el coco-bacilo de Kitasato y Yersin en los primeros enfermos que presentaron en Caracas síntomas de la Peste bubónica, y logró el 12 de octubre con sus constantes gestiones ante el Gobierno Nacional una erogación que le permitió encargar nuevos aparatos indispensables para el Laboratorio de la Universidad creado por él. Reemplazó este mismo año a su gran discípulo Rafael Rangel, como Director del Laboratorio del Hospital Vargas y emprendió trascendentales indagaciones sobre la Bilharzia cuya existencia en Venezuela acababa de negar nuestra Delegación a la 4ª Conferencia Sanitaria Panamericana reunida en Costa Rica.

Este trabajo que también destaca a Hernández como *descubridor* y lo sitúa al lado del ilustre investigador brasileño Pirajá Da Silva, fué seguido de sus estudios sobre "*La nefritis en la Fiebre Amarilla*" y la "*Histología-patológica de la Pulmonía*" que realizó como Director del Laboratorio del Hospital Vargas a mediados de 1910, casi dos años antes de la aparición de la cátedra de Anatomía Patológica. Envía al Rector el 23 de febrero de 1911 —Guevara Rojas regresó de Europa por enero de este año— su *Informe* sobre el estado del Laboratorio de Bacteriología, Histología y Fisiología de la Universidad Central, que considera "de lo más satisfactorio, pues los cursantes adquieren allí el conocimiento de dichas ciencias al propio tiempo que *salen prácticos en la técnica* de cada una de ellas"; y sugiere la conveniencia de introducir mejoras en el nuevo local del Instituto. Estimula al mismo tiempo a Benchetrit en el Laboratorio del Hospital Vargas, con valiosas directivas y sugerencias para que practicara de manera sistemática la autopsia a cuantos fallecían sospechosos de Bilharziosis; hasta que este distinguido discípulo de Hernández después de muchos fracasos, encuentra por fin los gérmenes adultos de la afección, machos y hembras, aislados o en cópula, en la vena porta de un enfermo muerto en el Hospital.

El propio Guevara Rojas siendo ya Rector de la Universidad, atraído por el impulso investigador de Hernández, se le asocia en sus indagaciones sobre la "*Anatomía Patológica de la Fiebre Amarilla*"; y a pesar de sus personales diferencias con la Academia de Medicina, lleva junto con su maestro al seno de la Corporación tan importante estudio, por el mes de marzo de 1912. Y si a su título de *Fundador de la Medicina Experimental* en Venezuela, y al hecho —antes señalado— de haber "anunciado por *primera vez* al mundo científico que el aceite de chaulmoogra podía ser una droga curativa de la tuberculosis humana", añadimos que según el doctor V. M. Ovalles, conforme a datos bibliográficos muy interesantes, fué Her-

nández quien fundó también "*la primera cátedra de Bacteriología en América*": tendremos un conjunto de *realizaciones históricas* que traspasan los límites de la Nación y dan relieve *continental* a la obra científica del sabio venezolano.

"Siempre tuve —dijo elocuentemente en el Senado de la República el doctor J. M. Espino— al doctor Hernández y lo consideramos los estudiantes de mi generación, como el *más sabio* de nuestros profesores o el más diversificadamente sabio, ya que no había materia o sujeto que directa o indirectamente se abordara en su clase, que el doctor Hernández no conociera perfectamente. Parecía como si al igual de Vargas que tan a menudo citaba, dedicase sus ratos de vagar a leer, releer y repasar todo su acervo de conocimientos desde la educación primaria hasta la superior; pues en el casillero de su memoria tenía siempre a mano la contestación más adecuada a toda cuestión científica que le propusiéramos, lo que hacía de él un árbitro inapelable en nuestras discusiones.... Otro aspecto de su enseñanza fué la exactitud en las descripciones: *ninguno de mis maestros* que yo recuerde, tuvo ese don tan excelente que revela, fuera de clara inteligencia, una penosa y larga disciplina para escoger la característica de cada materia, el rasgo peculiar de la enfermedad que iba a estudiar, condensándola en un número reducido de palabras. Sus *definiciones ejemplares* las conservamos a través de nuestros estudios posteriores como recurso de gran valor frente a los profesores de otras asignaturas.... Sus quilates morales y espirituales eran *notables*: estricto en la aplicación de lo que llamaba "las eternas leyes morales", nos decía que su deseo como el de Vargas no era otro, sino que de sus manos salieran *hombres honrados*, antes que médicos sabios. Era el hombre de *más carácter* que yo he conocido: de allí la exactitud de la vida religiosa, ciudadana y docente de aquel gran caballero, de ese *gran exponente* de la cultura venezolana".

Por último, cuando inauguró el 19 de diciembre de 1915 la nueva Escuela de Medicina, afirmó Guevara Rojas, como Ministro de Instrucción Pública: "La enseñanza en ella ha sido encomendada al saber y patriotismo de hombres que lograron la envidiable fortuna de acopiar *abundante* doctrina científica y *profunda* experiencia médica, y quienes más de una vez han refrendado con servicios *eminentes*, los títulos que tienen adquiridos al respeto y gratitud de sus conciudadanos".

Entre tales hombres se destacaba por una *envidiable* actuación histórica "en el proceso evolutivo de la Medicina Nacional", el Profesor de Bacteriología, Parasitología, Histología y Fisiología Experimental: su maestro el doctor José Gregorio Hernández.

VIII

CIENCIA Y PATRIOTISMO

(Leído en la Academia Nacional de Medicina).

Al finalizar su "Nota Preliminar sobre la Peste Boba y la Derrengadera de los Equídeos de los Llanos de Venezuela", dice Rafael Rangel: "Antes de terminar debemos consignar que no somos los primeros que hayamos observado el parásito de que hacemos referencia en esta Nota, como causa de la *peste boba* y la *derrengadera* de Venezuela. En 1898 llegó a nuestros oídos, cuando ocupábamos el cargo de Preparador del Laboratorio de la Universidad Central, que el Doctor Ignacio Oropeza, quien ejercía en Calabozo, había encontrado un parásito en la sangre de animales atacados de *Peste de Apure* y que él llamaba *hematozoario del paludismo del caballo*. Merced a esta creencia, él administraba altas dosis de quinina y de arsénico, siendo también uno de los primeros que usó estas drogas en casos de peste de las bestias. Probablemente el parásito observado por el doctor Oropeza, es el mismo que hoy describimos. La indiferencia y la desconfianza con que en nuestro país se miró aquel hecho por los entendidos en la materia, fué causa para que un médico venezolano, no llevara el honor de la prioridad, sobre el descubrimiento del tripanosoma en la América del Sur".

No hubo indiferencia ni desconfianza por parte del doctor José Gregorio Hernández, respecto al supuesto hematozoario del paludismo del caballo, señalado por el doctor Ignacio Oropeza, el cual, aunque domiciliado en Caracas, hacía frecuentes viajes a Calabozo donde ejerció siempre la profesión con la mayor filantropía, pues, de holgada fortuna, no tenía necesidad del trabajo diario y remunerador para ganarse la vida. Tanto él como sus familiares eran además, vecinos inmediatos, amigos íntimos y clientes del doctor Hernández, quien según me consta, por haberlo oído años más tarde de sus propios labios, sometió a un examen minucioso en el Laboratorio de Bacteriología, las preparaciones traídas de Calabozo, y tuvo fundados motivos para atribuir a simples errores de la técnica usada en la coloración de las láminas, las conclusiones a que había llegado

el doctor Oropeza. Errores perfectamente excusables, si se toman en consideración las deficiencias y limitaciones propias de la época y del medio en que le tocó actuar.

El doctor Oropeza, por otra parte, quedó tan persuadido de la validez de los argumentos de Hernández, que jamás intentó darle publicidad a un hallazgo, cuya divulgación habría tenido entonces, mayor resonancia en el mundo científico, de la que tuvo el descubrimiento de Rangel realizado 7 años después. Sabio y humano como era el doctor Hernández, guardó absoluto silencio sobre el hecho, para no herir siquiera con la más ligera sugerencia, la natural susceptibilidad de un colega amigo, o dañar la reputación de un médico distinguido como el doctor Oropeza. Ni aun la página de sus "*Elementos de Bacteriología*", donde encomia el estudio de Rangel, menciona con una sola sílaba, el incidente histórico.

Esto, por lo que atañe al doctor Hernández; pues no conozco cuál fué la participación que tuvieran en el caso, los demás *entendidos en la materia*, como en forma bien vaga por cierto, los designa Rangel en su exposición; fuera de que su actitud hipotética y dubitativa al decir, que "*probablemente* el parásito observado por el Doctor Oropeza, es el mismo que hoy describimos", despoja de todo fundamento serio la opinión caprichosa y un tanto arbitraria del autor.

Sólo la humildad reconocida de Rangel y su encendido venezolanismo, lo empujaron esta vez en uno de sus más jugosos trabajos, por el terreno resbaladizo de las conjeturas; él, que en la escuela de su maestro, se inició en el culto de la verdad desnuda, y aprendió a valorar las excelencias y rigores del método experimental.

Para José Gregorio Hernández en cambio, el patriotismo consistía principalmente en la probidad científica, que apartando cualquier otro género de consideraciones, debe ceñirse a la apreciación objetiva de los fenómenos, base de eficiencia técnica y de enhiesta autoridad profesional.

Su conducta se ajustó en este caso, como de costumbre, a la más exigente Deontología: convencer al compañero de su error sin trascendencia y guardar el secreto; no confiándolo ni al Preparador del Laboratorio, así fuera éste, el futuro progenitor de la Parasitología en Venezuela. Y, si más tarde tampoco rompió ese silencio ante las veladas alusiones del propio Rangel, fué por estar seguro de que ellas se cimentaban sobre meras *suposiciones*, extrañas al fondo tan rico en perspicaces atisbos, que comunican la durabilidad del granito, a esta producción de su *gran discípulo*.

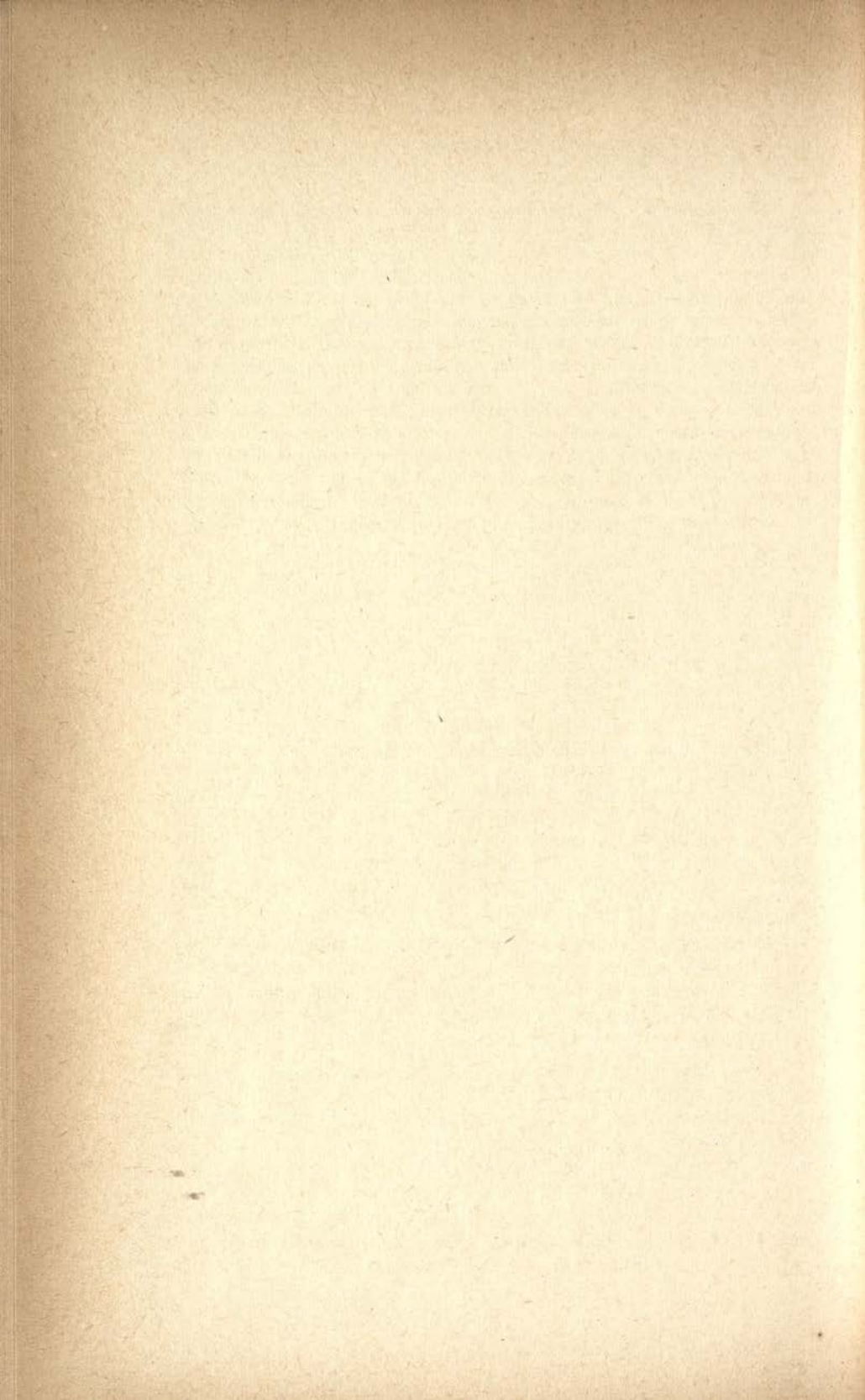
No se atribuya pues, a indiferencia ni desconfianza y mucho menos a falta de patriotismo lo que fué sólo en Hernández, expresión de señera integridad moral.

Post-Scriptum. Creer conforme se ha dicho, que el doctor Hernández no vió o no quiso ver nada en las preparaciones traídas de Calabozo, es una imputación gratuita y en completo desacuerdo con la bien conocida rectitud moral y científica del Maestro. La anotación consignada antes, de que el doctor Oropeza no dió notoriedad a un hallazgo cuya divulgación habría tenido mayor resonancia en el mundo científico de la que tuvo el descubrimiento de Rangel realizado 7 años después; indica cuán decisivos fueron en su ánimo los argumentos de Hernández, en el sentido de que las conclusiones a que había llegado el observador calabocense, se fundaban sobre simples errores cometidos durante la coloración de las láminas. En el caso opuesto, abrianse para el doctor Oropeza dos caminos diferentes pero con el mismo fin: dar a conocer el hecho en algún diario o revista, o elevar el asunto por vía de consulta, hasta la entonces más alta corporación doctrinaria del país en esas cuestiones: la "Sociedad de Médicos y Cirujanos" de Caracas; y estoy seguro de que Hernández, aunque enemigo de estridencias publicitarias hubiera obedecido en una u otra circunstancia a la voz de su deber como *Padre de la Bacteriología* en Venezuela, sacando a la luz razones de tal índole, que llevasen a conocimiento del bisoño investigador las excelencias y rigores del método experimental aplicado al estudio de los procesos mórbidos, en la época moderna. Y, si no mostró a Rangel las zarandeadas láminas, fué con el propósito —ya señalado— de no herir la natural susceptibilidad de un colega amigo, exponiendo a la crítica perspicaz de su discípulo, fallas o deficiencias de técnicas que eran para el Maestro elementales y aún rudimentarias en los menesteres de toda experimentación bien conducida; y de cuyo dominio no estaba eximido, en concepto de Hernández, ningún hombre de ciencia por más venezolano que fuese, hasta en resguardo del simple decoro de la cultura nacional. Por otra parte: cualquiera alusión menos equívoca o más categórica de Rangel, habría provocado también la réplica inmediata de su maestro.

El desencanto de Oropeza para continuar ese género de estudios tuvo su origen en que ilustrado e inteligente como era, dióse cuenta cabal de lo complejo de ciertas sutilezas de laboratorio, sólo asequibles tras una *espinosa labor de años* que excluye, desde luego, el ardor efímero de la *improvisación*.

Tal es la verdad escueta: y el *halo novelesco* con que se ha pretendido aureolar el acontecimiento, carece de todo valor probatorio como documento histórico o argumento científico, dignos de tomar en cuenta.





IX

SINOPSIS DE LA OBRA CIENTIFICA DEL DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ

La vida y la obra de este hombre no han menester del ditirambo ni de frondosidades retóricas para perpetuarse en la memoria de los pósteros; sino debemos por el contrario al estudiarlas como lo aconseja el doctor Manuel A. Fonseca, "dominar el espíritu de leyenda y copiar del natural, perfilándolo tal cual era, sin buscar enigmas ni rompecabezas; pues, lo que constituye su excelencia y da pábulo a la general admiración, es ver, como asume sin ambages, las condiciones de un prototipo de bondad, que solicitó por todos los rumbos el camino de la perfección, imbuído en el espíritu de sacrificio".

Año 1888. José Gregorio Hernández, distinguidísimo estudiante universitario, que logró siempre las más altas calificaciones y había seguido además un curso de Ciencias Naturales con el sabio Adolfo Ernst, obtuvo su grado de Doctor el 29 de junio en la Universidad Central; y a decir de un testigo presencial, el eminente escritor venezolano, doctor Pedro César Domínic: "La fama de ser el *primer estudiante de la Universidad*, hizo más solemne el acto, de modo que el gran Salón rebosaba ese día de estudiantes y curiosos. Hernández —quien más tarde aconsejó al Gobierno que enviase a mi hermano Santos a París, a estudiar en el Instituto Pasteur— sentado en aquella pequeña silla, turbadora y dramática para tantos, sonreía; y los cinco profesores en sus cómodas poltronas en semicírculo, frente al candidato, le interrogaban media hora cada uno, en las que el examinado podía tocar diferentes temas de los seis años del curso, entre catedráticos bastantes severos como Elías Rodríguez, Calixto González, Nicanor Guardia, Manuel María Ponte, Vaamonde Blesbois, Frías, Velásquez, Cardozo, Ruiz. Pero Hernández, dejó de ser examinando para convertirse en orador y con frecuencia el diálogo se transformaba en monólogo y el discípulo peroraba a voluntad. Al finalizar, los examinadores abrazaron al nuevo colega, y el Rector le otorgó el título con estas elogiosas palabras: "*Venezuela y la Medicina esperan mucho del Doctor José Gregorio Hernández*". Hubo algo anormal esa mañana, porque en general el Secretario hacía

salir al público, cerrando la puerta para reabrir la y proclamar luego el resultado; pero no fué cerrada la puerta, y el Secretario Doctor Vicente Guánchez, se limitó a gritar: "*Aprobado y Sobresaliente por unanimidad*".

Ejerce Hernández su profesión durante un año, en la provincia venezolana.

1889-1890. Es enviado a Europa el 31 de julio de 1889 por el Gobierno del doctor Rojas Paúl, a seguir en París y Berlín estudios especiales de Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental, logrando entre otros títulos muy honrosos, un certificado donde Mathías Duval, el *creador de la Embriología en Francia*, hace constar que el Doctor Hernández, había alcanzado bajo su dirección, en cursos teóricos y prácticos de Histología y Embriología, la talla "*de un técnico que me enorgullezco de haber formado*".

1891-1892. Reforma nuestros estudios médicos que al tenor de los documentos oficiales de la época se encontraban en estado de lamentable atraso y eran fundamentalmente *teóricos*.

Trae al país las ciencias que son la base de la Biología y moderniza la Medicina Nacional. Muestra el *primer microscopio* y enseña su manejo, sus empleos, su importancia para el conocimiento de las enfermedades propias del trópico. Hace conocer la teoría celular de Virchow, la estructura de la célula, de los tejidos orgánicos y estudia *por primera vez* entre nosotros los procesos embriológicos. Colora y cultiva los microbios *por vez primera en Venezuela* y crea así la parte verdaderamente científica de la *Etiología* de nuestras entidades morbosas. Practica las *primeras vivisecciones* y funda con ellas nuestra *Medicina Experimental*. Inicia la investigación biológica *autóctona* con sus trabajos en el laboratorio que trajo de Europa, "copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París". Asocia el Laboratorio a la clínica en el examen de sus enfermos y realiza los *primeros diagnósticos científicos en Venezuela*; fué por lo tanto el verdadero *Precursor* de los estudios laboratoristas en el País. Es tal la transformación operada con los nuevos métodos en la enseñanza universitaria, que a decir del venerable autor de *Venezuela Heróica*, en su Memoria como Ministro de Instrucción Pública al Congreso de 1892, Hernández enseña a la juventud estudiosa de su patria "*a evitar las abstracciones puramente imaginativas y la acosumbra a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida; siendo muestra espléndida de ello, la asiduidad con que los alumnos de todos los bienes de Medicina se agrupan en torno de la nueva cátedra, a recoger los preceptos de una verdadera enseñanza y la constancia y entusiasmo con que se dedican a estos laboriosos estudios*".

1893. Se publica en la Gaceta Médica un resumen de sus lecciones, y al correr de las mismas —escribe Jesús Rafael Rísquez—

y "de la aplicación práctica que hacía de ellas, el doctor Hernández se sitúa en el *nuevo campo experimental* y de aquí surge el *investigador científico*, al comparar los resultados que aprendió en libros y obtuvo en las escuelas europeas, con los que iba *descubriendo* en nuestro medio.

Cuando enseña a sus discípulos el cálculo en la cuadrícula microscópica de un hematímetro, verifica muchas veces el recuento de los glóbulos rojos en personas en perfecto estado de salud y como conclusión expone sus ideas no sólo ante aquéllos, sino también las lleva al *Congreso Médico Panamericano* reunido este año en Washington. Porque para esa época las *obras clásicas* de Fisiología no daban ningún dato sobre la influencia que ejerce la latitud, en el número de los glóbulos rojos de la sangre humana.

Además, continúa sus investigaciones sobre la urea urinaria eliminada en veinticuatro horas en los habitantes de Caracas, y la encuentra también disminuida en comparación con los datos venidos de Europa, signo de gran alcance para valorar la acción fisiológica del *hígado tropical*. El 15 de octubre de 1893, ajustándose a la estricta realidad histórica, asienta el doctor Luis Razetti en la "Gaceta Médica": "Es de justicia consignar aquí que la *única cátedra bien dotada* que posee la Universidad de Caracas es la de Fisiología Experimental y Bacteriología, con su *buen laboratorio montado al estilo europeo*. Este *notable progreso* lo debemos a los esfuerzos de uno de nuestros más ilustres maestros, el doctor Calixto González, quien obtuvo del Gobierno del doctor Rojas Paúl, la creación de esta asignatura, y fué enviado a París a hacer estudios especiales de dichas materias, un joven de grandes méritos, el doctor José Gregorio Hernández, que hoy está al frente de la Cátedra".

1894-1896. Continúa su benéfica reforma docente y experimental. Emprende la formación técnica de *Rafael Rangel*, quien por siete años consecutivos, hasta el primero de abril de 1903, ejerció las funciones de Preparador de los trabajos prácticos de las cátedras de Bacteriología e Histología, donde "bajo la dirección personal de José Gregorio Hernández se adiestró para la experimentación y adquirió aquella competencia que lo llevó más tarde a fundar los estudios de Parasitología Nacional"; y continuaba en el mismo cargo un año después de haber creado el Laboratorio del Hospital Vargas. El 15 de febrero de 1894, publica Hernández un notable trabajo sobre "La angina de pecho de origen palúdico" dedicado a la Facultad de Medicina de Madrid y donde el autor hace *por primera vez en nuestro país*, el estudio histo-patológico de la sangre, en enfermos víctimas del paludismo; implantando y siguiendo con todo rigor las *normas experimentales* que han dado lustre a la investigación científica autóctona, y extiende sus pesquisas a "la mayor parte de *nuestros gérmenes bacterianos*".

1897. Prosigue aquella ingente actividad científica y profesional que —afirma Domínicí— le valió en todas las clases sociales una autoridad médica que *nadie discutía*. Como aplicación práctica de sus lecciones, según se ve en las páginas de *Elementos de Bacteriología*, y pudieron oírlo de labios de Rafael Rangel cuantos frecuentaban el Laboratorio del Hospital Vargas, efectuaba el doctor Hernández con fines docentes, a partir de 1896, en pacientes de su clientela privada, la Sero-Reacción de Widal; aumentando así el número de sus *diagnósticos científicos*, y uniendo sus esfuerzos a los de otros meritorios maestros en la discriminación etiológica de "*Las Fiebres de Caracas*".

1898. Somete a un examen crítico minucioso, en su Laboratorio de Bacteriología, preparaciones de sangre de caballos atacados de *Peste de Apure*, traídas de Calabozo por su amigo el doctor Ignacio Oropeza; y concluye que los resultados a que había llegado este investigador respecto a un supuesto "*hematozoario del paludismo del caballo*", se cimentaban sobre simples errores cometidos en la técnica usada para la coloración de las láminas.

Errores perfectamente excusables, si se toman en consideración las deficiencias y limitaciones propias de la época y del medio en que le tocó actuar. Oropeza, por otra parte, quedó tan persuadido de la validez de los argumentos esgrimidos por un especialista como Hernández, que ni siquiera se resolvió a publicar su trabajo.

1899-1904. Asesora a Rangel con directivas de inestimable valor —según propia confesión de éste— para su estudio acerca de las "*Teorías del sistema nervioso*", que publicó el año de 1901 en los "*Anales de la Universidad Central*", fundado sobre preparaciones que no le iban en zaga a las del mismo Ramón y Cajal y en las cuales el discípulo realizaba la técnica histológica que con fructuoso y persistente esfuerzo había logrado asimilar durante las lecciones prácticas de Hernández. También lo dirige en sus investigaciones de Hematología normal y patológica, precursoras de la célebre comunicación al "*Colegio de Médicos*", relativa a la "*Etiología de ciertas anemias graves de Venezuela*". Hernández en opinión del ilustrado escritor Víctor M. Ovalles "*le enseñó Bacteriología e Histología a Rangel*", y según el doctor Enrique Tejera, fué quien le inculcó el método experimental "*en su diario contacto en el Laboratorio*". Constituye en 1902, junto con otros profesores universitarios el núcleo fundador del *Colegio de Médicos de Venezuela*; y en 1904 ocupa el Sillón N° XXVIII, como Miembro fundador de la *Academia Nacional de Medicina*.

1905. Con motivo de la discusión suscitada en el seno de la misma Corporación, sobre la legitimidad científica de la doctrina de la Descendencia, el escritor *positivista* Diego Carbonell, quien consideraba a Hernández como el *biólogo más ilustre* de la escuela de Caracas,

el más *sagaz* de los maestros y el más *pedagogo* de los profesores anota: "Cuando Razetti pretendió establecer con argumentos de una dogmática científica incalificable, lo que él llamaba la legitimidad de la doctrina de la Descendencia, recibió de Hernández la respuesta más audaz, más filosófica y quizás menos dogmática desde el punto de vista de la ciencia: "Hay dos *opiniones* para explicar la aparición de los seres en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista". Pero añadió sin embargo que "Las Academias no deben adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la Historia, que al proceder en tal forma lejos de favorecer, dificultan notablemente el adelantamiento de la ciencia". Una opinión —continúa el distinguido polígrafo— "no es una *doctrina*, diría Hernández, sino un juicio incierto que puede considerarse como más o menos probable. Razetti se abstuvo de comentar la respuesta del fisiólogo; procedió con prudencia, aunque debemos lamentar su silencio". Por lo demás el doctor Hernández, según lo expuso categóricamente en diversas oportunidades, era un *biólogo evolucionista*. Recibe la Medalla de Honor de la Instrucción Pública.

1906-1908. Publica "*Elementos de Bacteriología*" prodigio de claridad y concisión, obra eminentemente didáctica sobre la cual escribe el propio Carbonell: "Hernández ha sintetizado en este volumen sus lecciones de Bacteriología. En sus páginas sienten sus discípulos la presencia de un alma magisterial, ya que allí está dicho cuanto el Maestro expone en su cátedra universitaria, donde sólo añade los nuevos triunfos de la ciencia. Pero a pesar de todo el texto resulta innecesario para los cursantes, porque quien esté atento durante la hora de la lección de Hernández, no necesita consultar libros, pues el profesor sabe despertar la atención de sus discípulos y nunca ha sido narcótico para sus cerebros tropicales". Obtiene el año de 1906, su jubilación como Profesor universitario; y de nuevo es consultado por Rangel con motivo del trabajo sobre "El Carbunco Bacteridiano en Venezuela" sometiéndose el discípulo, con humildad de sabio, a las directivas de su maestro en la solución de un problema de tan enorme trascendencia para nuestra Higiene pública y Profilaxis Social. Al dirigirse en 1908, a la Cartuja de Farneta, escribió el doctor Luis Rafael Razetti: "La Universidad de Caracas, lamenta la separación del doctor Hernández, profesor ilustrado que tuvo la *gran gloria* de fundar en ella los estudios experimentales de Histología, Bacteriología y de Fisiología, ciencias que profesó *con singular competencia y rarísima consagración*".

1909. Descubre como miembro fundador de nuestra primera "Comisión de Higiene Pública", *embrión* del actual Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, la presencia del *bacillus pestis* de Kitasato y Yersin en los primeros pacientes atacados de peste bubónica en Caracas. Introduce mejoras en el Laboratorio de Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental, que desde su fundación

por Hernández había sido descuidado por el Gobierno Nacional y “no recibía —dice el Ministro de Instrucción Pública de la época— *“la atención que por su importancia merece; y ello es tanto más de sentirse cuanto que como generalmente se reconoce, los estudios médicos de nuestra Universidad Central, están a la cabeza del movimiento científico del país”*. Es de advertir, que en tiempos tumultuarios y de guerra civil, Hernández sin ninguna remuneración oficial, sostenía de su peculio los gastos del Laboratorio y con abnegación ejemplar, continuaba iniciando a la juventud en los misterios biológicos, mientras afuera los espíritus se quemaban en la llama de los odios sectarios y disipaban en locas aventuras, el acervo heroico de la raza. Reemplaza como Director del Laboratorio del Hospital Vargas, a su *gran discípulo* Rafael Rangel y mantiene con ilustrados consejos y sugerencias el ímpetu investigador que despertó el malogrado sabio trujillano, prolongando además con pesquisas trascendentes para la ciencia vernácula, la obra tan original y fecunda de su antiguo Preparador en el Laboratorio de la Universidad Central.

1910. Publica su estudio “De la Bilharziosis en Caracas”, que vino a ampliar y profundizar las Tesis doctorales de Víctor Raúl Soto e Inocente Carvallo, aparecidas en 1906 y 1908 respectivamente. Este trabajo de Hernández, según el doctor Santos A. Domínicí “es el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infición entre nosotros”, pues vió la luz cuando la presencia de la enfermedad en el cuadro nosográfico venezolano, era negada por los representantes del país en la 4ª Conferencia Sanitaria Internacional reunida en Costa Rica. “Un mes y medio más tarde —informa la *Comisión de Patología Médica* de la Academia Nacional de Medicina— el doctor José Gregorio Hernández publica su estudio y *asienta y demuestra* la frecuencia de esta enfermedad entre nosotros”. Y el doctor L. Briceño Iragorry, Profesor de Bacteriología y Parasitología en la Universidad de Caracas, afirma que el trabajo de Hernández “fuera de llamar la atención por primera vez acerca de la importancia de la enfermedad en nuestro medio, lo destaca como *descubridor*, pues propone casi al mismo tiempo que Pirajá Da Silva en el Brasil, el nombre de *americanum* para la especie en cuestión, seguro de haber observado algunas diferencias con las descripciones que de los huevos se conocían entonces; y es bajo su dirección, como uno de sus discípulos descubre años más tarde, el vermes adulto”. Igualmente estudia Hernández en el curso de este año y en el mismo Laboratorio del Hospital Vargas, “La nefritis de la fiebre amarilla”.

1911. Envía al Rector de la Universidad Central, su “Informe” de 23 de febrero, según el cual “El estado del Laboratorio de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental a mi cargo, después de la dotación que se sirvió hacerle el Presidente de la República, es de lo más satisfactorio, de manera que los cursantes adquieren

el conocimiento de las Ciencias arriba nombradas, al mismo tiempo que *salen prácticos en la técnica* propia de cada una de ellas. Mas como está para terminarse el nuevo local en que ha de funcionar dicho Laboratorio, manifiesto al ciudadano Rector la necesidad que tendremos en aquél, de tres mesas, un estante y dos jaulas para los animales de los experimentos, lo cual puede construirse fácilmente en la "Escuela de Artes y Oficios"; asimismo le ruego vea si puede lograr que uno de los jóvenes de servicio de la Universidad se dedique al cuido del Laboratorio y nos ayude durante los experimentos que se practican en el curso de la enseñanza técnica". (No se colubraba todavía entre las brumas del porvenir la era opulenta y corruptora del Petróleo)! Por insistencia suya encuentra Benchetrit, la primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos de la Bilharzia, machos y hembras, aislados o en cópula, en la vena porta de un enfermo autopsiado por él, en el Hospital Vargas. Y el distinguido médico ahora hoy, en la académica ciudad de Bogotá: "La grata memoria del inolvidable maestro doctor Hernández, a quien recuerdo todos los días con el mayor cariño, por sus admirables enseñanzas. Tuve la fortuna de ser su discípulo y pude apreciar, no sólo sus vastos conocimientos en *todas las ramas de la Medicina*, sino sus grandes dotes de *admirable pedagogo*, y sus desvelos para que sus múltiples discípulos aprovecháramos siquiera una mínima parte de lo que él se esforzaba en enseñarnos". Explora Hernández la *Histología patológica de la pulmonía*"; y en *Nota Oficial* de este mismo año al Ministro de Instrucción Pública, el Rector de la Universidad Central doctor Alejo Zuloaga, elogia "el *Informe del Doctor José Gregorio Hernández*, por la *sabiduría* del plan que expone, adoptado por él para su Cátedra, así como por otros detalles que lo avaloran. El Doctor Hernández es el *Fundador* de la Microbiología en Venezuela; su regularidad y consagración al servicio de su Cátedra como a *todos sus deberes* es absoluta, y bien podría aplicársele lo que Enrique Heine dijo del filósofo Kant: "No creo que el gran reloj de la Catedral haya desempeñado su tarea visible, con más exactitud que este compatriota". Hernández, es una demostración viviente de cómo la ciencia y la fe, según la bella expresión de Lisandro Ruedas, pueden guardar una íntima y armoniosa correspondencia, como los rayos de un mismo foco, como los pétalos de una misma flor, como las cuerdas de una misma lira".

1912-1916. Presenta a la Academia de Medicina en colaboración con su ilustre discípulo Felipe Guevara Rojas, fundador de la cátedra de Anatomía Patológica, un "*Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla*", donde Hernández indaga *por primera vez* en Venezuela y conforme a disciplinas rigurosamente experimentales, las lesiones histo-patológicas del vómito negro. El *Informe* que sobre este estudio rindió ante la Academia, la "*Comisión de Patología Médica*", constituida por esclarecidos Profesores veteranos de nuestra *Piretología*, concluye así: "Trabajos como el de los doc-

tores Hernández y Guevara Rojas, obras de observación y sobre todo, labor *nacional* y *personal*, que se aleje de la sumisión a hechos y doctrinas consagradas y huya de las cadenas del *magister dixit*, con las cuales se estrangula el pensamiento, merecen el aplauso y estímulo de esta Corporación; y nosotros, los de la *Comisión de Patología Médica*, se los tributamos sin otras reservas, que las de guardar los más entusiastas para el día no lejano, según parece, en que desde la *Escuela de Caracas*, se diga al mundo científico, que fué aquí donde se descubrió la explicación anatómica y patogénica y se encontró y demostró la característica histológica del "*Tifus icterodes*". Dicho estudio es otra valiosa contribución de Hernández al esclarecimiento de un capítulo importantísimo de Patología tropical. Publica también en 1912, sus "*Elementos de Filosofía*" cuya aparición fué saludada por el doctor Arturo Ayala, Presidente de la misma Academia, con estas significativas palabras: "Preciso es convenir que nuestro benemérito colega doctor José Gregorio Hernández, posee entre múltiples cualidades el raro don de sorprendernos. Cuando lo suponíamos con la vista fija en la lente del microscopio para arrancarle los signos característicos de *nuestras entidades patológicas*, le vemos ascender con majestuoso vuelo, a las serenas regiones de la Filosofía; y en sintético lenguaje, con independencia de criterio que le honra y revela al hombre de ciencia, aborda los más abstrusos problemas filosóficos". Como Profesor de Bacteriología, Parasitología, Histología y Fisiología Experimental, cátedras que *fundó* y *regentó* con brillo hasta el día de su muerte, contribuyó a formar —según lo dijo el Ministro de Instrucción Pública el 19 de diciembre de 1915— "el núcleo de origen" de la nueva *Escuela de Medicina* de Caracas.

1917. Hace viaje especial a los Estados Unidos y Europa para completar estudios de *Embriología e Histología* de que planeaba también textos de enseñanza; y lo poco que sobre el particular dejó escrito, justifica plenamente la opinión del doctor Carbonell, según la cual: "Hernández perteneció a la categoría de los *verdaderos biólogos*: hombres de sabiduría *experimental* que tienen una medida justa y prudente para apreciar el valor de los progresos científicos; que amando la ciencia no la exageran y perfeccionando la obra experimental, no la confunden; sino estudian la Biología en el propio "centro" de las ciencias biológicas; saben distinguir las células orgánicas; han contemplado en ellas las figuras carioquinéticas y sorprendido con una paciencia visual admirable los *pseudópodos* de una amiba o el cilindro eje de una célula cortical. A esa categoría de hombres selectos, perteneció José Gregorio Hernández". Desgraciadamente (informa su biógrafo), la guerra mundial le impidió pasar de Madrid —donde entró en personales relaciones amistosas con Ramón y Cajal— pues él pretendía llegar a París y Berlín, para efectuar ciertos experimentos en laboratorios que le eran conocidos. Por eso regresó a Norte América, ocupándose con

energía en la Columbian University y otros institutos similares, con estudios teóricos y prácticos de asuntos que le interesaban especialmente: entre otros, el empleo de la Chaulmoogra como específico de la tuberculosis.

1918. Presenta a la Academia de Medicina su estudio sobre "Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra", selectísimo trabajo que el doctor L. Briceño Iragorry, considera "*un modelo de investigación científica*, pues además del mérito de corresponderle la *primacía de la introducción en el mundo científico*, de dicho agente terapéutico en el tratamiento de la peste blanca, revela hasta la saciedad su espíritu *experimental*: una vez concebida la idea por semejanza con lo que pasa en la Lepra, ensaya *in vitro* la acción del aceite de la Ginocardia sobre el bacilo; hace luego la comprobación en el animal de experiencia y termina con su aplicación en casos humanos". Entre los elogios que se le prodigaron en el seno de la docta Corporación, merecen citarse las frases del notable fisiólogo doctor Francisco A. Rísquez: "He oído con sumo interés el trabajo del doctor Hernández y lo felicito por haber emprendido una obra que puede lograr felices resultados, *dada la base científica* en que se apoya y las importantes conclusiones a que llega en su *experimentación*". Y el doctor Rafael González Rincones añadió este jugoso comentario: "Entre las conjeturas a que da lugar esa acción del aceite de la *ginocardia odorata* que nos señala el ilustre doctor Hernández, hay una que viene pronto a la imaginación. Tanto el cocotrix de Hansen como el esclerotix de Koch, tienen una cubierta de cera soluble en xilol en caliente que los hace invulnerables contra las defensas celulares y humorales del organismo. Disuelta esa cera en un medio aceitoso quizás los gérmenes sean más vulnerables. Y si hasta hoy la seroterapia ha sido impotente contra el bacilo encerrado en su cubierta, impermeable a los coloides humorales, quien sabe si podrán vencerlo al faltarle la coraza que lo defiende. Yo felicito sinceramente al autor de esta comunicación, pues el acopio de *datos experimentales* que nos presenta y las esperanzas que deja entrever la narración de sus *casos clínicos*, son más que suficientes para considerar este trabajo como muy importante".

Pocos meses antes de su trágica muerte, se destaca más si cabe, la ubicuidad y trascendencia de la acción científica, filantrópica y social, del doctor Hernández, con motivo de la terrible epidemia que azotó a Caracas en las postrimerías de este año.

Bajo su sombra —anota el varias veces citado profesor L. Briceño Iragorry— "se han hecho gran número de trabajos que han aclarado multitud de problemas de *Medicina Nacional*. Con la introducción de técnicas nuevas, de *nociones fundamentales* en los conceptos etiopatogénicos, el aporte del microscopio y la ayuda de la Bacteriología, abrió nuevo campo a nuestras ciencias médicas.

Hernández es el *Fundador* de nuestra Medicina contemporánea y logró cambios radicales y profundos en los métodos de investigar los procesos morbosos. Su obra científica *fué inmensa* y sus trabajos, *ejemplos del método experimental* aplicado a la investigación. Nuevo Teseo rompió las cadenas que mantenían atadas nuestras ciencias médicas al *empirismo* y *oscurantismo* y supo llevar la bitácora que guiaba a las jóvenes generaciones. Marcó la *ruta-rumbo* y las *marchas* extrañas, no pudieron influir en la orientación de su *aguja*".

La Asamblea Nacional Constituyente, en sesión del 31 de mayo de 1947, dió el nombre de José Gregorio Hernández, al *Instituto de Medicina Experimental* de Caracas, como un homenaje de justicia histórica al sabio que fundó en Venezuela, esa importantísima rama de la Medicina científica moderna.

El erudito escritor científico, doctor V. M. Ovalles, de acuerdo con datos bibliográficos muy interesantes asienta, que el "*Fundador de la primera cátedra de Bacteriología en América*" *fué* José Gregorio Hernández, cuyo biógrafo a su turno escribe: "Por su carácter, por su saber, por sus ejemplos, por sus virtudes, por la índole de sus investigaciones, por su actuación entera en el proceso evolutivo de la Medicina Nacional, se le puede titular el *Pasteur de Venezuela*, que, con clarísima visión, y basado en los hechos, trajo, no paulatinamente sino casi de súbito, el progreso científico, mediante el triple poder de un equilibrio mental observador, de un genio advinante, de una mano activa y ejecutora".

Además: el hecho de haber fundado Hernández la *primera* cátedra de Bacteriología en América y la *Medicina Experimental* en Venezuela; de haber expuesto en 1893, ante el Congreso Médico Panamericano de Washington sus ideas *originales* sobre la influencia del clima en el número de los glóbulos rojos, cuando "*las obras clásicas* de Fisiología no daban ningún dato acerca de la acción que ejerce la latitud en la composición de la sangre humana"; por haber demostrado también que en "comparación con los datos venidos de Europa, el trópico disminuye la urea urinaria eliminada en las veinticuatro horas", y creado por lo tanto un signo de gran alcance para valorar la acción fisiológica del *hígado tropical*; por haber dedicado a la Facultad de Medicina de Madrid, el *primer* estudio anatómo-patológico de la sangre palúdica hecho en Venezuela, y traído de Europa —en concepto de Domínguez— "un tesoro de experiencia técnica y clínica *sólo comparable* con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introducido al campo de nuestra Medicina un *radiante foco* que iluminó muchos *ángulos sombríos* de la práctica profesional". La circunstancia que lo *destaca* como *descubridor* de haber propuesto casi al mismo tiempo que Pirijá Da Silva en el Brasil, el nombre de "*americanun* para el agente de nuestra *Bilharziosis*" y llamado la atención en contra del criterio reinante, acerca de la importancia de la enfermedad

en nuestro medio. Sus estudios sobre la nefritis y la histología patológica de la *Fiebre Amarilla*, conforme a disciplinas rigurosamente científicas, y que son otro aporte de Hernández para desbrozar un sector tan enmarañado de la Patología tropical. Su trabajo sobre la aplicación del aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana, "modelo de investigación experimental y que le dió la *primacía* en el mundo científico, de la introducción de esa droga, en el tratamiento de la peste blanca": son *realizaciones históricas* que traspasan los límites de la Nación y dan un relieve *continental* a la obra científica de José Gregorio Hernández, cuyo nombre —dice Núñez Ponte— "colocamos sin titubeo, entre los valores más puros de la raza".

No obstante sus indiscutibles méritos en otras ramas de la actividad científica, que iniciaron respectivamente por los años de 1869 y 1871, no tuvieron Adolfo Ernst ni Vicente Marcano resonancia preponderante en la evolución de nuestros estudios médicos, los cuales, según lo dijo el Gobierno ilustre del doctor Rojas Paúl en la histórica Resolución del 31 de julio de 1889, por la que envió a Europa a José Gregorio Hernández a cursar teórica y prácticamente las especialidades de *Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental*: se encontraban —20 años después de la aparición en nuestros fastos, de los dos sabios antes nombrados— en estado de *lamentable atraso* y eran puramente *teóricos*.

En efecto: a la obra civilizadora y docente de Vicente Marcano, ingeniero especializado en química, se opusieron por desgracia las dolorosas circunstancias sociales y políticas de su época, pues aunque formó en 1871 un laboratorio destinado al análisis de química industrial, conforme lo afirma su hermano Gaspar, "no solamente acudió nadie al laboratorio, sino que los más lo acogieron con frialdad o desconfianza, y los diez discípulos que logró reunir para el 7 de agosto, día en que principiaron sus lecciones, se redujeron a tres antes de terminar el mes"; y aun la cátedra de Economía rural decretada por Andueza Palacio en noviembre de 1890, tampoco fué regentada por Marcano, quien el 25 del mismo mes escribe: "A esta fecha no he empezado mis lecciones, porque el Gobierno no ha podido hacer gastos de bancos y una mesa". Los meses de 1891, lo sorprendieron en la misma expectativa; y si al fin logró que el Gobierno decretara el 10 de diciembre de este año un Laboratorio Municipal, el doctor Laureano Villanueva le propuso que con el objeto de fundar una escuela de agricultura se fuese con él a Valencia, donde murió.

Adolfo Ernst, quien continuó los estudios de herborización, de Vargas y además de ser etnólogo, botánico y zoólogo, organizó el Museo de Historia Natural, dando a conocer entre nosotros las teorías de Darwin, tampoco fué médico, y su influencia en el progreso de la enseñan-

za de la Medicina vernácula resultó, como era de esperarse, bastante exigua. Y, por lo que respecta a Rafael Villavicencio, divulgador en Venezuela de la filosofía positivista de Augusto Comte, me limitaré a copiar sus elocuentes frases consignadas en el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*: "Creemos oportuno dejar establecido por otra parte, que los que aseguran que la doctrina evolucionista es contraria a los principios de la filosofía espiritualista, están en un error capital, nacido de la confusión que se hace entre la naturaleza de ambos problemas. Puede en efecto, un individuo ser al mismo tiempo, y sin faltar a la lógica y a la unidad de sus creencias, partidario de la *doctrina de la evolución* y eminentemente *espiritualista*, ya que la naturaleza de ambos problemas es distinta: el transformismo es una cuestión biológica; el materialismo y el espiritualismo son una cuestión filosófica. Tan *acto de fe* es creer que la materia es eterna como asegurar que ha sido creada de la nada, porque una y otra creencia son *indemostrables* y nos ponen en presencia de dificultades insolubles para nuestra inteligencia. No queremos dejar pasar la ocasión sin decir que, sea por la naturaleza de nuestro espíritu o por la forma de nuestra educación, o por ambas, *creemos* que el Universo es la manifestación de un *Poder Supremo* incomprendible; o sirviéndonos de la fórmula de Spencer, que el espíritu y la materia son dos aspectos bajo los cuales se nos ofrece la *realidad desconocida*. Diremos con William Hamilton, que "una *revelación* maravillosa nos inspira la creencia en la existencia de algo incondicionado superior a la esfera de toda realidad comprensible".

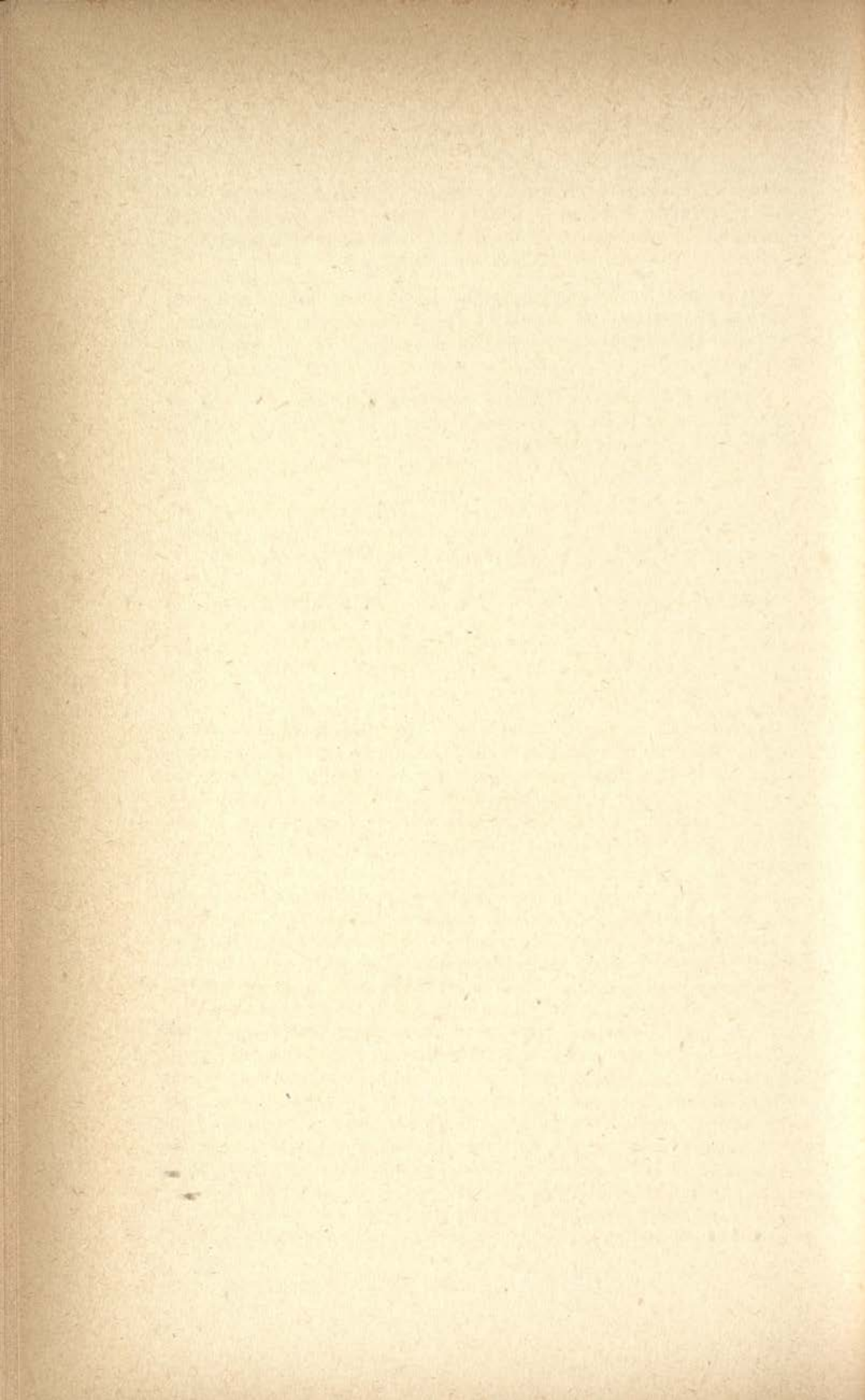
Esto indujo a José Gregorio Hernández que era biólogo de "*saliduría experimental*", a observar: "Se mezclan a menudo dos problemas absolutamente distintos: el origen teórico de la vida que es una cuestión abstracta, y el origen *histórico* de los seres vivos que sólo puede resolverse por el método analítico con el criterio testimonial. En la época de su aparición en el mundo no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble y en el estado actual de la cultura humana, científicamente insoluble. Pero si no es posible saber dicho origen de manera cierta, pueden idearse en cambio algunas hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Si la teoría de la evolución universal, tomando en consideración los hechos observados hasta hoy, es *mucho más admisible* desde el punto de vista científico y *explica mejor* el encadenamiento de los seres vivos que pueblan el mundo, su desarrollo embriológico, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos, puede también armonizarse perfectamente con la *revelación*".

Por ello, cuando en su carácter de Ministro de Instrucción Pública, inauguró el 19 de diciembre de 1915, la nueva Escuela de Medicina, un ilustre discípulo de Hernández, el doctor Felipe Guevara Rojas, se expresó en los términos que siguen: "La enseñanza ha sido encomendada en ella al saber y patriotismo de hombres que

lograron la *envidiable* fortuna de acopiar *abundante* doctrina científica y profunda experiencia médica, y quienes más de una vez han refrendado, con servicios eminentes, los títulos que tienen adquiridos al respeto y a la gratitud de sus conciudadanos”.

Entre esos hombres se destacaba por una *envidiable* actuación histórica, el profesor de Bacteriología, Parasitología, Histología y Fisiología Experimental; su maestro el doctor José Gregorio Hernández.

Ciencia y Caridad —conviene repetirlo— fueron en efecto, la sola norma de su labor sin tregua, a través de un largo y doloroso período de la existencia nacional.



UN GRAN MEDICO EN LA PROVINCIA VENEZOLANA

Las *Notas* que van a continuación, entresacadas de cartas íntimas escritas a vuela pluma hace ya 65 años, en el tráfigo de los quehaceres clínicos provincianos por el futuro *Fundador de la Medicina Experimental en Venezuela*, despertarán sin duda el interés del lector; porque fuera de seguirse en ellas paso a paso, la formación progresiva, en continua sedimentación científica de tan vigorosa individualidad, pintan escuetamente los primeros pasos de su actividad profesional por las regiones de Trujillo, Mérida y Táchira a donde pasó luego de abandonar las aulas universitarias.

No se busque pues en esas hojas amarilleadas por el tiempo como escribe atinadamente su fraterno amigo el profesor Santos A. Domínic, "hondas concepciones filosóficas, ni grandes descubrimientos científicos o nuevas formas literarias, sino meros autógrafos juveniles de aquella personalidad excepcional, *única en nuestros fastos*, por el conjunto de sabiduría y virtudes" que formó la trama heroica de su vida.

Con el ardor propio de los veinte años labora Hernández en un medio impropicio, desgarrado por banderías anacrónicas en pugna y encadenado a la voluntad despótica de régulos ignaros. Su obra clínica —como lo exigían las circunstancias— es muy vasta: maneja el oftalmoscopio y el laringoscopio deleitándose ante los vivos reflejos de la epiglotis; ausculta tuberculosis, indaga la amplitud de la pelvis obstétrica, entra en lucha contra la petulancia indigesta de algún boticario aldeano, cruza a caballo la abrupta serranía, admira en arro-bamiento místico la grandiosa naturaleza que le rodea, enfoca con criterio humano las escasas palpitaciones de un medio social incipiente, sueña con *manejar algún día el microscopio*; y en afán de esparcimiento espiritual pasa de las páginas de los textos ingleses, a la lectura de las comedias de Lope o se recrea en el campo de la crítica literaria con los brillantes escarceos de la pluma de Moratín. Y, por si no fuere bastante, conserva lumbre de simpatía en las pupilas y entusiasmo suficiente en su pecho de patriota, para saludar

desde lejana provincia, cuanta reforma caía como levadura de progreso dentro de la masa inerte de la vieja casona de San Francisco; cual si presintiera la revolución trascendental que él mismo habría de promover bien pronto, en el sistema ya anquilosado de los programas de la enseñanza médica de Vargas. Refiere igualmente “las aventuras del novicio que busca en la región nativa sitio apropiado para comenzar la benéfica carrera que ha de llevarlo a la cumbre del ejercicio profesional y a brillar como *lumbrera científica de primera magnitud*, hasta que una intriga muy criolla obliga al *médico insigne*, para bien suyo y de la humanidad, a partir de aquellos campos súbitamente hostiles”.

Con su decreto de 31 de julio de 1889, el doctor Rojas Paúl inicia la *nueva era* del progreso médico en Venezuela y abre para José Gregorio Hernández, las puertas de la celebridad.

AÑO 1888

“Pasé siete días muy agradables en Maracaibo. El Hospital está muy bien atendido y edificado enteramente de acuerdo con la ciencia moderna: salas vastas y bien aireadas, muy limpias y con camas y muebles en muy buen estado. Adjunto al hospital y formando cuerpo con él, está el anfiteatro que no tiene buena distribución: una serie de salas largas como la de la clase de Anatomía de Caracas, aunque más angostas; en cada una de ellas hay una mesa y algunas sillas, bien adecuada la primera y arreglada con tornillos para fijar la cabeza. Sin embargo, el edificio es bastante incómodo para el objeto a que se le destina y el de Caracas sin tanto aparato, me parece mejor. El doctor Dagnino me dijo que si él hubiera estado en Maracaibo cuando se trató de hacer ese plantel, habría procurado desviar la corriente civilizadora en otro sentido y utilizado el local más bien como maternidad que para anfiteatro.

A los hospitales de Curazao los visité guiado por el médico holandés doctor Langskberg; son muy aseados pues están servidos por hermanas de la caridad, institución utilísima, ya que las monjas hacen todo con una heroicidad que sólo da el catolicismo. Recuerdo un hombre con una fractura del fémur, y quien por haberlo mantenido cerca de 40 días en un aparato inamovible de madera, tuvo una enorme escara sacra; era preciso mantenerlo desnudo y lavarle constantemente la úlcera, pero yo vi tal abnegación y santidad en la cara de la hermana que le hacía las curas, que tuve deseos de venerarla como si estuviese ya canonizada. Otra de las monjas —Sor Josefa— es muy instruída: sabe francés, inglés, alemán, holandés, español y latín; botánica, mineralogía y química; toca el piano admirablemente, pinta lo mismo y en labores de mano es inimitable. El doctor Langskberg me dijo que ella le había enseñado a diagnosticar y tratar la fiebre amarilla.

En Betijoque he tenido varios enfermos; un caso de aborto en el que la hemorragia no había cesado desde julio, está ya fuera de peligro porque hace tres días se suspendió el flujo. Como había transcurrido mucho tiempo después de la expulsión del huevo, creí que la hemorragia no dependía de retención placentaria sino de un estado sub-inflamatorio, pues la ergotina y la quinina lejos de disminuir aumentaban el flujo. En cuanto sea posible, pienso consultar este caso con mi maestro el doctor Guillermo Morales, para ver si en condiciones análogas y cuando la sangre es muy abundante, se puede practicar el taponamiento. También he tenido dos casos de disentería que aunque han mejorado no están bien del todo, y uno de tuberculosis. Todo esto me da esperanzas de que dentro de algún tiempo logre reunir los recursos suficientes para mi proyectado viaje a Europa.

Ya he comenzado a gustar las bellezas de la profesión por estos lugares, bellezas que, por comparación nos resultan las de Caracas tortas y pan pintado. En días pasados me vinieron a buscar para ver un enfermo, eran las seis de la tarde y el lugar en que se encontraba, distante de mi casa como unas seis leguas, estaba metido en la serranía. Con toda paciencia hice ensillar mi caballo —que dista mucho de ser bueno— y tomé rumbo hacia el pueblecillo seguido del sujeto que vino a buscarme montado en magnífico caballo. Habríamos caminado como dos leguas, cuando la noche se nos vino encima negra como pocas y tempestuosa; le hice notar a mi compañero que mi caballo tenía tendencia a encabritarse y que el suyo quería imitarlo, a lo cual me respondió: que eso nada tenía de particular, porque como bien podía ver, dentro de poco se desencadenaría una tempestad y lo mejor era acelerar nuestras cabalgaduras para ganar camino y sobre todo tiempo. Tal advertencia no era para tranquilizarme, pero yo seguí avanzando con cierto malestar que al principio atribuí a inquietud por la proximidad del peligro y luego me convencí era más bien producida por la inmensa cantidad de fluido eléctrico de que estaba cargado el ambiente. Media hora después estalló el primer relámpago inmenso, inaudito: parecía como si nos hubiésemos sumergido en un océano de luz; se veía todo: los cerros, las hondonadas, y el cielo lleno de agua. Ciego me quedé durante cinco minutos y sólo volví de mi estupor porque mi caballo que se había encabritado, no me derribó milagrosamente y corría con furia siguiendo al de mi compañero que había manifestado de modo idéntico su espanto. Pocos segundos después vino el trueno e inmediatamente grandes gotas, convertidas luego en verdaderos chorros nos inundaron y lo que es peor, humedecían el camino de tal suerte que nuestras bestias no caminaban, sino rodaban. Mi acompañante encendió una linterna e hizo que cambiáramos de montura, porque “le parecía —dijo— que yo no era muy buen jinete”. Efectivamente, una vez en su caballo me sentí más seguro y continuamos él por delante, yo detrás y “el agua alrededor”, como diría

Núñez Cáceres: cuatro veces estuve a punto de que el caballo rodara conmigo; por fortuna era obediente al freno y bastaba sujetarlo un poco para detenerlo en aquel camino resbaladizo como si fuera de jabón. Llegamos a las dos de la madrugada; y yo me acariciaba las ternillas que estuve a punto de perder.

He visto muchas descripciones de tempestades y todas me parecen débiles y frías ante la realidad: es cierto que las que he leído de autores buenos, no fueron en los Andes, donde todo es realmente majestuoso.

Mis enfermos se han puesto todos buenos, aunque es muy difícil curar esta gente a causa de las preocupaciones y ridiculeces tan arraigadas en el alma popular: creen en el *daño*, en las gallinas y vacas negras, en las palabras misteriosas con que acompañan sus remedios y en multitud de supersticiones que revelan su atraso e ignorancia. En realidad la clínica es por aquí bastante pobre: todo el mundo sufre de disentería, de asma y uno que otro de tuberculosis y reumatismo. Afortunadamente la obra de Pepper, que es mi libro de consulta trae capítulos inmejorables sobre esas y otras afecciones. La farmacia es también pésima en estos lugares y está servida por un boticario que es sólo un aficionado y quien cuando habla conmigo dice: "nosotros los médicos", pues es igualmente aficionado a la Medicina, expresándose con un tecnicismo indigesto y estúpido: me contó que curaba la disentería administrándole al paciente cinco gramos de quinina diarios y como yo me asustase, trató de tranquilizarme y me invitó a que procediera en la misma forma, pues en su opinión la ipeca no da ningún resultado en esa enfermedad. Creo que es él quien no da resultado con sus menjurjes extravagantes! Afortunadamente pienso no perder más tiempo por aquí y me iré pronto para Valera. Mención especial merece de todos modos una enferma que fui a ver, con retención de orina desde hacía once días a consecuencia de un parto laborioso: orinaba en pequeñas cantidades, lo cual no me engañó pues acababa de leer en Playfair esa causa de error tan común; le puse la sonda y le extraje enorme cantidad de orina, quedándole una cistitis que le he tratado y de la cual está ya mucho mejor.

Después de visitar mis enfermos de Isnotú monto a caballo y me voy a Betijoque donde veo la mujer de la cistitis, un hombre con frío-coroiditis y una vieja en la que todavía no he formulado diagnóstico preciso, aunque sospecho se trata de fiebre tifoidea.

No he podido salir para Valera porque algunos de mis enfermos no están del todo bien, pero supongo que no podré establecerme allá por haber médicos suficientes. De todos modos y a juzgar por los resultados obtenidos durante un mes, creo que debo estar satisfecho, pues, no obstante ser ésta le época más salubre del año, calculo reunir de ciento cuarenta a ciento cincuenta pesos a pesar de que la mayor parte de mi clientela son personas indigentes o amigos a los:

cuales es imposible cobrarles. Me ha asombrado saber, que el doctor A. cuando estaba aquí le cobró cuatro onzas a un arrendatario de mi padre, hombre joven todavía y que tuvo un chancro blando; la uretra sin embargo se le perforó pues la lesión estaba al nivel del frenillo y el infeliz tiene ahora una especie de hipospadias, con la circunstancia de que una operación de autoplastia me parece difícil a causa de la gran pérdida de substancia, pues el balano ha sido destruido en gran parte por el fagedenismo del chancro.

Las noticias que me llegan de Caracas sobre cambios universitarios me han sorprendido, ya que me parece muy difícil llevar nuevamente a la Universidad a Calixto González y Guillermo Morales, a menos de emprender una reforma capaz de transformar el Instituto. El doctor Morales me aseguró una vez, que aceptaría el cargo si disminuían el número de clases semanales, lo que requiere una transformación *del ya anticuado sistema de estudios*, buena voluntad y un erario muy repleto. La idea de crear un nuevo Hospital (el Vargas), me ha entusiasmado mucho, pero al ver quienes son los de la Junta Directiva, he recordado la historia de la estatua de Bolívar que nos refirió el viejo Aguerreverre. Ojalá me equivoque, pues sería un progreso que enaltecería a la actual Administración pública, sobre todo si se crean las *clínicas indispensables* y se nombra para regirlas a hombres *serios y competentes*.

Por aquí pasó el doctor Luis Razetti; yo no sabía que andaba por estos mundos, de modo que me sorprendió su tarjeta de Maracaibo donde me dice que no pudo detenerse ahora, pero lo hará dentro de dos meses. Probablemente para esa época ya no me encontraré aquí.

Mañana salgo para Valera; aunque no me parece lugar adecuado para instalarme pues fuera de ser pequeño y estar habitado por tres médicos* entre ellos un discípulo de Mosquera, hombre bastante instruido y que ha estudiado tres años en Europa pero que juega espantosamente: tiene esa localidad el inconveniente de ser muy calurosa, por estar en una hondonada de estas caprichosas cordilleras que parece se complacieran en humillar la imaginación más viva, ofreciendo un cambio continuo de paisajes a cual más atrevido y cuyas temperaturas varían hasta el infinito dentro de distancias casi insignificantes.

Se encuentra Valera en un valle profundo y es punto donde convergen todos los caminos que van a los demás pueblos de la región, de modo que por fuerza hay que pasar por él para ir a otras poblaciones, lo que lo convierte en centro comercial activo. Tiene aproximadamente tres o cuatro mil habitantes, la mayoría comerciantes italianos que son los más acomodados, luego sigue la sociedad fina que es pequeña, pues casi todos son miembros de la familia Salinas: por último viene el pueblo, cuyas familias se mantienen con la cría

de marranos y son por consiguiente muy pobres. Su situación topográfica pintoresca causa el asombro de todo el mundo, porque es una sorpresa poco común en la cordillera andina, ya que estando en el corazón de la serranía tiene una temperatura bastante elevada que no es raro alcance veintiocho y treinta grados a las cuatro de la tarde; mientras alrededor hay una multitud de pueblecitos que distan apenas tres, cuatro, el que más, seis leguas y donde el clima es bastante frío. Sus mujeres son muy simpáticas y agradables; hailan muy bien, si me guío por la única con que he bailado una noche en mi casa, con piano; me aseguran que hay otra que baila mejor que ella. Yo me he hecho muy amigo de esa afamada pareja y me ha prometido bailar conmigo la segunda pieza en próxima oportunidad: se llama María Reimí y es prima de la novia de Eduardo Dagnino.

De Valera me he traladado a Boconó, lugar de mayores recursos, más poblado y en donde los dos médicos que ejercen, según me han dicho, son bastante viejos y atrasados. El lugar es bonito y se parece mucho a Caracas tanto en clima como por su situación topográfica: los campos son preciosos, bien cultivados y muy productivos; hay dos ríos que corren a orillas de la ciudad, uno al occidente y otro al sureste, ambos con bastante caudal; antier me bañé en uno de ellos y puedo asegurar que el baño equivale a la inmersión en agua helada y de corriente tan impetuosa que es muy difícil y en ciertos lugares imposible, alejarse de la orilla sin correr el peligro de ser arrastrado largo trecho por la fuerza del agua.

La población me gusta y desearía establecerme definitivamente aquí: lo único que me detiene es que los dos colegas mencionados pueden como de costumbre, hacerme la guerra; hoy vendrán a visitarme y tal vez logre captar su amistad pues además de todo son los jefes del partido dominante aquí, lo cual los hace muy peligrosos como adversarios sobre todo en estos lugares donde la política tiene una preponderancia absoluta. En lo que atañe a la clínica la variedad no es grande: pues sólo son comunes las enfermedades del pecho y en particular la tuberculosis; de suerte que hay un lugar llamado Niquitao en que les va tan bien a los tísicos que se ha convertido en verdadero hospital donde puede uno perfeccionarse en percusión y auscultación de las áreas pulmonares. Hace poco fui a visitar la región: salimos a las tres de la tarde calculando estar allá alrededor de las ocho porque hay que subir cinco leguas; llevábamos tres horas de camino cuando la niebla nos rodeó a tal punto que se hacía imposible distinguir los objetos a corta distancia y hasta llegué a temer accidentes de congelación pues sentía ya dificultad para abrir y cerrar las manos, rígidas como se me habían puesto por efecto del frío. La puebla está más o menos a tres mil metros de altura y es tan fría que la carne puede conservarse tres y hasta cuatro días en buen estado, sin el menor indicio de putrefacción y sin necesidad de añadirle sal. También suelen ofrecernos leche cruda absolutamente

normal y que fué ordeñada tres días antes. Los catarros sin embargo son muy frecuentes, complicación siempre temible para el tuberculoso. Pienso estudiar a fondo el capítulo que trae Jaccoud en su obra sobre los climas como recurso higiénico en esos enfermos, a fin de formarme un criterio sólido en materia de tanta importancia.

Muchas horas dedico aquí en Boconó a leer detenidamente el libro de Playfair y he encontrado muy en razón el criterio de Tomás Aguerrevere respecto a la manía que tienen los ingleses de poner todo al revés: así llaman diámetro oblicuo derecho de la pelvis, el que los franceses denominan oblicuo izquierdo y vice-versa, lo que es bastante incómodo para nosotros acostumbrarnos a la nomenclatura francesa. Aún no he llegado al capítulo de las presentaciones y posiciones que supongo será muy interesante. Otra cosa que ha llamado mi atención en este autor es la explicación de que la sangre menstrual no se coagule nunca, a menos de ser muy abundante. Opina que antiguamente se atribuía el fenómeno a que esa sangre contiene apenas fibrina; que luego Retzius atribuyó su no-coagulación a la presencia de los ácidos láctico y fosfórico libres, pero fué Mandl quien demostró que basta la presencia de pequeñas cantidades de moco o de pus en la sangre para mantener la fibrina en disolución. Ahora bien: como en las secreciones del cuello y la vagina abunda el moco, la coagulación se imposibilita, a menos que la sangre salga en exceso e impida la acción anticoagulante del moco.

Antes no había leído tan importante obra por haber dedicado mi tiempo libre al estudio del tratado de Pepper, pero estoy ya convencido de que ni Dujardin-Baumetz puede comparársele como acabada exposición clínica. Hace jugar un papel muy importante el envenenamiento producido por la absorción de las ptomainas, en los desórdenes de la dispepsia intestinal, lo que ha aumentado mi deseo de leer su capítulo sobre el cáncer, ya que sospecho, haya de explicar la caquexia cancerosa por la abundante producción de ptomainas y su absorción y circulación en todo el organismo; recuerdo que Perls refiriéndose al mismo asunto asentaba que tal vez se producen en el tumor sustancias cuya acción sobre los tejidos y la sangre será capaz de engendrar la caquexia, inexplicable si se toma únicamente en cuenta el tamaño del neoplasma. Intuición genial, puesto que hoy sabemos que lejos de ser alcaloides cadavéricos debidos a la descomposición pútrida, las ptomainas pueden ser simples desechos elaborados durante el proceso constante de asimilación y desasimilación que se efectúa en el seno de los tejidos. Si como dicen, el doctor Frydensberg dedicará en el nuevo programa universitario todo el sexto año al estudio *tan importante de la química biológica*, se logrará aclarar muchas fases obscuras de estos problemas trascendentales para el clínico.

Ya de regreso de mi viaje a Boconó, he sabido que Elías Rodríguez y Guillermo Morales continuarán formando parte del cuerpo

docente en la Universidad de Caracas. La noticia me ha complacido enormemente, pues ambos son eminentes maestros en sus respectivas asignaturas. No imagino quién reemplazará a Ponte y lamento muy de veras la separación de Vaamonde porque creo, según la frase elegante de Calixto González, que es un elemento de los que honran el Instituto.

En estos lugares es difícil que logre yo aprender todo lo que deseo; cuánto lamento no saber *manejar el microscopio!* Por ahora me dedico a estudiar el laringoscopio y después de muchos ensayos infructuosos he logrado por fin ver las cuerdas vocales superiores e inferiores junto con la epiglotis, órgano sumamente curioso: hay momentos en que parece tener volutad propia y aun caprichosa, de tal modo son poderosos los reflejos que la vivifican. En este estudio me ayudará mucho la circunstancia de que uno de mis hermanos tiene la faringe tan poco sensible que tolera largo tiempo el espejo, y a no ser por la risa que le provoca el verme con anteojos —los del laringoscopio— podría prolongar mucho tiempo mis observaciones. He procurado ejercitarme también en el uso del *oftalmoscopio*, pero como para ello se requiere la dilatación previa de la pupila y un alumbrado perfecto, prefiero dejar para después estos exámenes y *los del oído*, pues ambos son de gran utilidad para el médico que entregado a sus solos recursos e iniciativa, ejerce penosamente la profesión en nuestras provincias.

No obstante y a manera de esparcimiento espiritual, he sacado de un viejo baúl algunas buenas comedias traducidas del francés y el primer tomo de una edición de las obras del insigne Leandro Fernández de Moratín hecha por la Real Academia de la Historia. También me he solazado en el acabado y viril Discurso Histórico del poeta sobre los orígenes del teatro español, que a mi juicio es uno de los trabajos más importantes de Moratín después de sus obras teatrales; lo leí de un tirón y me doy cuenta de lo útil que es un estudio de las obras de teatro, pues si hoy que apenas conozco la evolución del teatro español a través de los siglos, me deleito leyendo algunas de las comedias de Lope que afortunadamente tengo aquí; cómo gozaría leyendo a Shakespeare en su propia lengua!

Fuí testigo antier de una dramática escena: me llamaron con instancia para ver a un niño casi moribundo, y mientras lo examino cae otro y luego otro más, y otro... viéndome rodeado de ocho muchachos con convulsiones, seguidos a poco de la madre y de la abuela. Comprendí inmediatamente que se trataba de envenamiento producido quizás por unas caraotas que habían sido su único alimento. De los diez intoxicados murieron dos y ocho se salvaron, pero como salgo mañana para El Táchira, no podré hacer una investigación minuciosa del asunto, aunque recuerdo haber oído hablar a Mister Ernst de una clase de caraotas venenosas.

Colón (Táchira) enero 14 de 1889.

El país que he atravesado me recordó bastante ciertas descripciones que he leído sobre Bretaña con la cual parece tener mucha semejanza. Salí de casa para venir a hospedarme en La Puerta (pueblecillo que creo histórico), y venía observando tranquilamente mi mula, que aunque con algunos resabios no deja de ser buena; observación mezclada de compasión al pensar que habría de caminar sin descanso doce días consecutivos. Tres horas después llegué a Valera donde me disponía a comprar unos dulces para mitigar la sensación poderosa de hambre que se me desarrolla cuando monto a caballo; inmediatamente me ví rodeado por todos los amigos del lugar que en un abrir y cerrar de ojos me desmontaron y participaron que por ser Noche Buena, debía quedarme a bailar con ellos. Todas mis excusas resultaron inútiles, y estuve bailando hasta las cuatro de la mañana en que me permitieron seguir mi camino. Muy fatigado llegué a Timotes, sin que durante el día se presentase ningún accidente, aunque nos dijeron que la travesía del páramo en esa época podía ser peligrosa. A pesar de que mi sirviente opinaba por esperar algún tiempo, más bien que aventurarnos a una difícil empresa, preferí salir la madrugada siguiente, empezando a subir una cuesta muy escabrosa y larga, a tiempo que oíamos un ruido sordo y lejano semejante al trueno. La sensación que se experimenta al contemplar el páramo, es la de una naturaleza muerta, llena de desolación y un frío que nos hiela los huesos; la luz solar parece más bien de luna y la atmósfera está tan enrarecida que es difícil encontrar aire bastante para respirar y se llega muchas veces a sentir dispnea. Mi sirviente experimentó esa fatiga respiratoria propia de las altas montañas, pero disminuyendo la rapidez de la marcha, se sintió mejor.

Ya en la cumbre, a poco más de cuatro mil metros de altura sobre el mar se encuentra una cruz gigantesca y como vegetación sólo se percibe una hoja que nace aparentemente del suelo, pero que tiene en realidad un tallo bastante grueso, como de una pulgada de altura, aunque los hay mayores, y en el cual las hojas se disponen en *verticilos* concéntricos: es el *frailejón*, único habitante que resiste la crudeza de la temperatura de esos parajes gracias al vellón de que están cubiertas sus hojas. Nada de animales en el aire ni en el suelo y sólo encontramos alguna vez los esqueletos de las bestias que han muerto emparamadas. En esos lugares, se experimenta la necesidad de conversar en alta voz y aun de gritar, porque a la vista de tal soledad, con tan poca luz, escaso el aire y la vegetación tan raquítica, cree uno llegar a la afonía y hasta la afasia. Mi sirviente se divertía en levantar grandes láminas de hielo, pero puse fin a su deporte por temor a una congelación de las extremidades, accidente que no es raro a tales alturas.

Pernoctamos en Mucuchíes donde apenas pude dormir porque no lograba calentarme, a despecho de mi colcha muy gruesa y dos

cobijas, y en la mañana siguiente no pudimos lavarnos las manos ni la cara por estar congelada el agua. Tal me ocurrió en un sitio denominado el *Cenicero* a pocas cuadras de Mucuchíes.

A las once a. m. llegamos a Mérida donde me detuve cinco días, para dejar descansar las bestias y porque inmediatamente me invitaron a un baile que se efectuaría el 31 de diciembre en la noche, dado por el Presidente del Estado y otras autoridades. El baile estuvo muy bueno, y el primer segundo del nuevo año me sorprendió sentado y sólo en uno de los salones; y, como de costumbre mi pensamiento convirtiéndose insensiblemente en oración. Añoré con el pasado año realmente feliz para mí, multitud de sucesos gratos que desfilaron con rapidez por mi imaginación; y a no ser porque algunos jóvenes vinieron a saludarme, habría empleado con gusto el resto de la noche en esa revista dulce a la par que triste del tiempo que ya se fué.... La Universidad de aquí me ha producido una triste impresión: es algo que da histerismo a las personas predispuestas. No queda duda de que los *estudios de Medicina y Matemáticas* marchan muy mal y según parece lo único que se aprende bien es el Derecho.

Puede ser que dentro de uno o dos años logre realizar mi viaje a Europa, aunque tal vez sea ello preferible *después de haber ejercido la Medicina* por estas regiones, ya que cuando uno termina sus estudios no tiene idea de las materias en que está fallo, aunque haya practicado algún tiempo, pues tal práctica se hace en efecto, con un mentor que se llama González, Vaamonde o Morales, sin que tengamos que asumir ninguna responsabilidad, pues todo el peso y trascendencia del diagnóstico y tratamiento recae sobre los hombros del maestro. Cuando más tarde asumimos responsabilidades, lo que antes era camino llano por deliciosos valles, se torna montaña empinada y agreste en la que abundan los principios. Ah! cómo era yo antes sobrado orgulloso cuando creía tener conocimiento exacto de mis fuerzas!: en lo que me juzgaba débil no lo resulté tanto, y en las materias que creía dominar me encontré deficiente, de modo que todavía hoy ignoro el real alcance de mis facultades. Mucho me preocupa el retardo de los dos periódicos que le encargué a Bailliere: "Bulletin general de Therapeutique Medicale, Chirurgicale et Obstetricale". y "Le Journal des Sociétés Scientifiques".

A mi regreso del Táchira he tenido una alegría inmensa, con la manifestación espléndida de los estudiantes de Caracas al doctor Aníbal Domínici, pues desde Vargas, en una larga lista no ha habido Rector que haya honrado tanto a la Universidad como él. Ha sido asunto de estricta justicia y que esperaba de un momento a otro, ya que en Valera al preguntarle a Colina cómo habían recibido los estudiantes los últimos cambios me contestó: "los nuevos catedráticos han gustado mucho, pero la remoción del doctor Domínici la hemos sentido enormemente; es el Rector más querido de los estudiantes

que yo he conocido". El nombramiento de Rector *nunca tuvo para los universitarios* mayor importancia, pues los gobiernos jamás tomaban en cuenta las aptitudes, conocimientos ni posición social del nombrado; pero llega a ese cargo el doctor Domínici y los alumnos observan su modo de ser, su aspecto imponente y respetable, a la vez que bondadoso y suave, y aunque recelosos al principio, bien pronto vuelan hacia él las simpatías. Es cierto que los estudiantes han hecho en determinadas circunstancias algunas peticiones al Gobierno, mas siempre se relacionaban ellas con el mejoramiento material del Instituto o a favor de ciertos profesores que tenían muy bien sentada su reputación; en cambio la elección de Rector era mirada con *suma indiferencia* pues ya se sabía cuan difícil era encontrar una persona *idónea* para el cargo. Con el doctor Domínici ha sucedido lo contrario: todos lo quieren y veneran. Esta coyuntura me ha hecho realmente feliz porque mi cariño para él, es de un verdadero hijo. Qué hombre tan sabio y de un criterio tan amplio y penetrante! Entre otras sentencias recuerdo haberle oído decir: "para emitir un juicio sobre el pasado debe el crítico ajustarse a la filosofía e instituciones de la época a que pertenece la cosa juzgada". En estos días, cuando Macaulay me ha servido de solaz, he leído con gran atención su estudio sobre Maquiavelo conforme a un criterio que no está de acuerdo con el mío. Cómo desearía consultar la biblioteca y oír al igual de otros días, las humanas, acertadas, luminosas exposiciones del querido viejo Domínici!

Ultimamente he tratado un caso curioso: es una mujer que sufre de metritis crónica y en la cual he ensayado las escarificaciones del cuello, unidas a la administración de extracto fluído de *Hidrastes canadensis* alternándolo con la ergotina de Bonjean. Ya está casi buena, pero el diagnóstico y tratamiento me han resultado laboriosos por la falta de autores competentes en la materia. Mi viaje precipitado al Táchira, me impidió por otra parte recoger los datos necesarios sobre las caraoas que provocaron el envenenamiento mencionado antes; me han prometido sin embargo enviarme algunas que consideran venenosas y que será conveniente *examinar* y aun *cultivar*. . . . Queriendo penetrar en la enmarañada sintomatología de la dispepsia ácido-flatulenta propia de los gotosos, estoy leyendo con la debida atención los conceptos del eminentísimo W. H. Draper en su artículo "Gout", quien al abordar el tratamiento dietético de la enfermedad recomienda de acuerdo con otras autoridades, un régimen alimenticio idéntico al del diabético: uso de los albuminoides y abstención en lo posible de feculentos. Y yo que creía todo lo contrario!

Me escriben de Caracas, que el nuevo Hospital será construido en un terreno que no es el de Palo Grande; y pienso que estando la Universidad tan bien servida, los estudiantes necesitarán menor es-

fuerzo para cumplir con su deber, pues como dice Elías Rodríguez, del catedrático depende en primer término el que los alumnos concurran a la clase.

Por fin como que va a suceder lo que tanto he temido: me dijo un amigo que en el Gobierno de aquí se me ha marcado como *godo* y se está discutiendo mi expulsión del Estado o enviarme preso a Caracas. Si me echan de aquí a dónde iré? Esta es mi duda. Tal vez en algún lugar de Oriente podré situarme, porque lo que sin duda quieren es que me vaya. En toda la intriga no tengo sin embargo culpa alguna, pues hasta hoy sólo me han preocupado mis enfermos y mis libros.

He escrito al doctor Calixto González, diciéndole que me quiero ir y le dejo entender el motivo, aunque si la cosa aprieta saldré para Caracas y allá decidiremos el remedio".

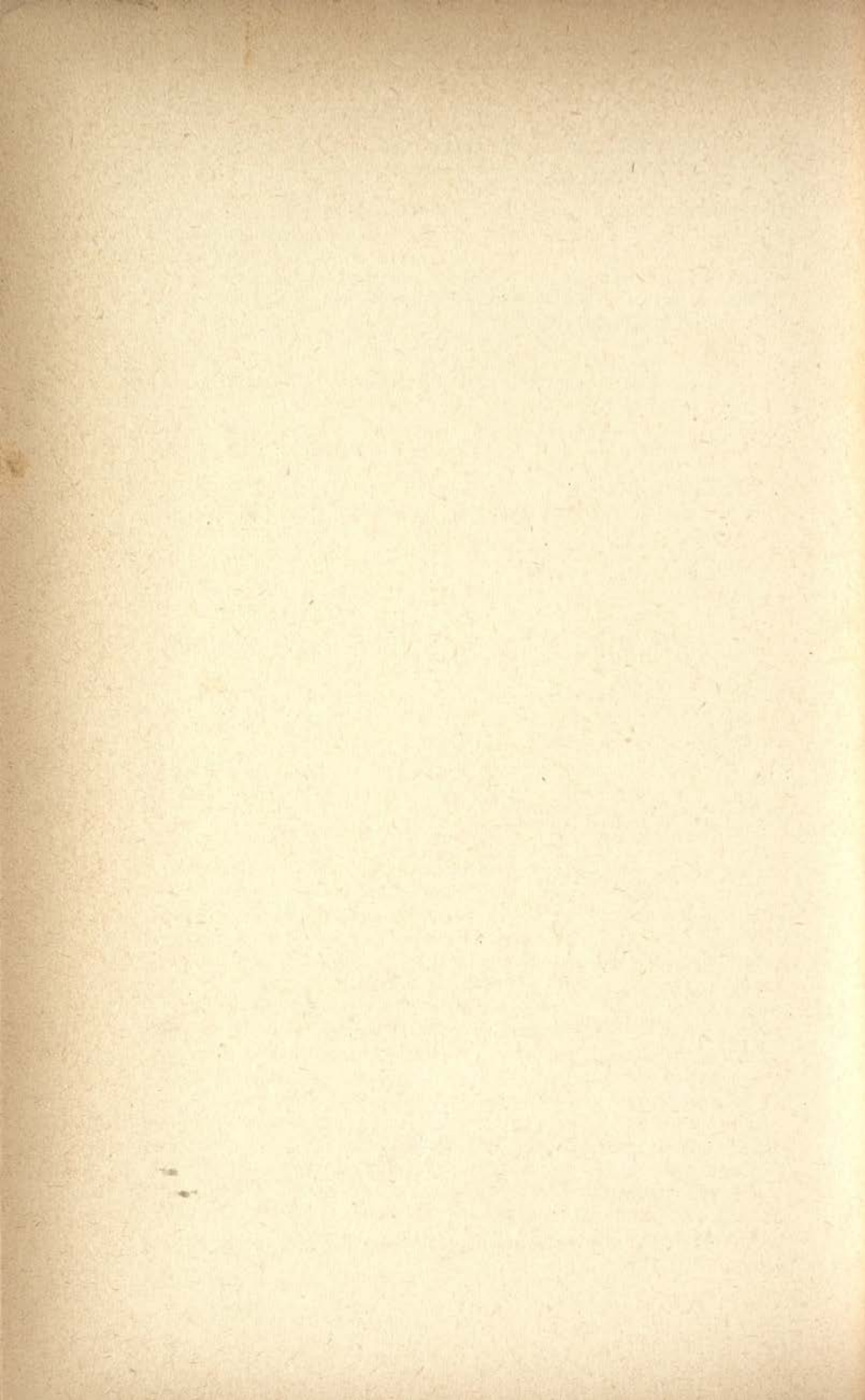
José Gregorio Hernández.

Hernández llegó a Caracas el 9 de abril de 1889; y en una breve recorrida por las costas del Oriente de la República, durante la cual naufragó frente a Carúpano, pasó con cartas de recomendación del doctor Aníbal Domínici, a Río Caribe, donde recibió espléndido alojamiento en la propia casa de aquel gran Señor que fué don Alejandro Pietri. Regresó después a la Capital y permaneció en ella hasta que su maestro el doctor Calixto González, logró del Presidente Rojas Paúl lo enviase a Europa, para importar los nuevos estudios que le permitieron fundar más tarde la *Medicina Experimental* en Venezuela.

Por lo demás: como puede verse en las *Notas* que preceden, entresacadas —lo repito nuevamente— de cartas familiares que el autor no soñó jamás llegaran a publicarse, y conforme lo anota un distinguido escritor: "al tropezar en diversos aspectos con la dolorosa realidad nacional de la Provincia, cuyos cuadros podrían repetirse sin agregar un pincelazo en toda Venezuela: la tierra sorprende al doctor Hernández, lo sobrecoge a veces, pero en definitiva le imprime más profundamente en el fondo del alma, el sello de la nacionalidad. La realidad venezolana, misteriosa, apasionante; sus problemas y angustias, todo en lo sucesivo se le hará más presente. La idea de ir al viejo mundo toma posesión de su voluntad. No es un capricho personal. La intuición le dice que es *una necesidad nacional*. Irá a Europa, sí pero a aprender más para que su acción sea más fecunda; irá a buscar mejor semilla para enterrarla en la entraña generosa de la patria. El viaje, era propósito de aquella firme voluntad. Y no habría omitido sacrificios para realizarlo. Si el Gobierno de Rojas Paúl no hubiera decidido mandarlo a París, de todos modos se habría ido. Pero el Gobierno en esta ocasión hace justicia

y le ofrece la propicia realización de su viaje. Se va a Europa convencido de la obra que es necesario realizar y regresa *cargado de ciencia y voluntad*... Con creces recibirá el país la recompensa dentro de la transformación que iba a operarse en los estudios universitarios, cumpliéndose una *sana revolución pedagógica* en nuestra vieja y querida Alma Mater" (*).

(*) Doctor Rafael Caldera: *El "diremos mañana" de la lección perenne.*



XI

DOS MAESTROS ILUSTRES

JOSE GREGORIO HERNANDEZ Y FRANCISCO ANTONIO
RISQUEZ

Al incorporarse años atrás, mi apreciado amigo el doctor J. A. O'Daly a la Academia Nacional de Medicina y en forma de comentario a su interesante *"Discurso de Recepción"*, me extendí en algunas consideraciones sobre la personalidad de estos dos maestros, que hoy reproduzco como sincero homenaje a la memoria de ambos sabios venezolanos.

Mucho lamento —dije entonces— no haber recibido todavía el texto del discurso del doctor O'Daly, para renovar en un ambiente de serenidad espiritual la emoción que me produjo su lectura de propios labios del nuevo académico; pues con medulosos conceptos y galano decir, esbozó la silueta ejemplar de aquel hombre que a fuerza de estudioso y en continuo trajinar por los predios de la ciencia, creó un raro espécimen nacional y como buen margariteño, enrumbó siempre al norte la proa de su bajel, navegante solitario en odisea por el mar muerto de nuestra abulia colectiva. "Viejo siempre joven" lo designó con justeza alguno de sus múltiples admiradores, ya que para el doctor Rísquez no existieron jamás esos humanos desfallecimientos que sufre todo corazón entusiasta ante la rutinera indiferencia vernácula, donde el espíritu investigador del científico y menos aún los anhelos del filántropo, encuentran siempre el estímulo del aplauso.

La pieza oratoria del doctor O'Daly me conmovió profundamente y hoy, deseo tan sólo abordar el punto relativo a la pregunta en que por cuenta propia o repitiendo acaso otra formulada en su último libro por mi ilustrado amigo doctor Carbonell, se refiere a la actitud inexplicable al parecer del doctor José Gregorio Hernández, como Profesor y Fundador de la Cátedra de Bacteriología, ante los conceptos revolucionarios en su época, con que el doctor Rísquez combatió la doctrina de la especificidad microbiana en la etiología de las infecciones.

¿Por cuáles motivos, dijo más o menos el doctor O'Daly, permaneció silenciosa la integridad científica de Hernández en presencia de los sañudos golpes que desde lo alto de su Cátedra y envueltos en la magia de su estilo, dirigía Rísquez como chorro de veneno contra un postulado dogmático para el vulgo y la casi unanimidad de los especialistas? ¿Sería acaso que el *Padre de nuestra Bacteriología* sufrió el contagio de la mueca desdeñosa opuesta por la indolencia étnica o un escepticismo de buena cepa indígena, contra toda innovación que en el medio doméstico rompe moldes tradicionales, y sacude los espíritus con calofríos de miedo e inquietudes de futuro?

Aunque desde el punto de vista bibliográfico no estoy bastante documentado, pues acabo de recibir apenas la obra de Carbonell y no he logrado encontrar todavía las conclusiones a que sobre el asunto en litigio haya podido llegar tan sesudo crítico, quien por otra parte considera a Hernández como "*el biólogo más ilustre de la escuela de Caracas*": debo sin embargo a esta Academia, un testimonio personal de manifestaciones que como íntimas venían del corazón y en las cuales el célebre Profesor de Bacteriología se mostró más de una vez airado, por la forma pedestre y el tono zumbón con que algunos colegas adictos a la escuela oficial, comentaban las herejías científicas de Rísquez. "No es posible criterio más estrecho — le oí decir a Hernández— pues en el problema de la especificidad microbiana debemos tomar en cuenta lo complejo del fenómeno biológico, toda vez que el organismo no es una probeta de laboratorio, ni filtro inerte por donde pasa sin dejar rastro el enigma de los virus patógenos. Un hombre tan ilustrado e inteligente como el *viejo* Rísquez —y usaba el calificativo familiar que se puso luego de moda— se encuentra a mil codos por encima de muchos de sus detractores.... La enfermedad es una lucha —continuaba diciendo el Maestro— entre el agente infectivo y las barreras que la defensa orgánica opone a su invasión. ¿Cuál es la forma real o siquiera probable, que la Naturaleza, pródiga en recursos, adopta con el fin de proteger en ese combate al reducto sagrado de la vida? Misterio profundo —agregó— y su plácida sonrisa se aureoló de respeto ante el hombre de luengas barbas, de cabello cano y vigor juvenil, que en los cónclaves de tantas asambleas sabias defendió con elocuencia y una gracia verbal inimitable, la integridad de su credo científico.

Por encima de hondas divergencias había entre los Profesores de Bacteriología y Patología General, un punto de contacto: el microbio sólo no es la enfermedad; y hoy, después del tiempo transcurrido, cuando ya ellos no vierten el vino de la ciencia en las copas de la juventud universitaria, mudos ambos en el abrazo de la tumba, estoy seguro de que siguieron sonrientes el dédalo casi inextricable de teorías patológicas más o menos plausibles a que con fina ironía académica aludió el pasado jueves el doctor Pedro González Rincónes, cubriendo con atinados apuntes el Trabajo de Incorporación del doctor O'Daly. En efecto y en concepto de Hernández, las teorías,

las hipótesis, las simples conjeturas, sólo representan artefactos de trabajo, aproximaciones a la verdad y en veces no son sino vocablos sonoros tendidos por los sabios como un puente, sobre el fondo inquietante de muchas lagunas científicas. No debemos, pues, confundir estas verdades provisionales con la verdad eterna, ya que cuando más cerca presumimos estar de ella y queremos asir con mano torpe la codiciada presa, se desvanece cual lluvia de fuegos fatuos, en horizonte de espejismos.

Además: Hernández, como buen venezolano, conocía la manera vidriosa de nuestro temperamento, más inclinado a la rencilla personal que al análisis escueto de los hechos; naturaleza inflamable, pronta siempre a la respuesta airada, que se eriza de ángulos hostiles al calor de la polémica; y admirador del margariteño, quiso evitar tal vez las nubes de sospecha que pudieran empañar el azul de una amistad a la cual rindió culto hasta el día de su muerte. (Permítaseme ahora una digresión: algunas veces, en el seno de esta Academia y hasta en las columnas de la prensa diaria, tuve con el doctor Rísquez discusiones sobre asuntos de no escaso interés; y si como sucede a menudo, no creo haberle convencido siempre ni tampoco él a mí, procuramos hacer excepción a esa forma estéril del debate criollo; y al salir de estas sesiones, en cordial camaradería, el sabio gentilhomme sólo tuvo frases amables y expresiones de aprecio para su humilde contrincante).

Rísquez, por otra parte, fué el primero que descubrió las relevantes aptitudes docentes de Hernández para las nuevas Cátedras y valoró desde muy temprano la trascendencia que en la evolución de la Medicina vernácula tendrían luego tales asignaturas. Su pluma, gallarda y ágil, jamás escatimó elogios al compañero y en su frase feliz de "sabio casi niño", saludó al hombre que con los estudios de Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental, abrió nuevos derroteros al progreso médico del país. Bien sabía él que sin Bacteriología, base de la Etiología y sin Histología, fundamento de la Anatomía Patológica, resultaría vano todo esfuerzo encaminado a emanciparnos de un empirismo multisecular y advirtió que Hernández con la *vivisección* sacó la Fisiología, de la penumbra escolástica tradicional dentro de los claustros de la vieja Universidad Pontificia, para bañarla en la luz radiante de la experimentación contemporánea.

Con efecto: la Historia del Arte de Hipócrates en Venezuela, ofrece al análisis crítico tres acontecimientos que, como vértices de luz, señalan orientaciones nuevas a las corrientes reformadoras del gremio: la creación del Protomedicato el año de 1777, por iniciativa del doctor Lorenzo Campins y Ballester; el célebre Decreto expedido por Bolívar en 1827, derogativo de las Constituciones universitarias y que llevó a Vargas al Rectorado; y la aparición en la Universidad de Caracas el año de 1891, de la Medicina Experimental, base inmovible de nuestra actual Medicina científica.

Por ello la péñola gloriosa de Rísquez escribió sobre la fosa de José Gregorio Hernández una sentida Elegía, de la cual voy a permitirme citar algunos párrafos, para adornar con sus lágrimas mi pobre disertación:

“Hablar del joven que en los bancos escolares llamó la atención de sus maestros y al mismo recibir la borla *se impuso* a los altos gobernantes como el profesor en germen, sólo necesitado de ambiente para *iniciar la ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas*; señalar al médico que desde su aparición en el campo de la lucha profesional, *alternó sin disputa* con los ya consagrados pontífices de la carrera; destacar al hombre que por bueno y por justo, conquistó el cariño de sus compatriotas *sin excepción alguna*: son puntos de vista que ofrecen vasto campo al homenaje y a la loa, pero no satisfacen mi deseo del momento. . . . Yo prefiero preguntar: ¿Qué luces de rarísimos fulgores brotaban de aquel cerebro, en este campo intelectual de suyo tan brillante, para que yo mismo, apenas apareció en el terreno científico, le apellidase sin hipérbole “el sabio casi niño”? ¿Qué poder misterioso residía en aquel carácter, cuando aún en medio de las mayores borrascas, su aguja marcó siempre el derrotero de su voluntad personal? Yo no pude nunca penetrar aquella psicología, ni alcancé jamás a descubrir los secretos de aquella ecuanimidad imperturbable. . . . Yo le acaté científico, le admiré *carácter*, le respeté justo y bueno como arrastrado por una inclinación inconsciente y hoy, incapaz de trazar unos rasgos que le representen y le expliquen, suelto la pluma impotente, en espera de que un día psicólogo más hábil, delimite la personalidad culminante y enigmática de José Gregorio Hernández”.

Hernández, a su turno, observaba con placer el dinamismo exuberante de Rísquez y cuando más de una vez los ví departir a la cabecera del enfermo, tuve la convicción de que en el cerebro y el corazón de los dos hombres, sabios y justos a un mismo tiempo, no existía ningún rincón oscuro donde pudiera alojarse el espectro de la envidia. En sus vidas de trabajo, de esfuerzo cotidiano, de honradez inmaculada, ¿cuál importancia podían tener diferencias ideológicas momentáneas? Eran y se consideraron siempre, sacerdotes de un mismo culto, caballeros del mismo ideal, artistas de idéntica obra. Por eso espero que la Academia coloque algún día sus retratos, al lado de la benemérita efigie de Razetti, a fin de que en el silencio casi religioso de este local, continúen dialogando y formulando planes de resurgimiento científico, esas tres grandes figuras de nuestros anales médicos modernos: José Gregorio Hernández, Luis Razetti y Francisco Antonio Rísquez.

En tal acto de justicia histórica y ética social, podría nuevamente el doctor O'Daly romper la monótona sucesión de las faenas académicas, con frases cálidas de emoción.

XII

LA OBRA Y LA RESPONSABILIDAD DE JOSE GREGORIO HERNANDEZ

(Conferencia leída en el Paraninfo de la Universidad Central, el 29 de junio de 1949, en representación de la Academia Nacional de Medicina).

Sólo mi rendido acatamiento a la disposición reglamentaria que impone a los Individuos de la Academia Nacional de Medicina la obligación bien ardua en determinadas circunstancias, de aceptar sin excusas las comisiones que nos asigna el Presidente, así sean, como en el caso actual, pobres los méritos del delegado y flacas sus aptitudes: explica y justifica mi presencia en este Sinaí de la elocuencia vernácula, con el propósito de esbozar en breves rasgos y ante selecto auditorio, la vida y la obra de una prestigiosa figura de los fastos nacionales, quien tal día como hoy, hace justamente sesenta y un años y para gloria y ventura del arte de Hipócrates, obtuvo su borla de Doctor en este mismo Paraninfo y fué después reformador de los estudios médicos en Venezuela, gran profesor universitario, biólogo, investigador científico, filántropo sin par e ilustre miembro fundador de nuestra Corporación; pues, ataviado con todos esos títulos se presenta en el tribunal de la Historia, para recibir el veredicto de los hechos que son la más elevada autoridad en materia de sanción, mi maestro el doctor José Gregorio Hernández.

Estudiar por otra parte en forma exhaustiva y dentro de los reducidos límites de una conferencia la personalidad múltiple de José Gregorio Hernández, es tarea realmente imposible dada la vasta y compleja labor del sabio venezolano. Por ello me he limitado siempre en mis publicaciones a resumir de manera objetiva y escueta su obra científica, pues hay otras fases: la del filósofo, del humanista, del místico, del ciudadano eminente, (Uso el término misticismo en su acepción de doctrina filosófica y religiosa según la cual, la perfección consiste en una especie de "contemplación extática que ane

el alma misteriosamente con Dios"; sin adherir al vocablo ningún tinte o significado de neurosis, ni desear mucho menos extraviarme, por el campo tan enmarañado y lleno de pérfidos escollos de la *Patología Mental*) para cuya exposición se requieren conocimientos especiales de que carezco y las cuales han sido ya tratadas con brillo, por plumas mucho más expertas y mejor templadas que la mía.

Además: si se quiere analizar la vigorosa individualidad de este hombre con criterio simplista y desde un ángulo visual estrecho o limitado, córrase riesgo, según lo anota atinadamente el doctor Núñez Ponte en su magnífico "Ensayo Crítico-Biográfico", de "desfigurar y hasta de falsear la fisonomía espiritual de nuestro insigne biografiado, cuyo nombre colocamos sin titubeos entre los valores más puros de la nación y de la raza".

Esa complejidad se observa en la misma actuación profesional del doctor Hernández, pues siendo un consumado técnico de laboratorio, formado en las rígidas disciplinas de Mathias Duval "podría creerse —cito al doctor Manuel A. Fonseca— que tal preparación debía encauzar sus tendencias por el sendero del Laboratorio puro; tanto más cuando en la época de su iniciación en la práctica andábanse los sabios metidos en disputas y controversias separados en opuestos bandos: unos sosteniendo a todo trance la tradición con sus hombres, y otros armados del pico demoledor, apoyados en las nuevas conquistas y todos aspirando al predominio y posesión de la verdad. No obstante, espíritu pulidísimo, *pensador de alto vuelo*, aleccionado por un sentido crítico admirable, confirmó Hernández en el Laboratorio toda la vital importancia que nadie mejor que él podía asignarle y se colocó en el justo medio, poniendo al servicio de la investigación y curación de las enfermedades, el poderoso concurso de las diversas ciencias que integran la Medicina, afiliándose consciente y resuelto a las doctrinas del iluminado de Cos, y se encuadró entre los grandes lineamientos de un clínico esclarecido. *Fué el genuino representante de la ciencia venezolana contemporánea*". Por ello lejos de encerrarse en la paz del trabajo científico o en la tranquilidad egoísta de sus experimentos y sus libros, se entregó a raíz de su regreso de Europa el año de 1891, en un medio socavado por la demagogia anárquica, a una acción social intensa; y apareó con la investigación experimental del microbiólogo experto, el gesto apostólico del médico práctico y su enorme gestión como filántropo. Sabio y humano, no poseyó un alma fría de laboratorista adocenado, ni entre los aparatos y retortas de su gabinete de experiencias, o al inquirir con penetrante ojo de técnico en la platina del microscopio, la reptación de algún parásito y el desorden estructural de una lesión, olvidó jamás la fisonomía doliente del hermano que en lecho de Procustes y desde las tinieblas de su alcoba, le demandaba con instancia, luz de ciencia y bálsamo de consuelo.

En su hermosa y sentida *Elegía* asienta el doctor Santos A. Domínici: "Hubo en Hernández dos personalidades, ambas fortísimas, la del creyente y la del científico. Nunca disintieron con escándalo en su amplia mente la fe y la ciencia. Qué inmensa obra científica no habría producido si el científico hubiese prevalecido sobre el creyente, esto es, sobre el contemplativo de vida interior intensísima como fué la suya, en quien el hábito de la profunda meditación lo inducía a vivir fuera de la realidad"!

Sin embargo; por encima de esos, que considero no muy legítimos reparos, conviene advertir que la obra reformadora, experimental, docente y de Medicina social realizada en Venezuela por José Gregorio Hernández fué tan prolija, que a título ilustrativo me limitaré a copiar los siguientes conceptos del doctor L. Briceño Iragorry, Profesor de Bacteriología y Parasitología en la Universidad de Caracas y miembro de la Academia Nacional de Medicina: "Bajo su sombra (la de Hernández) se han hecho gran número de trabajos que han aclarado multitud de problemas de *Medicina Nacional*. Con la introducción de técnicas nuevas, de nociones fundamentales en los conceptos etiopatogénicos, el aporte del microscopio y la ayuda de la Bacteriología, abrió nuevo campo a nuestras ciencias médicas. Hernández es el *fundador* de nuestra Medicina contemporánea y logró cambios radicales y profundos en los métodos de investigar los procesos morbosos. Su obra científica fué inmensa (tal como la soñaba el doctor Domínici) y sus trabajos *ejemplos del método experimental* aplicado a la *investigación*. Nuevo Teseo, rompió las cadenas que mantenían atadas nuestras ciencias médicas al *empirismo* y *oscurantismo* y supo llevar la bitácora que guiaba a las jóvenes generaciones. Marcó la *ruta-rumbo* y las marejadas extrañas no pudieron influir en la orientación de su aguja". Bruído reflector de "la moderna ciencia médica —asegura el propio Domínici— trajo Hernández de Europa un tesoro de experiencia técnica y clínica *sólo comparable* con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introdujo al campo de nuestra Medicina un *radiante foco* que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional. Pocos cerebros se pertrecharon con mayores y más útiles conocimientos; raros maestros supieron difundirlos con mayor inteligencia y claridad, de modo que bien pudo repetir la magnífica exultación de Horacio: "He erigido un monumento más perenne que el bronce, más alto que la regia estructura de las pirámides": el monumento de su saber y de su virtud, el de la *fundación de la ciencia experimental en Venezuela*". Y analizando otro aspecto de su labor profesional añade Domínici: "El doctor Hernández, cerebro claro, limpio de prejuicios clínicos ante el enfermo, *práctico insigne* que en los hospitales de París había asimilado y acrecentado la ciencia y los métodos de los mejores clínicos del mundo, impuso su *valimiento científico* a las pocas semanas de su actuación médica. Los viejos médicos, discípulos y sucesores de

Vargas, fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiaron los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de la más extensa clientela que *haya tenido médico alguno* entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los *primeros diagnósticos científicos* hechos en Caracas (vale decir en Venezuela), fueron los suyos. Sus aciertos, *obra exclusiva de su ciencia*, diéronle en todas las clases sociales una autoridad médica que no se discutía. Repitióse con él lo ocurrido con Vargas, el padre y fundador de nuestros estudios médicos que llegó a ser *el ídolo* de cuantos sufrían en Venezuela y fuera de Venezuela". Y con frases selectas, plenas de sentimiento, el cálamó magistral de Domínici convertido en buril de artista, cincela en el mármol de su estilo la efigie inmaculada y destaca la actividad ubicua del filántropo venezolano. (Dato curioso: el prestigio médico y social del doctor Hernández llegó a ser tan grande que, cuando la *Compañía de Teléfonos* instaló en Caracas los primeros aparatos, cedió espontáneamente al célebre facultativo, para facilitar su acción caritativa y cristiana y hasta como recurso de eficaz propaganda para la Compañía, el número *Uno*, de su lista de suscriptores).

Ya podrá colegirse desde luego, que "el hábito de la profunda meditación", no indujo a Hernández a vivir fuera de la realidad, sino se mantuvo siempre, a lo largo de su luminosa trayectoria en contacto bienhechor con nuestras ingentes necesidades colectivas y con el hondo dolor de su patria. Fué por supuesto —escribe Diego Carbonell— "biólogo de sabiduría *experimental*" y no un publicista profesional, ni simple divulgador teórico, de "aquellos que volúmenes en mano, como el diccionario de *Don Perfecto*, fabrican volúmenes y enfáticamente establecen proposiciones; pues, se puede escribir de Biología, se puede sostener hasta una ardiente polémica de filosofía biológica para echar sobre la arena del combate, como un escudo de fe materialista o como una "Profesión de fe monista", las teorías que en el mundo han sido desde Empédocles hasta el naturalista de Jena: pero de esto a la sabiduría experimental de un biólogo, hay considerable distancia". Con la peculiaridad digna de subrayarse, que los mismos genios, reyes del pensamiento y creadores de la ciencia —lo señala un ilustre escritor francés— como Descartes, "pasan por épocas de desconocimiento u olvido, porque ellos se dedicaron sobre todo, a *indagar y descubrir*, lo cual sólo llama la atención de un *corto número de inteligencias*, mientras que otros se apoderan de cuanto atrae y agita al común de los hombres".

Individuo de gran modestia realizó Hernández con fuerte voluntad, en el recato de su laboratorio y sin las estridencias publicitarias hoy tan en uso, una labor personal de investigación *autóctona*. Era el auténtico hombre de ciencia, que en opinión del Profesor Augusto Pi Suñer "debe estar desprovisto de todo prejuicio, de toda actividad proselista, de todo *espíritu de propaganda*, de toda

prevención metafísica; y como investigador debe separar cuidadosamente lo conocido de lo desconocido, lo que es cierto, *demostrado*, de las hipótesis y de las teorías. Debe detenerse en los límites de la ciencia. Y en estas severas cuestiones —que se hicieron núcleo de vívidas disputas y que siguen dividiendo todavía a los sabios por consideraciones *extra-científicas*— discernir exactamente lo conocido, *probado*, indiscutible, de lo presumido y que no es dable demostrar. Tanto más, cuanto ni la física ni la química explican la vida. Las leyes biológicas abarcan más que las leyes físicas y la Biología posee su contenido de fenómenos propio y especial”.

Además: las realizaciones logradas por el sabio trujillano tras persistente y fecunda consagración, fueron obtenidas en épocas de guerra civil, de convulsiones y tumultos, cuando las tendencias disgregativas del cuerpo social eran contenidas apenas por la mano ruda y hasta despiadada de caciques montaraces; prueba evidente de que los pueblos no mueren jamás y engendran en sus propias entrañas como una amarga pero eficaz antitoxina, la figura odiosa, aunque muchas veces necesaria del tirano.

La realidad histórica que debemos contemplar sin quisquillas sectarias es la siguiente: desde sus años mozos, como simple estudiante universitario, se impuso Hernández a las circunstancias del tiempo y del medio en que le tocó actuar, sin dejarse avasallar nunca por ellas. Consciente de su personalidad no lo aturdió el estruendo de las opiniones ajenas. Era prototipo del buen estudiante, “sobresaliente en grado máximo, que veía en el estudio la disciplina formal de su inteligencia, su deber de estado; cuya actividad, alcance y progresos no se podía menos de reconocer y de aplaudir; y para quien la consagración al libro, la atención a la clase, el cuidado del enfermo, el trabajo del Hospital, eran cosa normal. Pasaba los exámenes en la más gallarda aunque modesta apostura y siempre reportaba las calificaciones más altas. Fué el primer estudiante universitario de su época y sus maestros le veían con interés, hasta con orgullo; le impartían sus elogios y le pronosticaban un luminoso futuro, sin adivinar, tal vez por increíble, la alzada cima adonde había de remontarse. De este modo iba levantando piedra a piedra los cimientos de su porvenir, pronunciando si cabe ya decirlo —continúa en brillante narración su ilustre biógrafo— al que más tarde con sus títulos morales, vendrá a culminar como subida autoridad, como embajador significado del poder de la Ciencia entre sus compañeros. En efecto: si José Gregorio Hernández era el hombre de la piedad, de la oración y de la fe, no era menos el hombre de la investigación, del experimentalismo y de la ciencia. Si busca el recogimiento del Santuario, la tranquila humildad, la modestia callada, es asiduo igualmente al escudriño del laboratorio, a la paz actuosa del trabajo científico, y no le será posible rehuir la admiración de sus contemporáneos ni despreciar los verdes acantos que ciñen el mérito del verdadero sabio. El fué una

prueba convincente, irrefragable, de la feliz influencia de la fe sobre la inteligencia humana, como factora del movimiento cultural y científico; de cómo aquélla abriendo la vía más recta para contemplar los fulgores de la luz increada, no extingue ni amortece siquiera los rayos con que el entendimiento alumbró, explora y vivifica el mundo de la materia. Su irreductible catolicismo no le estorbó, le lleva a sostener la justa independencia, el dominio escrutador del intelecto en la averiguación y el examen; reconoce por igual la autoridad del dogma y las pruebas y derechos de la ciencia; y con libertad de espíritu en aquilino vuelo se espacia por su campo, convencido de que su fe no ha de entorpecer ni aminorar jamás la integridad específica de su pensamiento científico. La religión católica puede enorgullecerse muy legítimamente de haber engendrado para la Patria y la Ciencia, este ejemplar de sabio tan conspicuo, tan útil y gananciero, siempre de vanguardia en las falanges del progreso científico y llamado a un oficio de renovación, más bien de *creación*, en el campo de la Medicina vernácula.... Por su carácter, por su saber, por sus ejemplos, por sus virtudes, por la índole de sus investigaciones, por su posición cristiana, por su actuación entera en el proceso evolutivo de la Medicina nacional, se le puede titular el *Pasteur de Venezuela*, que, con clarísima visión y basado en los hechos, trajo, no paulatinamente sino casi de súbito, el progreso científico, mediante el triple poder de un equilibrio mental observador, de un genio adivinante, de una mano activa y ejecutora".

La ciencia moderna, por otra parte, ha puesto de relieve el nexo misterioso que une al místico con el investigador y que en realidad no es otro sino el amor de la naturaleza. Recuérdese al efecto, el bellísimo "Himno al Sol", que San Francisco de Asís cantaba en su lecho de muerte y donde se alude en forma candorosa y tierna a "la madre tierra y los hermanos sol, viento, agua, luna; a las florecillas de los campos y las estrellas del cielo", invitándolos a entonar sus alabanzas al *altissimo bon Signore*; y se descubrirá el hilo invisible que junta al Santo italiano con el místico alemán Jacobo Böhme, para quien "en ningún libro puede apreciarse mejor la sabiduría divina, como paseando nuestra mirada por una pradera esmaltada de flores policromas"; o al otro místico, el gran Paracelso, que según Virchow asestó el tiro de gracia a la vieja Medicina y creó la verdadera Fisiología y aun la Patología racional, pues consideraba la fiebre cual "un fenómeno natural que se cura por sí misma" y estableció como fin primordial del práctico, antes que la indiscriminada administración de drogas más o menos nocivas, "ayudar a la naturaleza en sus esfuerzos para curar la enfermedad", formulando su hermoso precepto: "la base fundamental de la Terapéutica es el amor, padre del Arte, y sin el cual ningún médico debe ejercer su profesión". Y qué decir de Raimundo Lulio el místico mallorquín, filósofo, humanista, teólogo, poeta y experimentador, quien en plena edad media se dedicó entre otras muchas cosas, a estudiar las vir-

tudes anestésicas del éter? En toda época —sostiene el sabio Alexis Carrel— “han existido grandes inspirados que por una facultad semejante a la telepatía, entran en relación con la fuerza inmanente y trascendente a un tiempo mismo, del universo. Pero la experiencia de los místicos no es traducible al lenguaje ordinario, ni existe tampoco un vocabulario científico capaz de expresarla, ya que su técnica para entrar en contacto con la divinidad es sumamente complicada y difícil; y sólo el fuego vivificante y la irradiación luminosa del amor, los orienta por entre las brumas de la inteligencia”. Quizás el método, la claridad de sus ideas como expositor, el vigor del raciocinio, la sobriedad elegante de su estilo y hasta el éxtasis mismo con que escudriñaba al fulgor de la lente los prodigios del microcosmo, los debiera José Gregorio Hernández a la intuición del místico y a su privilegiado temperamento de investigador.

*
* *
*

Llevado de profundas convicciones religiosas y cuando creyó haber dado remate a una obra ingente de civilización y de bien, “realizando cada día más sus funciones, sirviendo el vino de la ciencia a la ansiosa juventud, mitigando el dolor y el infortunio, procurándole gloria a la patria” con la nueva escuela de *Medicina Experimental*, base de nuestro renacimiento científico y que había creado entre los vaivenes y congojas de una democracia cerril y turbulenta: dirigió sus pasos a la Cartuja de Farneta donde por debilidad de fuerzas físicas le fué imposible soportar el rigor de la Regla, según lo expuso el año de 1912 en carta a su dilecto condiscípulo el doctor Santos Aníbal Domínicí: “Tú recuerdas —dice— que siempre he tenido el amor del convento. Con los años y a proporción que estudiaba la Iglesia en su dogma, en su moral y en su historia incomparable, aquel amor incipiente se desarrolló como un árbol gigantesco y vino a orientar toda mi vida. Formé entonces el proyecto de entrar en la Cartuja, que de todas las órdenes religiosas parecía más adecuada a mi espíritu un tanto contemplativo y amigo de la soledad. Así lo hice; me desprendí de mi familia, le dije adiós a nuestra querida patria y me dirigí ganoso a aquel lugar de penitencia y oración. Lo que en la Cartuja encontré supera toda descripción. Ví allí la santidad en grado heroico y te puedo asegurar que una vez visto ese espectáculo, lo demás de la tierra se vuelve lodo. En ese lugar celestial tuve la dicha de vivir casi nueve meses. Pero sucedió que no tenía las suficientes fuerzas físicas para resistir el frío, el ayuno y el trabajo manual, porque has de saber que yo me había ido en un estado de agotamiento físico tan grande que sólo pesaba noventa y siete libras. . . . Al fin, el Superior General me dijo estas palabras que eran una sentencia, pero también una esperanza: Hijo mío, ya Usted ve que no podemos recibirlo; vuélvase a su país

y trate de adquirir lo que le falta. Fué entonces cuando pasé por el terrible dolor de entrar nuevamente en el mundo. Y aquí estoy obedeciendo el mandato”.

Antes de tomar una determinación, habíale aconsejado el perincito Arzobispo doctor Juan Bautista Castro, “ponga su vocación en un platillo de la balanza, y deposite en el otro platillo las necesidades de Venezuela urgida hoy más que nunca, de hombres tan ejemplares como Usted. Adonde el fiel se incline, vea la voluntad de Dios y sígala”. Es cierto que cuando a su regreso pisó suelo natal, escribió desde La Guaira a su hermano César: “A fines del mes pasado el Reverendo Superior de los Cartujos me dijo que no podía admitirme en la Orden porque yo no tenía vocación para la vida contemplativa, que mi vocación era más bien para la vida activa; que entrara en la de los Jesuitas o me hiciera sacerdote secular”. La extraña contradicción que señala el doctor Domínicí en su Elegía, tal vez resulte más aparente que real y quizás logremos explicarnos, ajustándonos a los términos tan explícitos de esa carta de 1912, y sin abusar “del llavín místico de una *fe ciega*, el insondable misterio y la dura rigidez monástica”, que tanto escuecen al ilustre Profesor; pues la endeble naturaleza de Hernández, estropeada por la fatiga mental del largo estudio —nos informa Núñez Ponte— y “no habituada al contrapeso de los ejercicios físicos, no pudo resistir ni sostener el arduo impulso requerido por una labor desacomtumbrada. La Regla le marca a cada monje su porción o cantidad de trabajos manuales de imprescindible observancia; lo cual es sensillamente una necesidad, una imposición higiénica favorable a la vez para el espíritu y para el cuerpo. La vida interior requiere semejante compensación, debe ser moderada con el prudente ejercicio de la exterior; pues, de lo contrario hácese pesada y dañina, pudiendo llegar a producir la neurastenia y la extremidad de la locura”.

Dada la austeridad de la Orden, se comprende que sólo organismos muy fuertes puedan soportarla sin que la salud se resienta, pues aceptar sin distinción a cuantos desean ingresar en el convento, valdría tanto como hacer fácil presa de enfermedades no únicamente nerviosas, sino de los otros sistemas, la Tuberculosis por ejemplo, a sujetos de flaca contextura. Tal pasó con Hernández, quien cuatro años después, en las aulas del Colegio Pio Latino Americano, cuando creía haber ya solidado su salud, sometido a un régimen de vida mucho más suave, y en un clima tan benigno como el de Roma, donde él mismo lo anota, “hemos pasado el invierno que en otras partes de Europa es tan riguroso, casi sin sentirlo”: fué atacado inesperadamente de una pleuresía seca que “pudo desenlazarse de manera desgraciada y por consejo médico, hubo de separarse del Instituto a tomar aires de mar y seguir luego a Génova, Milán y París, en donde pasó varios meses bajo esmerada asistencia clínica”.

El objeto pues, de hachear y aserrar cierta cantidad de madera cada día, no es otro que, por la rudeza misma del esfuerzo y de acuerdo con una experiencia secular, establecer una suerte de selección orgánica y no dar cabida en el cenobio sino a naturalezas vigorosas y capacitadas para someterse sin mayores contratiempos, a la disciplina de San Bruno. De otro modo, las Cartujas correrían riesgo de convertirse en Asilos de tuberculosos con todas sus deplorables consecuencias. Cuando el Reverendo Superior notificó a Hernández no poder aceptarlo porque su vocación era más bien para la vida activa, se valió quizás frente al anhelante candidato, de un piadoso eufemismo, de un arbitrio menos cruel, para no apagar en la mente del pobre Fray Marcelo todo fulgor de esperanza; y aun estimularlo, a fin de que realizara su vocación monástica —si podía— en otra congregación menos severa y donde su débil complexión fuese sometida a pruebas no tan rudas. Dicho está que el resultado no correspondió a esos deseos, pues más adusto el destino que el rígido cenobita, erigió con la mengua constitucional y las enfermedades, una barrera infranqueable contra la cual habría de quebrarse sin amparo, la voluntad formidable del doctor Hernández.

Los cartujos, de acuerdo con un documento que es reflejo de la mayor sinceridad conservaron “del antiguo Novicio el mejor de los recuerdos, pues él nos edificó mucho durante los ocho meses que con nosotros pasó. Era *el hombre de la regla y del deber*; consagrado por entero a sus obligaciones, y sus compañeros le profesaban verdadero afecto”. Y transcurrido un largo período de tiempo, cuando ya el calvario de Fray Marcelo comenzaba a esfumarse en aquel torbellino de actividad fecunda y trajinosa que fué su vida sin igual de Profesor universitario, le escribe el Prior del antiguo convento cartujano de Trisulti: “Yo le recuerdo a Usted muy a menudo, ya que su carácter y comedimiento me edificaban tanto”. A lo cual añade Fray Gonsalve Paquin de la Cartuja de Vedana (Belluno): “La partida de Usted me causó gran pena y por mucho tiempo su recuerdo ha sonado en mi corazón como triste campanada. Perdone a mi afecto, pero una vez que le conocí y quise, no puedo ya olvidarle”. Por su parte el Maestro de Novicios, le dice en una de sus misivas: “Mi afecto por Usted se remonta al principio de nuestras relaciones y se conserva siempre igual. Yo le ví alejarse con gran sentimiento y creo haberle dado pruebas de mi amistad hasta el último instante. Sería una verdadera alegría para mí, verle de nuevo”. Esos monjes pues, en quienes un inflexible ascetismo y la voluntaria separación del mundo y sus bullicios con el fin de encerrarse en el silencio sepulcral de sus celdas, parecen haber secado las fuentes más sonoras del corazón humano: lloraron sin embargo el forzoso alejamiento de Hernández, y guardaron intacto como en pomo místico, según pude comprobarlo personalmente treinta años después, y se aspira todavía en las cartas antes citadas, el perfume de virtud que difundiera por los claustros silentes de Farneta el sabio venezolano.

No obstante, el equilibrio mental de Hernández era tan sólido y su razón tan poderosa, que después de su regreso a Caracas —exornaré una vez más esta desmañada disertación con la prosa inimitable de mi eximio maestro el doctor José Manuel Núñez Ponte— “no abandona su puesto, y la pobreza le ve acudir con más diligencia a remediar sus infortunios, a endulzar sus amarguras, a cicatrizar sus heridas; y la religión le ve con mayor apego a sus prácticas; y las almas le contemplan como un ejemplo más fornecedor y más fecundo para estimularse al bien. Son sus postreros años: el crepúsculo lanza los más radiantes reflejos que dan gran poesía a los cielos y a la tierra mucha luz. El trabajo no le cansa. Su inteligencia está todavía como en ascenso, robusta y vibradora”.

Efectivamente: según puede verse en la *Sinopsis* de su obra científica, el esfuerzo investigador de Hernández, se multiplica a partir de 1909. Apenas regresó del convento, cuando descubrió como miembro fundador de nuestra primera “Comisión de Higiene Pública”, embrión del actual Ministerio de Sanidad, el coco-bacilo de Kitasato y Yersin en los primeros enfermos que presentaron en Caracas síntomas de *Peste bubónica*, y logró el 12 de octubre, con sus instantes gestiones ante el Gobierno Nacional, una erogación que le permitió encargar nuevos aparatos indispensables para el Laboratorio de la Universidad creado por él. Reemplazó este mismo año a su gran discípulo Rafael Rangel, como Director del Laboratorio del Hospital Vargas y emprendió trascendentales experiencias sobre la *Bilharzia* cuya existencia en Venezuela acababa de negar nadie menos que nuestra Delegación a la 4ª Conferencia Sanitaria Panamericana reunida en Costa Rica. Este trabajo que destaca a Hernández como *descubridor* y lo sitúa al lado del ilustre investigador brasileño Pirajá Da Silva, fué seguido de sus estudios sobre “*La nefritis en la Fiebre Amarilla*” y la “*Histología patológica de la Pulmonía*”, que realizó en el Laboratorio del Hospital Vargas a mediados de 1910, casi dos años antes de la aparición de la cátedra de Anatomía Patológica. Envía al Rector, el 23 de febrero de 1911, su Informe sobre el estado del Laboratorio de Bacteriología, Histología y Fisiología de la Universidad, que considera “de lo más satisfactorio, pues los cursantes adquieren allí el conocimiento de dichas ciencias, al mismo tiempo que *salen prácticos en la técnica* de cada una de ellas”; y sugiere la conveniencia de introducir mejoras en el nuevo local del Instituto. Estimula igualmente a Benchetrit en el Laboratorio del Hospital Vargas, con valiosas directivas y sugerencias para que practicara de manera sistemática la autopsia a cuantos fallecieran sospechosos de *Bilharziosis*; hasta que este distinguido discípulo de Hernández después de muchos fracasos, encuentra por fin los gérmenes adultos de la afección, machos y hembras, aislados o en cópula, en la vena porta de un enfermo muerto en el Hospital. El propio Guevara Rojas, ya Rector de la Universidad, atraído por el impulso investigador de Hernández, se le asocia en sus indagaciones sobre

Anatomía Patológica de la Fiebre Amarilla, y a pesar de sus personales diferencias con la Academia Nacional de Medicina, lleva junto con su maestro al seno de la Corporación tan importante estudio, en que Hernández analiza *por primera vez* en Venezuela y conforme a disciplinas rigurosamente experimentales, las lesiones histo-patológicas del *Vómito negro* y contribuye a desbrozar un sector tan enmarañado de Patología tropical. Publica "*Elementos de Filosofía*", clara linfa, declara Domínicí, "que envuelve profundidad de Océano y atrae como el abismo". Emprende en 1917, viaje especial a los Estados Unidos de Europa para completar estudios de Embriología e Histología de que planeaba textos de enseñanza; aunque sus conferencias en la cátedra —afirma Carbonell— "constituyen verdaderos textos que ordenados en lecciones, conforme al método que conocemos sus discípulos, harían honor a la Facultad Médica que trabaja en la Universidad Central". Escribe artículos de índole literaria; y en unos capítulos inéditos que titula *La Política*, si bien extraño al arte, trae Hernández "atinadas consideraciones sobre nuestros gobiernos, sobre las ventajas de una administración previsoras, sobre la necesidad de la instrucción, sobre la amistad y armonía con las naciones hispano-americanas y de modo especial con España". Presenta a nuestra Academia de Medicina su trabajo sobre la aplicación del *aceite de chaulmoogra* en la Tuberculosis humana, "modelo de investigación experimental y que le dió la primacía en el mundo científico de la introducción de esta droga en el tratamiento de la peste blanca". Y, si a su enorme obra docente y reformadora en la Universidad de Caracas, donde inició en el Laboratorio que trajo de París, la exploración biológica *autóctona*; y a su título de *Fundador de la Medicina Experimental en Venezuela*, añadimos sus pesquisas *originales* en la época, sobre la influencia del clima en el número de los glóbulos rojos, cuando "*las obras clásicas de Fisiología* no daban ningún dato acerca de la acción que ejerce la latitud en la composición de la sangre humana"; y aquellas otras en que demostró que "en comparación con los datos venidos de Europa, el trópico disminuye la urea urinaria eliminada en las veinticuatro horas" (signó de gran alcance para valorar la acción fisiológica del *hígado tropical*, lo mismo que el hallazgo bibliográfico tan interesante del doctor Víctor Manuel Ovalles, que consagra a José Gregorio Hernández como *Fundador de la primera cátedra de Bacteriología en América*: tendremos un conjunto de hechos que traspasan las fronteras del país, dan relieve *continental* a la obra científica del sabio y lo incorporan al grupo selecto y benemérito de los más altos prestigios nacionales, de las figuras cimeras de nuestra cultura.

Al despojarse pues de su hábito de cartujo, como se notará en la rápida incursión que hemos hecho a través de sus variadas actividades, el doctor Hernández para quien el cristianismo "nunca fué cosa de apariencias y superficialidad", vistió de nuevo la toga del

letrado; y reanudó sin asomo de neurosis ni de automatismos u obsesiones patológicas "sus antiguos quehaceres y misiones, con la misma puntualidad y decisión, con la misma hidalguía, con la misma caridad, cual si no los hubiese interrumpido. Era como un ensanche de trabajo en su Aula, como un campo más abierto para los beneficios de la profesión". Y apenas la silueta del Maestro incomparable reapareció en la puerta de la Universidad, "cuando la gallarda juventud estudiantil, noblemente apasionada y movida por la viva gratitud del corazón, desplegó con entusiasmo una memorable y bella escena", conduciéndolo en triunfo hasta el alto sitial de la Cátedra que como "*emblemata blasonado del magisterio venezolano*" y en provecho de tantas generaciones médicas, fundó y regentó con el brillo de sus títulos inmarcesibles y la abnegación ejemplar de un legítimo Apóstol.

Ya lo estampó con elocuentes rasgos, la pluma viril y batalladora de Ramón David León: "El doctor Hernández en una vida consagrada al Bien, a la abnegada investigación científica, a la práctica de las más altas virtudes públicas y privadas, supo conquistarse el pleno respeto y la admiración de sus compatriotas, adquiriendo en nuestros fastos el relieve de un ejemplo imperecedero por la trascendencia de su actuación y por la forma en que la colectividad ha sabido valorar el alcance de su obra, el contenido moral de la lección que nos ofrece. Nacido en Trujillo, no abrigó sentimientos provincianos. Vió a Venezuela como un todo y la sintió cual unidad compacta, sin soluciones de continuidad ni diferencias artificiales. Le ha tocado a Caracas en representación de la República, exteriorizar su afecto y su respeto al compatriota que en el laboratorio, en la cátedra, en el ejercicio profesional y a lo largo de su vida entera, puso los anhelos del espíritu muy por encima de los apetitos materiales y colocó su fervor humanitario, sobre toda conveniencia personal.... Pese a las pasiones efímeras, a las diferencias ideológicas y a los rencores fomentados por el interés partidario, la sociedad sabe distinguir con infalible acierto, entre los que le hacen el bien y aquellos que la engañan, correspondiendo a una y otra actitud, con el agradecimiento o la condenación vindicatoria. Por ello, este sabio humilde, que se movió entre el dolor y la tristeza, aliviando miserias y reconfortando almas, es hoy, a la hora de la rendición de cuentas que llega para toda figura descolante, un centro a donde convergen la admiración y el entusiasmo de las masas: mientras se olvidan y aun se desprecian, tantos prestigios ocasionales, que crecieron afincarse en las páginas de la Historia. Es sobre la tumba que la conciencia nacional dicta su inapelable veredicto; y las personalidades ilustres como José Gregorio Hernández sirven a la vez de paradigma y admonición, porque ellas nos recuerdan siempre la fragilidad de los aplausos contemporáneos inspirados en el interés y la perennidad de la corona de gloria con que los pueblos ciñen la frente de sus reales benefactores".

En la hora trágica de su muerte —cúmplense hoy treinta años— el pueblo de Caracas que tanto le debía, nos lo relata entre sollozos el maestro Domínici: “agítase conmovido presa de una verdadera psicosis; desfila lacrimoso noche y día en torno al féretro, le forma apretado cortejo en los traslados de la casa mortuoria a la Universidad y a la Iglesia; en el acmé del nerviosismo reclama su cuerpo a gritos a la puerta del templo, lo arrebató de los hombros de sus discípulos que lo sacan de la enlutada nave, y en solemne procesión que duró cuatro horas carga el amado cuerpo hasta el cementerio, en donde a la lumbre de encendidas antorchas lo entrega al seno de la tierra y deja cubierta la tumba con una montaña de las más fragantes flores del Avila”.

Y mañana —exclama Razetti interpretando en la Necrópolis los sentimientos de Venezuela entera— “cuando tras el incendio de la aurora surja de nuevo el sol, sobre la policromía de las flores, en un ambiente pleno de luz, los ojos espirituales de las presentes y futuras generaciones verán escrito, con el polvo de oro de los espacios siderales este nombre: *José Gregorio Hernández*”.

XIII

UNA BRILLANTE BIOGRAFIA DE LUIS RAZETTI

Antes de proceder a un examen sereno aunque sintético, dada la extensión e importancia del tema, de la notable Biografía del doctor Luis Razetti, debida a la diserta pluma de mi apreciado amigo y colega el doctor Ricardo Archila, quiero ratificar en su totalidad las palabras que en la tribuna oficial de la Academia de Medicina, dediqué a la figura ilustre de mi maestro, y que el doctor Archila me hace el honor de reproducir en las primeras páginas de su libro: "puede decirse sin exageración alguna, que durante los últimos cuarenta años no ha habido un sólo progreso médico en Venezuela, que no haya sido concebido, llevado a feliz realización o cuando menos estimulado por la inteligencia privilegiada y voluntad de acero de tan eximio civilizador".

Y a principios de 1936, cuando ráfagas de libertad oreaban el ambiente triste de una patria enferma, fuí el primero que en la misma Corporación evoqué con frases de genuino sentimiento, la atroz injusticia cometida contra su fundador, en "aquella tarde gris de su vida", al despojársele arbitrariamente y valiéndose de los más ruines procedimientos, de su cargo de Secretario Perpetuo.

Vaya pues este breve exordio como manifestación cordial y sincera de que soy el primero en aplaudir la obra patriótica y justiciera cumplida con encomiable acierto por el doctor Archila, en sus tenaces esfuerzos para dar a conocer y divulgar las variadas facetas de una vida tan fecunda como la de Luis Razetti.

Sin embargo, no obstante la acucia bibliográfica del escritor, su prestancia intelectual y el amplio criterio con que enfoca la evolución de nuestra Medicina contemporánea, me parece conveniente señalar en su libro con el debido acatamiento, la presencia de ciertas fallas o lunares que, dadas la indiscutible ilustración y probidad del autor, deben ser atribuidos a nuestro cálido temperamento tropical, el cual mezcla con frecuencia la ecuanimidad del análisis crítico con la exultación lírica y aun el arrebató del himno.

Con efecto: en la página 50 de su interesante Biografía y ajustándose estrictamente a la verdad histórica, escribe el doctor Archila: "Según lo vimos en el Capítulo I, circunstancias adversas amenazaron por un momento con ahogar la obra inmortal del Padre de la Medicina Nacional. En ese período luctuoso, poco propicio a todas las iniciativas civilizadoras, quedaron sin embargo, sosteniendo aisladamente la antorcha de Palas, los nombres de Elías Acosta, Guillermo Michelena, Manuel Porras, Calixto González, Nicanor Guardia, padre, José Manuel de los Ríos, Alejandro Frías Sucre, Vicente Marcano, etc., hasta el 5 de noviembre de 1891, en el que José Gregorio Hernández, echaba las bases, abría el ciclo del resurgimiento científico definitivo de la Medicina vernácula, al fundar en esa fecha en nuestra Universidad Central, los estudios experimentales de Bacteriología y Fisiología. Este fué el principio, junto con la fundación del Hospital Vargas, al que siguieron todas las reformas de que disfrutamos hoy".

Coincide pues el doctor Archila con el criterio no menos justiciero de uno de nuestros más grandes maestros, el doctor Francisco A. Rísquez, cuando declaró enfáticamente y para sorpresa de algunos escritores intonso, que el doctor Hernández "al mismo recibir la borla se impuso a los altos gobernantes como el profesor en germen, sólo necesitado de ambiente para iniciar la ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas". Y el doctor Santos A. Domínci, fué todavía más explícito al afirmar: "Bruído reflector de la moderna ciencia médica, trajo Hernández de Europa un tesoro de experiencia técnica y clínica sólo comparable con el que a principios del pasado siglo importó el eximio José María Vargas, e introdujo al campo de nuestra Medicina un radiante foco que iluminó muchos ángulos sombríos de la práctica profesional. Pocos cerebros se pertrecharon con mayores y más útiles conocimientos; raros maestros supieron difundirlos con mayor inteligencia y claridad, de modo que bien pudo repetir la magnífica exultación de Horacio: "He erigido un monumento más perenne que el bronce, más alto que la regia estructura de las pirámides": el monumento de su Saber y de su virtud, el de la fundación de la ciencia experimental en Venezuela".

Si prefiero citar las opiniones de grandes figuras celebradas por su actuación eminente en nuestros fastos médicos, es para darle carácter impersonal y objetivo a mi exposición, pues, como los hechos realizados durante los años de su acción civilizadora por José Gregorio Hernández, son absolutamente indiscutibles y están a la vista de todo hombre de criterio imparcial, no empeñado por ciegos sectarismos, resultan inútiles, los dítirambos y abalorios palabreros con que se procura algunas veces ocultar entre nosotros, cualquiera zurda habilidad en los menesteres de la Historia.

Un hombre de la talla intelectual y moral de Núñez Ponte, eximio pedagogo, consagrado por su fama literaria y quien desde hace años actúa como Director de nuestra Academia de la Lengua, ha esbozado

de manera escueta y limpia de retóricas la formidable obra revolucionaria del Maestro: "Antes de Hernández las enseñanzas no pasaban de meras figuras pintadas en los textos, palabras que se aprendían y se repetían de coro; cuando más, alguna escasa práctica rutinaria en los llamados hospitales. Con él y después, acabaron los resabios; fueron ya fenómenos que se observaban, hechos, apreciaciones biológicas que se podían verificar por una *experimentación sistematizada y científica*. Porque él fué quien trajo aquí el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos, su importancia; el que hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos; el que puso a estudiar y calcular el número de los glóbulos sanguíneos; el que coloreó los microbios y los cultivó en obsequio de los clínicos; el que realizó *las primeras vivisecciones*, con que sus discípulos pudieron darse cuenta, por propios ojos, de las maravillosas funciones de la vida animal. Fué aquella hora de revelación, cuando en las vastas selvas de la experiencia, en el curso de la "caza de Pan" que dice Bacon, al golpe de vara mágica, brotaron nuevas y cristalinas fuentes para las ávidas generaciones universitarias".

Y el doctor Ambrosio Perera, académico de la Historia, en su notable "Historia de la Medicina en Venezuela", observa: "Es necesario decir que tocó a José Gregorio Hernández la gloria, no solo de haber sido el que implantó en la Universidad de Caracas y por ende en la Venezuela Científica los principios de la *gran revolución pasteuriana*, sino también el que con la fundación de la cátedra de Fisiología Experimental, cuyo mérito le es universalmente reconocido, impuso en la docencia universitaria las doctrinas y métodos con que Claudio Bernard había hecho progresar la ciencia de Esculapio. De ahí que el ilustre doctor Carbonell, tan opuesto a la filosofía cristiana del doctor Hernández, haya escrito que a éste "a justo título convendría calificarlo de *Claudio Bernard venezolano*". Nueva vida se ingerta en la vieja escuela médica de Venezuela, y la actividad, el optimismo y el amor al esfuerzo, propios de todo movimiento revolucionario, cualquiera que sea su naturaleza, se empieza a sentir no solo en el medio universitario sino igualmente en el ejercicio profesional desde que el doctor Hernández, al regresar de Europa, se hizo en la cátedra, en el libro, al lado del enfermo, en las juntas médicas, en las conversaciones privadas y donde quiera que su palabra o su acción pudiesen llegar, el *adala* nacional de las ciencias que en el Viejo Continente habían cambiado de modo trascendental, la táctica en la lucha eterna contra el dolor físico y la muerte.... Por eso se justifican las siguientes frases de uno de sus más aventajados discípulos y su sucesor en la Cátedra de Bacteriología, el doctor Jesús Rafael Rísquez, pronunciadas en la Lección Inaugural de dicha Cátedra el año de 1925: "Hernández y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia, estudiaron *la ma-*

yor parte de los gérmenes morbíficos en el país, e hicieron a la Escuela Venezolana marchar al unísono con las conquistas de la nueva ciencia”.

Me he referido con alguna prolijidad a estos hechos históricos incontrovertibles y muy bien conocidos de los estudiosos de nuestros anales, porque mi ilustrado colega el doctor Archila le da gran relieve en la página 49 de su libro, a la conversación que el mes de noviembre de 1892 sostuvieron en París los doctores Luis Razetti y Santos A. Domínicí, sobre el porvenir de la Medicina en Venezuela.

Sin pretender restarle importancia al suceso relatado por mi apreciado amigo, conviene sinembargo observar que ya para esa fecha había realizado José Gregorio Hernández una genuina y fecunda renovación de nuestros estudios médicos que, según lo dijo el Gobierno ilustre del doctor Rojas Paúl en la histórica Resolución del 31 de julio de 1889, por la cual lo envió a Europa a cursar teórica y prácticamente las especialidades de *Microscopia*, *Bacteriología*, *Histología Normal* y *Patológica* y *Fisiología Experimental*; se encontraban en estado de lamentable atraso por falta de museos, laboratorios, clínicas y gabinetes científicos, así como de *profesores especialistas* en ramos *esencialmente experimentales* de la Medicina y sin los que hubiera sido imposible adoptar los cánones de nuevos métodos de tratamiento, ni ponerse a tono con el progreso científico del siglo; ya que sin Bacteriología, base de la Etiología; sin Histología, fundamento de la Anatomía Patológica; y sin Fisiología Experimental, soporte de la Terapéutica moderna, el arte de curar no hubiera logrado despojarse entre nosotros del sedimento de rutina empírica que aún conservaba como el rasgo esencial de su carácter.

Por ello en vigorosa comunicación, cuando ya había adquirido un copioso acervo de conocimientos, valoró muy bien Hernández la magnitud y trascendencia de su encargo para las exigencias de nuestra cultura médica y pudo escribir con brío al Ministro de Instrucción Pública de la época: “Pronto como estoy a realizar el objeto primordial de esta misión, es decir: la *introducción en nuestro país de los estudios que constituyen el principal orgullo de la ciencia moderna*, me apresuro a enviar a Usted la lista de los aparatos e instrumentos necesarios para la fundación del Laboratorio de Fisiología Experimental de la Ilustre Universidad Central de Venezuela. Presa de la mayor emoción, señor Ministro, contemplo este *gran acontecimiento* para nuestro país, de la creación de un instituto que estará a nivel de *los más adelantados del mundo científico*, puesto que será una copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París”. Y el Gobierno de la República presidido a la sazón por el doctor Andueza Palacio, le confió la encomienda de traer a Caracas los instrumentos, aparatos y enseres necesarios al Laboratorio Nacional donde iban a funcionar las nuevas cátedras, con las cuales fundó la *Medicina Experimental en Venezuela*, base de nuestro renacimiento científico.

Justamente el año de 1892, cuando al decir del doctor Archila, proyectaban en París, Razetti y Domínicí, el ambicioso programa de renovación de los estudios médicos entre nosotros, Hernández había realizado una reforma pedagógica tan fecunda en la Universidad de Caracas, que en la Memoria del Ministro de Instrucción Pública, don Eduardo Blanco, dirigida al Congreso Nacional del mismo año, aparecen estos luminosos conceptos, verdadera apología de la obra cumplida ya entonces por José Gregorio Hernández: "La falta de un Laboratorio de Histología Normal y Patológica, de Fisiología Experimental y de Bacteriología, se venía notando desde hacía mucho tiempo en la Universidad Central, *para estar a la altura* de su misión en lo que respecta a la enseñanza de la *Medicina Moderna*: Laboratorio en que los alumnos pudiesen aprender prácticamente los mencionados ramos que constituyen una parte novísima y que han venido a abrir anchos horizontes y *nuevas y seguras vías*, a las Ciencias Médicas. El Gobierno, inspirándose en estas ideas y solícito siempre en todo lo que se relaciona con el adelanto verdadero de la instrucción, comisionó al ciudadano doctor José Gregorio Hernández, a quien había enviado a estudiar aquellas ciencias bajo la inmediata dirección de los respectivos Profesores de la Facultad de Medicina de París, para traer los aparatos e instrumentos necesarios a la creación de un Laboratorio adecuado, el que instalado convenientemente, funciona ya como queda dicho. Hoy no es necesario indicar los beneficios que este Instituto ha de prestar a la juventud estudiosa, pues en él se la enseña a evitar las *abstracciones puramente imaginativas* y se la acostumbra a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida. Y son una muestra espléndida de que este Laboratorio ha venido a llenar un *vacío notable* que existía en la Universidad, la asiduidad con que los jóvenes alumnos de *todos los bienios* de Medicina, se agrupan en torno de la nueva Cátedra, a recoger los preceptos de una *verdadera enseñanza*, y la constancia y entusiasmo con que se dedican a estos laboriosos estudios.

Y, si a todo esto agregamos que antes de la llegada de Razetti a Caracas, Hernández había traído al país las ciencias que son la base de la Biología y modernizado por lo tanto la Medicina Nacional, "purificando su ambiente del dejo de rutinario empirismo que aún la oscurecía"; mostrado el primer gran microscopio y enseñado su manejo, sus empleos e importancia para el estudio de las enfermedades propias, del trópico. Dado a conocer la teoría celular de Virchow, la estructura de la célula y de los tejidos orgánicos, y estudiado *por primera vez* entre nosotros los procesos embriológicos. Coloreado y cultivado los microbios *por primera vez* en Venezuela, forjando la base científica de la Etiología de las afecciones vernáculas. Practicado las primeras vivisecciones y fundado con ellas nuestra *Medicina Experimental*, e introducido con el *Autoclave* las técnicas revolucionarias de la asepsia moderna. Iniciada la investigación biológica *autóctona* con sus trabajos en el mencionado Laboratorio, donde prac-

ticó las primeras numeraciones globulares, hizo los primeros estudios hematológicos de la gran epidemia nacional: el Paludismo, dosó la urea urinaria por vez primera en este clima, creando así un signo de gran alcance para valorar la acción fisiológica del *hígado tropical*, aplicó el laboratorio a la clínica en el examen de sus enfermos y realizó los primeros diagnósticos científicos en Venezuela: nos daremos cuenta cabal de que Hernández lejos de formar parte del *pelotón* histórico comandado según Archila, por el doctor Luis Razetti, constituye en nuestros fastos una personalidad señera e independiente, hasta el punto de que el propio Razetti, al iniciar sus actividades en 1893, no pudo menos que reconocer la obra magna del sabio trujillano con los elocuentes términos que siguen: "Es de justicia consignar aquí que la *única cátedra bien dotada* que posee la Universidad de Caracas, es la de Fisiología Experimental y Bacteriología, con su buen Laboratorio montado al *estilo europeo*. Este notable progreso lo debemos a los esfuerzos de uno de nuestros más ilustres maestros, el doctor Calixto González, quien obtuvo del Gobierno del doctor Rojas Paúl la creación de esta asignatura, y fué enviado a París a hacer estudios especiales de dichas materias un joven de *grandes méritos*, el doctor José Gregorio Hernández, que hoy está al frente de la Cátedra".

Además: conviene recordar que Razetti vivió setenta años, mientras que Hernández, solo alcanzó los cincuenta y cuatro, y durante ese lapso de tiempo bastante corto en la vida de un hombre, realizó una labor imperecedera, y estableció en Venezuela —según lo escribió su eminente discípulo, nuestro gran investigador Eudoro González— "una obra efectiva y perdurable que será siempre admirada por nuestros médicos, bacteriólogos, parasitólogos, clínicos y discípulos de su brillante escuela".

En la página 260 de su magnífico estudio, al relatar Archila, la discusión suscitada por el doctor Razetti en la Academia de Medicina sobre la legitimidad científica de la doctrina de la Descendencia, escribe: "El doctor José Gregorio Hernández, prototipo del más acendrado catolicismo, no intervino en el debate, sólo se limitó a contestar escuetamente a la circular del Secretario Perpetuo de la Academia: "Hay dos oponiniones usadas para explicar la aparición de los seres vivos en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista". Hernández se limitó pues a testificar su profesión de fé y nada más".

Me parece que el ilustrado colega juzga el asunto con bastante festinación e interpreta en forma no muy ceñida a la realidad histórica, la actitud de José Gregorio Hernández, quien si con su respuesta se atuvo a la tradición secular de los sabios católicos, "ello no le impidió —en frases de su biógrafo— "como hombre de ciencia moderno, de ideas claras, justas y amplias al servicio de la verdad, adherirse a la opinión intermedia del evolucionismo moderado", tal

como muchos sabios ilustres, que han sido y continúan siendo luminarias enhiestas en el perpetuo devenir de la ciencia.

Ya en el Capítulo VI, desarrollé exhaustivamente el asunto en cuestión, pero trataré sin embargo de sintetizarlo ahora de manera clara y precisa.

Es cierto que Hernández no asistió a la polémica, porque fuera de ser éste un problema de gran importancia filosófica que no podía ser resuelto mediante una mayoría más o menos exígua de votos, razonó su ausencia con las siguientes palabras que el doctor Archila no reproduce en su libro a pesar de ser ellas la médula de su contestación; y las cuales revelan la más completa ausencia de irreflexivos entusiasmos sectarios en el ponderado mecanismo cerebral de nuestro biólogo-filósofo, en cuya amplia mente —lo atestigua su fraterno amigo el Profesor Santos A. Domínici— “nunca disintieron con escándalo la fé y la ciencia”. Las Academias y demás corporaciones sabias, advirtió el doctor Hernández al Secretario Perpetuo, “no deben adoptar como principio de doctrina ninguna *hipótesis*, porque enseña la historia que al proceder en tal forma lejos de favorecer, dificultan notablemente el adelantamiento de la ciencia”. Por otra parte como queda dicho en anteriores páginas: Diego Carbonell, cuya opinión es tanto más valiosa cuanto sus ideas giraban alrededor de un polo opuesto al pensamiento filosófico de Hernández, comenta sobre el particular: “Cuando Razetti pretendió establecer en la Academia de Medicina, con argumentos de una dogmática científica *incalificable*, lo que él llamaba la legitimidad científica de la doctrina de la Descendencia, recibió de Hernández la respuesta más audaz, más filosófica y quizás *menos dogmática* desde el punto de vista de la ciencia: “Hay dos opiniones para explicar la aparición de los seres en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista”. He allí dos actitudes a cual más brillante: *menos dogmático* que Razetti en su fé materialista, Hernández se ha desligado por un momento de su condición de católico para declarar que el Creacionismo es una opinión, lo mismo que el Evolucionismo, es decir: con su fé de cristiano ha mirado con recelo determinadas narraciones antiguo-testamentarias; y al mismo tiempo su pensamiento científico le asigna escasa importancia al *dogma haeckeliano de los Enigmas*. Su agilidad escolástica, por otra parte, no tiene igual entre los filósofos criollos y ha pensado que bien vale decir opinión y no otra cosa; pues la Filosofía estima la opinión como un juicio incierto, pero quien lo emite puede considerarlo más o menos probable. Una *opinión* no es una doctrina, diría Hernández.... Razetti se abstuvo de comentar la respuesta del fisiólogo: procedió con prudencia, aunque debemos lamentar su silencio. *Emblema blazonado del magisterio*, fué Hernández ejemplo perenne de lo que debe ser el maestro venezolano *responsable*, habituado a manejar las ideologías en un ambiente de apreciación ecuaníme”.

Bien se comprende por lo demás, que el doctor Archila no fué discípulo de José Gregorio Hernández, cuando nos lo pinta como de temperamento exclusivamente místico, humilde, reconcentrado y contemplativo; mientras que sus contemporáneos fueron testigos de cómo aquel hombre se impuso siempre a las circunstancias del tiempo y del medio en que le tocó actuar sin dejarse avasallar nunca por ellas. Consciente de su personalidad no lo aturdió el estruendo de las opiniones ajenas; de tal modo que según esta magnífica síntesis del propio Razetti: "El candor y la fé, fueron las dos grandes fuerzas que le conquistaron la más amplia independencia espiritual, el más completo dominio de sí mismo y la poderosa energía moral de su *gran carácter*. Por eso logró lo que muy raros hombres han logrado: sobreponerse a las exigencias del medio, dominarlo a su antojo y amoldarlo a su voluntad". Así —bueno es repetirlo— plasmó su vida: no entre los relámpagos y truenos de un Sinai de retóricas, sino clara y fecundante como una fuente que, si copia el azul del cielo, lleva también al predio gérmenes de renovación.

Si mi apreciado amigo el doctor Ricardo Archila hubiera asistido a la clase de Hernández, se habría dado cuenta de que muy lejos de inmovilizarse en moldes arcaicos, el Maestro armonizó siempre de manera bella y amplia, las más avanzadas conquistas científicas, con el fondo austero de religiosidad que formaba el núcleo de su personalidad excepcional. Por ello en sus magistrales lecciones de Fisiología, al rozar con fina ironía que me atrevo a calificar de *bersogniana* el problema candente del *Origen de la vida*, muchas generaciones de estudiantes oyeron fluir de labios de Hernández, con pequeñas variantes para cada curso, estos o parecidos conceptos: "Si recordáramos siempre lo que enseña la Lógica respecto a que hay cuatro estados del entendimiento con relación a la verdad: la ignorancia, la duda, la *opinión* y la *certeza*; si empleáramos la lógica, con el mismo entusiasmo y corrección que desplegamos para usar los instrumentos de laboratorio; si verificáramos las generalizaciones, deducciones o inducciones experimentales con la misma atención que ponemos al limpiar y enfocar la lente del microscopio: evitaríamos el camino engañoso de la ilusión y no confundiríamos las meras opiniones con la absoluta certeza ni con las llamadas *doctrinas*. En efecto, las hipótesis, las teorías, las simples conjeturas, solo representan artefactos de trabajo, aproximaciones a la verdad y en veces no son sino vocablos sonoros, tendidos por los sabios como un puente, sobre el fondo inquietante de muchas lagunas científicas. El hombre de ciencia por otra parte, no debe identificar esas verdades provisionales con la verdad eterna, ni razonar con palabras sino con ideas. ... Además, se mezclan a menudo dos problemas absolutamente distintos: el origen teórico de la vida que es una cuestión abstracta, y el origen *histórico* de los seres vivos que sólo puede resolverse por el método analítico con el criterio testimonial. En la época de su aparición en el mundo, no había testigos del fenómeno, luego es un pro-

blema históricamente insoluble y en el estado actual de la cultura humana, científicamente insoluble. Pero si no es posible saber dicho origen de manera cierta, pueden idearse en cambio algunas hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Ciertos expositores comienzan en lo desconocido, en lo hipotético, y pretenden deducir lo real y observable respecto del origen de la vida, cuando el método científico exige justamente el sistema opuesto: ir de lo real y *observable* a lo *desconocido* e hipotético. Son metafísicos *disfrazados de experimentadores*, que sobre contados fenómenos, imperfectamente observados, pretenden construir y dar categoría de doctrina, a lo que sólo es una hipótesis más o menos ingeniosa”.

Además: si Hernández era creacionista, fué igualmente biólogo de su siglo y como adepto fervoroso de los preceptos de Claudio Bernard y técnico formado en las disciplinas embriológicas de Mathías Duval, no se adscribió a la escuela *fijista* de Cuvier para la cual “todos los seres fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy, con sus especies fijas, separadas e independientes las unas de las otras, sin que los siglos transcurridos las hayan modificado de manera notable, y a lo más han hecho desaparecer algunas de ellas. Esta hipótesis —continúa diciendo Hernández— es *poco admitida* en la actualidad, porque no explica la formación de los seres ni sus relaciones *de una manera científica*. Sabemos que en el universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en el desarrollo de los astros, y la formación de las diversas capas de la corteza terrestre. La segunda hipótesis es la teoría de la evolución universal, o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Hipótesis *mucho más admisible* desde el punto de vista científico, es decir, que tomando en consideración los hechos observados hasta hoy, *explica mejor* el encadenamiento de los seres vivos que pueblan el mundo, su desarrollo embriológico, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos; y puede armonizarse perfectamente con la revelación”. Y en páginas de sobria belleza artística y un denso contenido histórico y experimental, pone de acuerdo las más avanzadas conquistas de la cultura humana con la propia narración del Génesis. Era en suma, un *biólogo evolucionista*; “igual a la cabecera del enfermo prodigando su saber y su caridad, en la cátedra despidiendo rayos de luz, en el laboratorio descubriendo secretos para transmitirlos generosamente a sus discípulos o en coloquios con su Dios en la solemnidad del Santuario”.

Y, como Archila afirma además en su libro que “aquel médico santo no hablaba, por así decirlo, sino en su cátedra universitaria y en la calle, en función de apóstol cristiano”; le recordaré lo que refiriéndose a sus “*Elementos de Fisiología*”, anota la alta autoridad de Domínici: “No he leído libro alguno de más terso estilo ni que penetre más expeditamente en el entendimiento. Clara linfa que en-

vuelve profundidad de oceano y que atrae como el abismo. Audacia y muy grande, necesitaría quien intentase penetrar en la hondura de esa obra genial, escrita con la difícil claridad y sencillez de quien domina la materia y el idioma, y la contempla y expone tal como la siente y la mira en su interior". Y el ilustre escritor venezolano, doctor Mario Briceño Iragorry, después de hacer en "Lecturas Venezolanas" el elogio cabal de la prodigiosa obra científica de Hernández, añade: "La página que publicamos de él ("Los Maitines"), indica una pluma hábil de dotes literarias no comunes, y bastaría a consagrar una reputación". A la obra "de la cultura nacional, añade Razetti, legó hermosos capítulos de ciencia alta y profunda y deliciosas páginas escritas en el más puro lenguaje del arte clásico".

La personalidad de José Gregorio Hernández encaja perfectamente en el magistral esbozo que del auténtico hombre de ciencia ha trazado el Profesor Augusto Pi Suñer y el cual me he complacido en citar varias veces: "Debe estar desprovisto de todo prejuicio, de toda actividad proselitista, de todo *espíritu de propaganda*, de toda prevención metafísica; y como investigador debe separar cuidadosamente lo *conocido*, de lo *desconocido*, lo que es cierto, *demostrado*, de las hipótesis y de las teorías. Debe detenerse en los límites de la ciencia. Y en estas severas cuestiones —que se hicieron núcleo de vividas disputas y que siguen dividiendo todavía a los sabios por consideraciones *extra-científicas*— discernir exactamente lo conocido, *probado*, indiscutible, de lo presumido y que no es dable demostrar. Tanto más cuanto ni la física, ni la química explican la vida. Las leyes biológicas abarcan más que las leyes físicas y la Biología posee su contenido de fenómenos propio y especial". Y al inaugurar el Instituto de *Medicina Experimental* el 28 de junio de 1940, declaró con entera justicia: "Venezuela ha tenido un *maestro de ciencia experimental*; ha tenido un *gran fisiólogo* mordido por la sagrada vocación: José Gregorio Hernández. Experimentó sobre animales, dió clases prácticas en su laboratorio de la Escuela de Medicina; hizo venir instrumentos del extranjero, *instrumentos que nos sirven todavía* y despertó el interés en algunos. Existen pues entre vosotros predecesores a quienes rendir tributo y en el solemne acto de hoy, *quiero evocar su memoria con todo respeto*". El Hernández encuadrado así por el Profesor Augusto Pi Suñer dentro de ese cerco luminoso, es pues, algo diferente de aquél que nos retrata el doctor Archila en la página 260 de su interesante Biografía.

Debo sin embargo, advertir, para finalizar esta parte bastante larga de mi estudio, que un hombre tan ilustrado y noble como lo es el doctor Archila, cuya probidad de escritor está muy por encima de la más ligera nube de sospecha, en carta particular que guardaré siempre cual ejemplo de caballerosa gentileza, al referirse a mis publicaciones sobre José Gregorio Hernández, me dice: "Comparto la idea de los que creen que la historia de los países es la historia de

sus grandes hombres. A este respecto hay que admirar la tesonera labor de usted, la cual ha venido a culminar en el referido libro, que presenta de manera admirable, ante propios y extraños, la *sugestiva* y *venerable* personalidad de José Gregorio Hernández, *auténtico valor* de la Patria. "Y en el diario 'EL NACIONAL' del 31 de julio de 1952, comentando la trascendencia que tuvo en la evolución de la Medicina vernácula, el envío del Maestro a Europa por el Gobierno del doctor Rojas Paúl, afirma: "Ello significó para la Universidad Central el *remozamiento* de la enseñanza médica, sumida entonces en un *profundo decaimiento*, y para la Patria una extraordinaria adquisición, la cual ganó de ese modo, un *auténtico sabio*, de esos que confieren *honor* y *gloria* por el valimiento de su obra científica y social".

Hay otra figura eminente de nuestros anales médicos contemporáneos, el barquisimetano doctor Pablo Acosta Ortiz, que tampoco cabe dentro de los estrechos límites del pelotón comandado por Razetti, y al cual alude según ya lo hemos visto, el doctor Ricardo Archila.

Conviene desde luego advertir: que la Cátedra de Anatomía inaugurada oficialmente por Vargas en 1827, no era puramente teórica, sino que a decir del doctor Ribas Baldwin, hombre veraz y discípulo del sabio "este maestro daba lecciones sobre el cadáver y era muy minucioso en sus explicaciones". Y de uno de los sucesores de Vargas en la misma asignatura, el doctor Frías Sucre, escribió Razetti el año de 1900, en la página 115 de los *Anales de la Universidad Central*: "Aun se conservan en el anfiteatro de Anatomía, las preparaciones de músculos, vasos y nervios con que enriqueció el Museo de la Cátedra en época ya lejana, cuando el material anatómico era escacísimo y las dificultades para llevar a cabo trabajos de disección, eran casi insuperables".

A Frías Sucre siguió por breve tiempo Juan Manuel Escalona y luego Acosta Ortiz, que como lo advirtió el doctor Francisco A. Rísquez, en Sesión Especial de la Academia de Medicina, el 15 de abril de 1918, celebrada con motivo del XXV Aniversario de la *Gaceta Médica de Caracas*: "puso en manos de los estudiantes de Anatomía, la monumental obra de Testut, en reemplazo de las antiguas obras de Vargas y de Fort".

Acosta Ortiz dejó la clase de Anatomía para ir a fundar la de Clínica Quirúrgica en el Hospital Vargas y Luis Razetti quedó como su substituto en el *pensum* de la Facultad; con la circunstancia de que en la misma Sesión de la Academia observó Rísquez: "El doctor Pablo Acosta Ortiz, cirujano del Hospital Vargas, inició un curso de Medicina Operatoria sobre el cadáver y a poco era nombrado ca-

tetrático de Anatomía, y estableció a la vuelta de inúmeros obstáculos los *trabajos prácticos de disección* en el Hospital Vargas, ya que razones de peso se oponían a ejecutarlos en el nuevo recinto de la clase universitaria; y más adelante añadió Rísquez: "El aprendizaje práctico se había aclimatado con los *trabajos de disección y operaciones fundados* por el doctor Acosta Ortiz".

Cuando Rísquez leyó esta aclaratoria ya había muerto Acosta Ortiz, y según lo anota el doctor Víctor M. Ovalles en las "Clases Médicas", de junio de 1924, "el doctor Razetti que estaba presente no hizo la más ligera rectificación".

Acosta Ortiz, una de las más brillantes figuras de nuestro gremio, rubricó con la hoja milagrosa de su cuchillo en la práctica civil y nosocomial, los postulados de la técnica operatoria moderna. Fundó en el Hospital Vargas la Clínica Quirúrgica Oficial, y su actuación en ella fué tan fecunda, que al reemplazarlo afirmó el propio Razetti el 12 de agosto de 1915: "Acosta Ortiz realizó en cuatro lustros de vida activísima una grande y *benemérita obra de civilización*; fundó entre nosotros la *verdadera cirugía moderna*, inaugurando en este Hospital *casi todas* las grandes operaciones del arte quirúrgico contemporáneo. Su obra está representada en los millares de enfermos que siguieron viviendo gracias a su pericia clínica y su habilidad operatoria y en los centenares de discípulos que oyeron de sus labios la palabra de la ciencia... Yo no pretendo llenar el *vacío* que su muerte dejó en la cirugía nacional, ni reemplazarlo en este Hospital, teatro de los más bellos triunfos de su *gloriosa carrera*."

El doctor Francisco Hermógenes Rivero divide "La Evolución de la Cirugía en Venezuela", en tres períodos o etapas: "Comprendió la primera a nuestro gran Guillermo Michelena, quien inauguró la alta cirugía en el país; la segunda tocó a Guillermo Morales, quien infortunadamente murió muy joven; el tercero lo inicia Acosta Ortiz. Este no se conformó con aclimatar aquel arte en Venezuela, sino que fué el *implantador definitivo de él*, hasta llevarlo sin eclipses parciales o escasa vida —como anteriormente había ocurrido— a la *brillante altura* de todos conocida. Esta es la fiel expresión de la *verdad histórica*".

Razetti, según es bien sabido, no culminó como cirujano sino después de la desaparición de Acosta Ortiz, cuya vida como la de José Gregorio Hernández, fué segada en agraz por la mano torpe de un destino infausto para Venezuela. Dos colosos, lo mismo que Razetti que brillaron con luz propia en nuestros fastos médicos, y no pueden por lo tanto descender a la categoría de soldados rasos en ningún pelotón histórico. Ambos, al igual de Razetti, merecen por su labor ciclópea, tesonera y fecunda, que el juicio inapelable de la posteridad los sitúe en el panteón de nuestra Historia, al lado de los más nobles prestigios nacionales, de las figuras cimeras de nuestra cultura.

Tampoco me parece equitativo integrar en el precitado pelotón, a un tocólogo tan destacado como el doctor Miguel Ruiz, quien inauguró la Clínica Obstétrica en el Hospital Vargas y junto con Aguerrevere Pacanins y David Lobo, salvaron la vida a infinidad de madres venezolanas, aclimatando en nuestro medio las prácticas de Baudelocque y las doctrinas de Pinard. Ni tampoco a clínicos tan eximios como Santos A. Domínici, fundador de la Clínica Médica en el mismo hospital; ni los piritólogos Alfredo Machado, Francisco A. Rísquez, Bernardino Mosquera, Manuel A. Fonseca y otros más; o a químicos de la talla de Friedensberg y Guillermo Delgado Palacios, esforzados luchadores en los torneos científicos del país, e incapaces por lo tanto de someterse a influencias o consignas más o menos hegemónicas.

Yo no creo que con ello se amengüe en lo más mínimo la figura procerca de Razetti, ni se desluzca tampoco el brillo que a su descolante personalidad le ha dado su obra imperecedera, hoy enaltecida más si cabe, con encomiable fervor nacionalista, por la diestra pluma del colega Archila; sino se mantendrá por el contrario en el lugar que legítimamente les corresponda dentro de los fastos venezolanos, a esos viejos y venerados maestros que fueron antes que todo patriotas y hombres de bien; para quienes el deseo de mitigar una pena o de enjugar una lágrima, los mantuvo por encima de los falaces espejismos del provecho material. Algunos de ellos eran sabios; todos fueron justos, y sobre sus tumbas caerá como lluvia de fragantes pétalos, el veredicto imparcial de la Historia y la gratitud de sus ciudadanos.

Quiero terminar esta inhábil disertación advirtiéndole al benévolo lector, que no obstante los apuntados reparos, considero la obra de mi distinguido colega y muy apreciado amigo Doctor RICARDO ARCHILA, como un monumento de paciente acucia bibliográfica que honra a nuestro gremio; escrito con la serena ecuanimidad de que carecen tantos de los que entre nosotros trajinan con más o menos gallardía por el laberinto de la historia; haciendo gala de un estilo que por su cristalina pulcritud y los brillantes escarceos de una pluma experta, hace su lectura amena y sumamente ilustrativa.

Yo la recomiendo muy particularmente a nuestras jóvenes generaciones médicas, y con la admiración y cordialidad de siempre felicito y le estrecho la mano al talentoso autor.

INDICE

	Págs.
I	
Un Clínico, un filántropo y un sabio	7
II	
Reformador de los estudios médicos. Gran profesor universitario. Biólogo e investigador científico	17
III	
Fundador de la Medicina Experimental en Venezuela	49
IV	
Ilustre precursor de la Sanidad y Asistencia Social en Venezuela	59
V	
El Maestro y su gran discípulo	67
VI	
Una discusión académica.— Le réplica de José Gregorio Hernández	73
VII	
El olvidado descubrimiento de un sabio venezolano	79
VIII	
Ciencia y Patriotismo (Leído en la Academia Nacional de Medicina)	85
IX	
Sinopsis de la obra científica del doctor José Gregorio Hernández	89
X	
Un gran médico en la provincia venezolana	103
XI	
Dos Maestros Ilustres	117
XII	
La obra y personalidad de José Gregorio Hernández (Conferencia leída en el Paraninfo de la Universidad Central, el 29 de junio de 1949, en representación de la Academia Nacional de Medicina)	121
XIII	
Una brillante biografía de Luis Razetti	135



Reg. 66.240

Clas. V-5645

